

ALGUNAS HOMILÍAS  
MONS. GERARDO SUELDO  
2020

Profeta  
y  
Mártir



**“Me animo a desafiar  
a esta Iglesia  
de Santiago del Estero  
a ser, lo que se nos pide,  
santos para ser creíbles”.**

Mons. Gerardo Sueldo  
“Aquí estoy para  
hacer Tu voluntad”

No olvidemos su mensaje, el nos entregó su vida, porque nos amó como somos y trató de hacernos conocer cómo poner en práctica el concepto dignidad, que nos es quitado muchas veces por las necesidades a que somos sometidos, como pueblo... RC

## **HOMILÍA DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, Mons. Gerardo Sueldo, EN LA MISA CRISMAL, 13-04-95**

Queridos Hermanos y hermanas, muy queridos sacerdotes y diáconos:-

Al reunirnos esta mañana como Presbiterio diocesano, acompañados de nuestros hermanos y hermanas en la fe para bendecir los santos Óleos y consagrar el santo Crisma, mientras renovamos nuestras promesas sacerdotales, estamos haciendo visible el Misterio de Cristo y de su Iglesia. Misterio de Cristo que enviado por el Padre y consagrado por la unción del Espíritu Santo realiza por su pasión, muerte y resurrección el servicio pontifical, es decir, de Puente, que nos trae a Dios y nos invita a pasar por El mismo, Cristo, para llegar hasta Dios. Misterio de la Iglesia que injertada por la Fe y el Bautismo en el mismo Cristo-Puente, muerto y resucitado, se convierte en el camino por donde Dios llega y por donde nosotros subimos a Dios. En el seno de esta Iglesia, punto de encuentro pontifical, se enmarca nuestro sacerdocio ministerial. Con todo el Pueblo Santo de Dios participamos del sacerdocio común de los fieles cristianos que, “mediante el Bautismo, participan, en conjunto, del único sacerdocio de Cristo y están llamados a darle testimonio en toda la tierra” (DMVP, 6) pero por el sacerdocio ministerial nos ubicamos frente a la “necesidad que tienen todos los fieles de adherir a la mediación y al señorío de Cristo, visibles por el ejercicio del sacerdocio ministerial” (DMVP, 6). Por eso nuestro ser sacerdotal y nuestra vida es un misterio insertado totalmente en el misterio de Cristo de un modo nuevo y específico, lo que nos compromete también totalmente en nuestra actividad pastoral y le da sentido y alegría:-

En este día en que la Iglesia nos invita a celebrar la institución de este sacerdocio ministerial, nuestro sacerdocio de servidores, es hermoso descubrir como él es un don, un regalo, para la Iglesia como comunidad de fe y para nosotros personalmente, llamados a servirla. Porque mediante nuestro ministerio sacerdotal, Cristo, el Señor continúa ejerciendo en medio de su Pueblo, aquella actividad que sólo a El le pertenece en cuanto Cabeza de su Cuerpo. Ello testimonia y reafirma -a través de nuestras pobres y limitadas personas- que la acción servidora de Cristo Cabeza no se ha alejado de su Pueblo, sino que continúa vivificándolo con su sacerdocio permanentemente (cf. DMVP, 1). Por eso aún con nuestras pobreza, limitaciones y pecados, por Cristo nos convertimos en regalo esperanzado y alegre para la Iglesia, nuestro pueblo, que nunca será abandonado por Jesús, su Señor. Esto, queridos hermanos y hermanas, queridos sacerdotes y diáconos, es hoy, como siempre motivo de profunda alegría y agradecimiento al Señor de la Iglesia, su único Señor, Jesús que, como proclamamos hace un momento: “nos amó y purificó de nuestros pecados, por medio de su sangre, e hizo de nosotros un Reino sacerdotal para Dios, su Padre. ¡A Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén (Apc 1, 5b-6):-

Por este regalo que son Uds. hermanos sacerdotes, agradezco a Dios su bondad y generosidad para con su Pueblo, y también agradezco a Uds. mismos por haber respondido al llamado de ese Dios por medio de Cristo. Agradezco y glorifico al Señor por el trabajo que continuamente, y cada día realizan en la construcción del Reino en la tierra y los aliento fraternalmente a no desfallecer. A pesar de las muchas y serias crisis que como hombres limitados tenemos, nunca olvidemos que el llamado es del Señor y que en nuestra pobreza y limitación siempre hacemos presente el servicio de ese Jesucristo, Salvador de su pueblo. Que nunca se calle el anuncio de proclamar un año de gracia, un tiempo de gracia -que es todo tiempo- donde Dios llama y salva. Porque como nos recordaba el profeta Isaías, nuestro servicio, como el de Cristo es el de “consolar a todos los que están de duelo, cambiar su ceniza por una corona, su ropa de luto por el óleo de la alegría, y su abatimiento por un canto de alabanza ... porque somos llamados ‘sacerdotes del Señor’. Se nos dirá ‘Ministros de nuestro Dios’” (Is 61, 2b-3a.6a):-

Este Dios, por medio de Jesús, es quien pone como nos dice el Profeta hoy, y lo recuerda el Señor en Nazareth su Espíritu sobre nosotros. El que nos envía a llevar la Buena Noticia del Evangelio a los pobres, “a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros ...” (Is 61,1). Es el Espíritu del Padre y del Hijo por el que fuimos ungidos sacerdotes y nos confiere, frente a la Iglesia, nuestro pueblo, el carácter

profético de nuestra misión. Por Él, por el Espíritu estamos llamados a anunciar y explicar, con autoridad, la Palabra de Dios. Y sólo la Palabra de Dios. No nuestra palabra, sino la de Dios revelada en Cristo. Ese Espíritu Santo que nos enseña todas las cosas, nos recordará siempre lo que Jesús transmitió a sus apóstoles. Por eso con su auxilio, nuestro mensaje será “verdad de Dios para los hombres” y a la luz de las Escrituras sagradas, de la Tradición de la Iglesia y del Magisterio descubriremos, para nosotros y para nuestro pueblo la riqueza del Mensaje de salvación, esperanza y alegría que debemos proclamar.-

En el Espíritu de nuestro Dios podremos consagrar y hacer camino de vida divina los signos sacramentales que la Iglesia nos ofrece para la santificación de todo creyente. Por la invocación de ese Espíritu, especialmente en el Misterio de la Eucaristía seremos más que nunca sacerdotes, mediadores, en Cristo, con Cristo y por Cristo del Misterio Pascual de salvación.

Este misterio del Espíritu por el que fuimos ungidos, nos envuelve y transforma totalmente, dando sentido y destino a nuestras vidas.-

También por la fuerza que surge de la comunión con el Espíritu de Cristo y del Padre, alcanzamos el sentido y la autoridad para guiar la comunidad de los creyentes que nos ha sido confiada para hacerla crecer en la fe, alimentarla con la vida divina y congregarla en la unidad. Así como estamos llamados a ser Profetas, no de calamidades y condenas, sino de esperanza, y Sacerdotes generosos que entregan constantemente la vida de Dios a través de los sacramentos, signos sagrados, así particularmente estamos llamados a ser Pastores. Un Pastor que sirve y guía al pueblo, no de él, sino de Cristo y del Padre, deberá inspirarse particularmente en la gran oración pastoral de Jesús en el cap. 17 del Evangelio de S. Juan. Jesús clama por los pastores y su pueblo reclamando ayuda al

Padre para que sean, como el mismo Cristo lo fue, testigos de la verdad, del amor y de la unidad. Para que el mundo crea.-

Nuestro servicio de pastores en un mundo como el actual no es fácil, y siempre estamos tentados a tomar los modelos de conducción del mundo. Estamos en el mundo pero somos del mundo.

Somos testigos, siempre, de lo nuevo que trajo Jesús. Por eso nuestro cometido es crear la unidad, nunca la división, es crear el perdón, nunca la condena y el odio, es crear la esperanza, nunca la desesperanza y el anuncio de futuras calamidades. No porque esto dependa de los hombres, sino porque depende siempre de Dios. Nuestro servicio será siempre llamar en la libertad y educar en la libertad, nunca caer en la tentación de querer manipular como pastores a nuestros fieles, menos a los pobres, y menos justificando la manipulación por el carácter religioso o de fe. Por eso nuestras personas deben ser límpidas y transparentes en las intenciones y en los fines. No somos líderes, ni sociales, ni políticos, ni económicos, somos testigos y servidores, que anunciamos un Mensaje que no es nuestro sino de Cristo, que entregamos una vida que no es nuestra sino de Dios, que congregamos y guiamos a un pueblo que no es nuestro sino de Cristo, el Señor. Por la honestidad y transparencia de nuestras personas, palabras y obras, como fue la transparencia de Jesús en la Sinagoga de Nazareth, podremos también decir: “Hoy se cumple este pasaje de la Escritura que acaban de escuchar” (Lc 4,21):-

## **SALUDO PASCUAL DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, Mons. Gerardo Sueldo, 16-04-1995**

Queridos hermanos y hermanas:

En esta Santa Pascua que Dios nos regala nuevamente llegue a todos Uds. mi fraterno y afectuoso saludo con las palabras del salmista, que acabamos de cantar: "Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y regocijémonos en él" ¡aleluya, aleluya, aleluya! (Sal 117,24). Sí, este es el día donde la bondad de Dios Padre se nos ha manifestado plenamente por medio de Jesucristo, su Hijo, y con la potencia del Espíritu Santo. Por eso, queridos hermanos y hermanas, alegrémonos, queridos hermanos sacerdotes y diáconos, queridos religiosos y religiosas, queridos seminaristas alegrémonos, porque este día es el que da sentido a nuestra vida ministerial, a nuestra consagración a Dios y a su Iglesia, a nuestro ser bautizados. Cristo, el Señor, ha resucitado. Cristo, el Señor, ha derrotado la muerte y el pecado. Este es el grito de nuestra fe. Grito de alegría y esperanza que los discípulos de Jesús estamos elevando hace dos mil años y con el cual deseamos introducirnos en el nuevo milenio que se acerca-

Como siempre, la Pascua, no sólo nos presenta a Jesús resucitado, sino nos lleva al contenido fundamental de su triunfo. El triunfo de la vida sobre la muerte y de la fe sobre la oscuridad de la incredulidad y de la duda. Nos lleva al contenido de la liturgia pascual que no es otro, sino el contenido de nuestra vida de bautizados. "¿No saben Uds. -nos recuerda hoy S. Pablo- que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte?. Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que así como Cristo resucitó para la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva" (Rom 6, 3-4). Por ello hoy, la Iglesia juntamente con la victoria de Jesús, celebra la victoria del hombre, vencedor, por Cristo, de la muerte y de la incredulidad a través del bautismo que da el triunfo a la fe y a la vida:-

En esta Santa Pascua en la que con Cristo renovamos nuestra fe y nuestra vida, que bueno es haber proclamado para oírlo nosotros mismos, para interiorizarlo muy profundamente en nuestras vidas, y para testimoniarlo frente al mundo y a la historia, como anuncio siempre nuevo: "¿por qué buscan entre los muertos al que está vivo?. No está aquí, ha resucitado" (Lc 24,5-6). Nosotros, queridos hermanos y hermanas, nosotros los cristianos, no nos equivoquemos; Cristo no ha muerto, Él vive, más, Él es nuestra vida, es la vida de la Iglesia. Él por la presencia y fuerza de su Espíritu vive y conduce a su Iglesia, su Pueblo, su comunidad en medio del mundo, y la convierte en una comunidad de vida y de fe. Estos son dos distintivos pascuales que nos identifican en la historia, la vida y la fe. La Vida nueva alcanzada en Cristo y el sentido de la vida, lo que da contenido al vivir que es creer y amar. Porque la vida y la fe de la Pascua y del bautismo, nuestra Pascua personal, son frutos del amor de nuestro Dios:-

Desde esta perspectiva identificatoria del cristiano, el hombre y la mujer pascual, es que la Iglesia reclama constantemente a sus hijos ser frente al mundo testigos de la nueva vida y de la fe. También desde esa perspectiva pascual, es que la Iglesia, a través de sus hijos, denunciará todo lo que pone en peligro la vida y lo que le da sentido que es el creer. Porque con su palabra y con sus obras de vida y de fe, la Iglesia debe anunciar siempre a Cristo resucitado; debe marcar el sentido del vivir y del creer:-

Cuando nos toca vivir y ser testigos de la Pascua y del bautismo en un momento y en un mundo donde "la vida y la fe están amenazadas", los renacidos por Cristo no podemos callar. Nuestra palabra deberá ser siempre una palabra dicha con amor, llena de fe y proyectada a la esperanza:-

No podemos negar que en el mundo de hoy, en nuestra patria y en nuestra provincia hay una crisis de credibilidad. Tantos engaños, tantos acomodos por interés, tantos hechos de corrupción que se denuncian, pero por sobre todo, tanta experiencia de frustración y fracaso, tienen su consecuencia: no confiar, no creer. Y cuando quienes llevan a estas consecuencias se dicen cristianos, hermanos nuestros, la crisis de credibilidad afecta a la dimensión pascual del creyente; afecta a la Iglesia y a la fe en Cristo, Señor. Hoy podemos recordar tantos bautizados, hermanos nuestros, que por la manipulación que se hizo de ellos en diversos aspectos y momentos de la vida, llegan a

dudar hasta de que Dios está con ellos. Mucho más cuando en la trama de esa manipulación se invierte lo malo para presentarlo como bueno y lo bueno como repudiable, porque no se es un “vivo” que alcanza su propio interés pasando sobre todos y aplastando todo. Una sociedad así diseñada, nada tiene que ver con la Pascua, ni con Cristo, ni con el bautizado. Pero en esa sociedad, queridos hermanos y hermanas santiagoños, tenemos que vivir nuestra fe. Pero no vivirla pasivamente o con la resignación de no poder hacer nada. Una realidad así se nos presenta a los cristianos como un desafío. No para salir y destruir, sino para cambiar al estilo de Jesús. Él no mató a nadie, Él no destruyó, Él mostró y testimonió que se puede ser distinto. Jesús hizo creíble su palabra por lo que Él mismo era, por su obrar, por su servicio, y por sobre todo, por su coherencia hasta la muerte. Una sociedad decadente y mediocre, lo mismo que un hombre decadente y mediocre, se define por su incoherencia: hoy dice esto y mañana aquello, o afirma esto haciendo lo distinto. Qué distinto al Señor de la Pascua que “tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres ... se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz” (Flp 2,7-8):-

Estamos, queridos hermanos y hermanas, a las puertas de un nuevo pedido a nuestra credibilidad. El hecho electoral, no es más que eso: votar porque uno cree que el candidato es digno de fe. Hoy es difícil creer. Por eso desde la Pascua es bueno tomar algunos criterios: primero el de la libertad, nada tan libre como la fe, y nada tan valioso para defender. No nos dejemos manipular ni por la propaganda que somete, ni por el discurso que encandila, ni por las promesas abundantes, ni por la imagen que cautiva. Vean al hombre o mujer coherente, con historia de servicio, sin ganancias en sus intereses, sin acomodos provechosos. Por sobre todo, desde nuestra fe, que estas elecciones sean una exigencia de credibilidad. Para tener un Estado creíble, especialmente en lo que es su control que es la Justicia. Una Justicia creíble asegura un Estado honesto:-

Pero junto a la fe amenazada, debemos recordar en esta Pascua, también la vida amenazada. Desde Cristo Pascual, sabemos que no se trata solamente de no matar. Sabemos que la vida es mucho más, y Jesús nos testimonió que es mucho más. Vivir, es ante todo, dar contenido al vivir, no es “durar”, sino vivir con un sentido, un objetivo, un contenido. Siempre ese contenido es la felicidad. Por eso el hombre de todos los tiempos no descansa en su afán de encontrarla. El Misterio Pascual de Jesús nos presenta que la mayor felicidad del hombre es vivir para el otro. Así lo hizo Jesús. Así lo demostró el amor del Padre Dios que envía a su Hijo para ser Hombre y Salvador para el otro. Cuando esta dimensión de donación y entrega en la fe y en el amor se pierde, se pierde el sentido de la vida, y se buscan otros. Entre ellos el placer, el poder y el tener. Y para alcanzarlo no vale nada la vida de los otros. Cuántas experiencias de ello tenemos. Por eso se asesinan tantos niños sin nacer o se arrojan a la calle los que ya han nacido. Por eso se cautiva a los adolescentes quitándoles el horizonte de la vida por la pornografía, la droga, el alcoholismo, el boliche y tantos testimonios que tenemos. Porque es peligroso que el joven piense o cuestione, o quiera proyectar su vida para el futuro. Peligroso es que el joven piense para qué estudia, si no podrá trabajar, o para qué trabaja sin con lo que gana no podrá formar un hogar digno, o para que formar el hogar si no tendrá donde vivir, o para qué tener una vivienda si no podrá alimentar o educar dignamente sus hijos. Todavía más si la estructura social le determinará cuantos hijos tener; y si los tiene qué política de salud le ayudará, y cuando sea anciano cómo se ayudará para llegar a una muerte digna sin tener que gritar en las calles por su merecida jubilación. Todo esto, queridos hermanas y hermanos, no es ciencia ficción del mundo después de una explosión nuclear. Basta con que hoy salga a la calle, escuche y mire. Esta es una amenaza a la vida y a su sentido más profundo. Y cuando desde la Iglesia, sus miembros laicos o consagrados, señalamos esa realidad, no es que estemos haciendo política partidista, estamos haciendo la gran política de llamar la atención sobre lo que deshumaniza. No es que queremos que nos inviten a ser candidatos para arreglar el mundo, no queremos una “clerigocracia”, como ya hay experiencias. Simplemente queremos anunciar a Cristo resucitado, queremos testimoniar que la muerte y el pecado ya han sido vencidos y que debemos, al menos los cristianos, vivir esa victoria. Queremos denunciar lo que hay de muerte y anunciar la vida porque esa es nuestra vocación y misión, como lo recordábamos el pasado Jueves Santo. Porque nuestro grito quiere ser un grito de esperanza. Uds. queridos hermanos y hermanas laicos, por su bautismo y participación en el Cristo Pascual, están principalmente llamados a construir este mundo temporal. Es el desafío y compromiso de cada Pascua. Por eso, la Pascua de Cristo, su victoria de fe y vida se convierte en nuestra meta:-

Augurándoles nuevamente unas felices y santas Pascua, anuncien que Cristo, el Señor, vive y no lo busquen entre los muertos:-

## **SALUDO DE NAVIDAD DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, Mons. Gerardo Sueldo - 25/12/1995**

Queridos hermanos y hermanas:

Con profunda alegría en la fe y tomando las palabras del Profeta los saludo anunciando: “El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz; sobre los que habitaban en el país de la oscuridad ha brillado una luz... Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado” (Is 9,5) y con el Evangelista, repito “hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor” (Lc 2,11). Este, queridos hermanos y hermanas, es el gran anuncio de toda la historia, es el gran acontecimiento que cambiará y transformará la vida de los hombres. Es el momento en el cual por la iniciativa amorosa de Dios, el hombre y las cosas podrán alcanzar su auténtico sentido de existir, su equilibrio, alegría y seguridad, su felicidad. Por eso en Cristo, Señor, nacido para nuestra salvación tengan todos Uds. una feliz y santa Navidad. Reciban Uds. la alegría del Dios-con-nosotros y la esperanza de la luz que destruye toda tiniebla y oscuridad.

De este acontecimiento salvador se cumplirán pronto dos mil años. Y para celebrar en la fe el nacimiento del Señor, la iglesia toda ha sido convocada por el Santo Padre Juan Pablo II, a prepararse con alegría y confianza, con arrepentimiento y conversión para este Gran Jubileo. Sabemos que “celebrar” es hacer memoria del pasado y preparar el futuro para vigorizar el presente con un renovado esfuerzo que nos aliente a caminar decididamente, sin miedos. Por eso todo tiempo jubilar comienza con un espíritu penitencial de conversión. Hemos sido invitados a mirar nuestro pasado de iglesia y de creyentes para alegrarnos por lo que hemos realizado de acuerdo y en fidelidad al Evangelio de Cristo, pero también para dolernos de nuestras deficiencias y traiciones con voluntad de cambio y conversión. Jubileo es también expresar nuestro júbilo y gozo. Por eso el tiempo jubilar deber ser un tiempo de profunda alabanza y agradecimiento. “Por que la gracia de Dios que es fuente de salvación para todos los hombres, se ha manifestado” (Tit. 2,11). Por eso buscamos en el tiempo jubilar que renovados en la penitencia y conversión podamos mirar y caminar hacia el futuro rechazando todo triunfalismo, pero también, todo derrotismo, apoyados solamente en la esperanza que proviene de nuestra fe. Hermanos y hermanas, ya estamos en el tiempo jubilar, ya en esta Navidad preguntamos y anticipamos la Navidad del Tercer Milenio de Cristo entre nosotros.

Pero el centro y contenido del Gran Jubileo y del tiempo jubilar no es ni nuestra penitencia, ni nuestro agradecimiento y alabanza. Éstas son actitudes propias del creyente. El centro y el contenido del júbilo y la alegría es Cristo, el Señor. Al preparar y celebrar el Tercer Milenio de la fe estamos haciendo memoria de Él, de Jesucristo. Queremos confesar y anunciar nuestra fe en Cristo, el Hijo de Dios, nacido como hombre de María Virgen en Belén, muerto y resucitado, que está entre nosotros viviente y operante a través de su Espíritu y que vendrá, en la plena manifestación de su misterio, con gloria. Confesamos y anunciamos a Cristo, ayer, hoy y siempre (cf. Heb. 13,8). El contenido de esta fe es que “la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros. Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo Único, lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1,14). Con el Evangelista San Juan, los cristianos vemos en la concepción y nacimiento de Jesús la realización de la Encarnación del Hijo eterno de Dios. Creemos que el Hijo, igual al Padre en divinidad se hizo uno de nosotros, se hizo hombre. Porque “Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo Único para que todo el que crea en Él no muera, sino que tenga Vida eterna (3,16). Jesús, con su muerte nos ha reconciliado con el Padre y con su resurrección nos ha mostrado y puesto al alcance que nuestro destino es la vida. Con esto el misterio del hombre, su vocación definitiva, el sentido de su existencia personal y de su historia comunitaria se ha manifestado y aclarado en la Palabra de Dios hecha carne, en Jesucristo. Por eso el Misterio de la Encarnación que ahora celebramos es el centro de nuestra fe y constituye nuestra identidad cristiana. Por eso también, como lo recuerda el Papa Juan Pablo II, el tiempo, la historia, el mundo, encuentran su cumplimiento, su plenitud en Cristo: “En realidad el tiempo se ha cumplido por el hecho mismo de que Dios, con la Encarnación, se ha introducido en la historia del hombre” (TMA, 9a)-

Así el núcleo de nuestra fe es Cristo, Dios-Hombre, y por ello está en íntima relación con el hombre, con la humanidad, con todo lo humano. Cristo en su misterio no nos permite separar a Dios del hombre, ni de la humani-

dad, ni de todo lo humano. Por eso nuestra fe nunca será una fe “espiritualística” que se aleja de la realidad, ni una fe alienante que escapa del hombre y de sus situaciones concretas e históricas, ni una fe de sacristía y devociones, ni una fe encerrada en un falso sentido de lo sacro y lo religioso. Como lo decíamos los Obispos Argentinos en 1990, la Iglesia, nosotros, por creer en el Misterio de Jesús hecho carne, necesita, con su predicación y su testimonio, con palabras y hechos, suscitar, consolidar y madurar en el pueblo la “fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, presentándola como un potencial que sana, afianza y promueve la dignidad del hombre” (cf. LPNE, 16). Una dignidad y seguridad tan heridas y dañadas por el pecado, el egoísmo y los descuidos de los hombres:-

Por esto, la actitud del hombre y mujer que cree en Cristo, Dios-Hombre, a de realizarse siempre en contemplación y acción. El mismo Cristo nos encomendó cumplir en este tiempo el nuevo mandato del amor que, por la promoción humana, busca alcanzar la eficacia que, en la medida de lo posible, adelanta el “tiempo futuro” (cf. GS, 39). Tiempo donde el yugo y el palo del carcelero que pesa sobre los hombres, sean destruidos; donde la soberanía y la libertad de Dios sean patrimonio de los hombres; donde la paz -no cualquier paz- surja del derecho y la justicia, como recuerda hoy el profeta Isaías (cf. 9,5-6). Por ello para el creyente, todo hombre es sacramento de Cristo, es decir, señal, signo sagrado de su presencia en la carne. Pero el Señor eligió también el camino del despojo y de la humillación. Ocultó su gloria en la oscuridad de la pobreza y de la cruz, y hasta su regreso definitivo, en el mundo y en la historia, mantiene su gloria oculta en la persona de los pobres, humillados y perseguidos por su nombre y la verdad, en cada uno de ellos, Cristo el Dios-Hombre nacido en Belén, está presente entre nosotros de un modo especial (cf. Mt 25; LPNE, 27):-

Muy queridos hermanos y hermanas, cristianos de Santiago del Estero, éste es el anuncio y contenido del Misterio de Navidad. Misterio que revela tanto amor de Dios al hombre, tanta cercanía y entrega, tanta paz y seguridad para todo hombre, creyente o no. Desde esta perspectiva podemos leer nuestro presente, aquí y ahora. Desde aquí podemos descubrir cuánto del misterio vive este querido pueblo y diócesis de Santiago del Estero. Cuánto don y generosidad en la gente sencilla y pobre que hoy se descubren como los privilegiados del regalo del Dios hecho Niño. Cuánto anhelo de paz fundamentada en el derecho y la justicia; cuánto esfuerzo para alcanzar que su dignidad y seguridad sean reconocidas; cuánto grito para superar el sometimiento, la dependencia, la imposición aberrante en lo laboral, en lo político y en lo social que ha llevado a una cultura falta de libertad y sometida al miedo, a la investigación y control, a la calumnia y amenaza, a la extorsión y chantaje para defender el pan de cada día. Entre estas luces y tinieblas el Misterio de Navidad quiere abrirse paso anunciando la esperanza y denunciando la anti-Navidad que hoy oprime:-

En este contexto de luces y sombras, queridos hermanos y hermanas en Cristo, nacido en Belén, quiero saludarlos. Saludo a cada uno de Uds. mujeres y hombres santiagueños y les traigo el anuncio del Señor. Admiro en todos Uds. la fuerza y valentía para llevar adelante las continuas frustraciones de esta provincia. Admiro y venero desde la fe la pobreza y sencillez de sus vidas y la alegría con que saben caminar hacia adelante. Sé de los golpes y presiones que deben sufrir para sobrevivir en este pueblo. Sé de las presiones a las que muchas veces son sometido algunos de Uds. especialmente si trabajan para el Estado provincial. Sé de las obsecuencia a las que se los quiere someter y de las definiciones y firmas que se les quiere arrancar si deben defender el trabajo de cada día. Sé como se negocia sobre la dignidad y los principios. Sé del desenfreno en el ansia de poder y deseo de avasallar. Todo ello es anti-Navidad. Porque Navidad inaugura el tiempo de la dignidad y libertad:-

También al saludarlos, queridos santiagueños, quiero compartir con Uds. la inseguridad en que viven. Inseguridad jurídica, inseguridad laboral, inseguridad social, inseguridad política, inseguridad democrática. Aún cuando todo se cubra con el velo de lo formal. Señal de esta inseguridad es la enfermedad del miedo. Miedo no sólo del pueblo y la sociedad, sino miedo del Estado. Nada hay tan negativo como señal, como cuando el Estado quiere defenderse del pueblo que lo ha elegido y dado el mandato para que lo sirva. Y ese miedo paranoico lo hemos vivido con tristeza el pasado 16 de diciembre cuando la ciudad fue atrincherada para defenderse ¿contra quién?, ¿contra el pueblo?, ¿contra un pequeño grupo de manifestantes?. Nó, el estado se defendió contra su propio miedo. Por eso controla, por eso investiga, por eso como se dijo escandalosamente “se debe tener una acabada información”



de todos, especialmente de los que deberían ser de confianza, los funcionarios. Qué dolor en la fiesta de la paz y la libertad, en la solemnidad que celebra la enorme dignidad de cada hombre consagrada por la divinidad de Jesús. A pesar de ello, queridos hermanos y hermanas santiagueños, a todos Uds., amigos, hermanos o no, feliz y santa Navidad. El nuevo hombre ha nacido en Cristo, el Señor:-

También quiero saludar a los más cercanos en mi servicio pastoral. Quiero saludar a Uds. queridos sacerdotes y diáconos de la diócesis, a los queridos y queridas religiosas y religiosos que nos acompañan en el trabajo diario, a los consagrados laicos, a los queridos seminaristas, a los ministros instituidos y a todos los queridos laicos jóvenes y adultos comprometidos en los organismos e instituciones diocesanos, parroquiales y de pequeñas comunidades. A todos ustedes una santa y feliz Navidad del Señor; a todos Uds. muchas gracias por el testimonio grande y silencioso de su trabajo; a todos Uds. gracias por su fraterno acompañamiento, solidaridad y comprensión; a todos Uds. pido perdón en esta Navidad por lo que tienen que sufrir por la posición que como Obispo he tomado. Perdón porque son investigados, perdón porque son calumniados, perdón porque se los quiere ridiculizar en su sincero esfuerzo por promover una Iglesia en Santiago del Estero, orante, comunitaria y misionera, pobre y solidaria que desde la Palabra de Dios y los Sacramentos desea servir a tantos que tienen la fe y la vida amenazada; perdón porque violan sus derechos individuales y porque se los persigue y presiona económicamente. A pesar de todo como a hombres y mujeres de fe, entregados por la fe a Dios y a su pueblo, les repito gozoso el anuncio del Ángel en Belén: "No teman -no teman-, porque les traigo una buena noticia -entre tantas malas-, una gran alegría para todo el pueblo. Hoy ... les ha nacido un Salvador, el Señor. Y esto les servirá de señal: encontrarán a un Niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc 2,10-12):-

A todos, hermanos y hermanas, a sus familias, a los enfermos y encarcelados, a los que están de paso y a los alejados, a los que comparten nuestra fe en Cristo y a quienes tienen otra fe, que la bendición, alegría y esperanza de esta fiesta que celebra al Dios-entre-nosotros, a Cristo el Emmanuel, los llene de felicidad y de paz:-

**Mons. GERARDO SUELDO, CON OCASIÓN DE LA MISA CELEBRADA  
EN LA PARROQ. DE N. SRA. DE LOURDES EN LA BANDA ROGANDO  
POR LOS DESEMPLEADOS` IV. Domingo “Durante el Año”  
28/01/96**

Queridos hermanos y hermanas:

Ante todo quiero agradecer de corazón la invitación recibida a través del Párroco para presidir esta Eucaristía del Domingo -Día del Señor- rogando por todos los hombres y mujeres que están perdiendo sus trabajos o que definitivamente no los tienen, o no pueden conseguirlos.

Quiero estar aquí para acompañarlos como Obispo y hermano, para solidarizarme con todos Uds. angustiados por esta terrible inseguridad, y para hacer presente también la unión, en fe y oración, de toda nuestra querida Iglesia Diocesana en Santiago del Estero que tiene por objetivo pastoral ser una Iglesia que, “comunitaria y misionera, pobre y solidaria, se nutre con la palabra de Dios y los Sacramentos, para el servicio de los que tienen la vida y la fe amenazada”. Y quién mas que los sin trabajos se encuentran en esa angustiosa situación.

También en este momento quiero recordar las palabras del Santo Padre, Juan Pablo II, cuando el 11 de Noviembre pasado al finalizar casi nuestra visita “Ad Limina”, nos pedía que transmitiéramos a todos los desocupados de la Argentina su saludo y unión. Decía el Papa: “A través de la presencia de Uds. -los Obispos- y a través de su voz quiero estar muy cerca de todos ellos: los padres de familia que no encuentran trabajo, las madres angustiadas por las necesidades del hogar, los niños que no pueden recibir la alimentación o la educación adecuada, los jóvenes a quienes amenaza la frustración de sus esperanzas, los ancianos, los jubilados, los enfermos. Dirijo también -sigue el Papa- mi pensamiento agradecido a cuantos han respondido y responderán con generosidad al llamado de Uds.. Y, mediante la oración y los gestos concretos de caridad, procuran paliar el sufrimiento de sus hermanos: su ofrenda no quedará sin recompensa pues “Dios ama a los pobres y, por lo mismo, ama también a los que aman a los pobres; por eso nosotros tenemos la esperanza de que Dios nos ama, en atención a los pobres” (5,2).

Justamente, en este 4to. Domingo del tiempo litúrgico “Durante el Año”, la Palabra de Dios que acabamos de proclamar esta centrada en el pobre. Jesús al anunciar el Reino de Dios, la presencia de Dios en medio de los hombres, proclama desde la montaña: “Bienaventurados los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos” (Mt. 5,3) y define que los principales destinatarios del Reino de Dios que se construye en la tierra, son los pobres. Define que la presencia de ese Reino principalmente se testimoniará en los pobres. Porque la Iglesia, que expresa y trabaja para el Reino de Dios, es llamada desde los pobres. En la 2da. Lectura nosotros escuchábamos de S. Pablo escribiendo a los cristianos de Corinto: “Hermanos tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay entre Uds. muchos sabios... ni son muchos los poderosos y los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio...; lo que el mundo tiene por débil...; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así nadie podrá gloriarse delante de Dios” (1Cor 1,26-28). Porque nuestra fuerza no surge de nosotros solos, sino que es manifestación de Dios. Dios es nuestra fuerza. Él es nuestra confianza y esperanza. Por eso termina Pablo: “El que se gloria, que se gloríe en el Señor” (1Cor. 1,31).

Hoy, queridos hermanos y hermanas, nos sentimos tan débiles e impotentes ante los poderes económicos que discriminan, ante las políticas que no tienen en cuenta que la razón de ser del trabajo y el empleo es el hombre y solo el hombre; no la ganancia y el dinero en sí; no el sistema por el sistema; no un plan o proyecto por más bueno que se prevea. Porque el único que le da sentido al trabajo y lo dignifica es el hombre. Porque el hombre, la persona humana, a través del trabajo se realiza a sí mismo y perfeccionando la obra de Dios trabaja para hacer de su trabajo una alabanza al Creador y un servicio a sus hermanos los demás hombres (cf. Sto. Dom. 182). Por esto

todo trabajo honesto es alabanza y oración, como también es testimonio de amor fraterno y servicio a los hermanos. Impedir esto, significa una grave ofensa a Dios y al hombre y a la mujer de cualquier tiempo y en cualquier lugar.

En esa perspectiva qué bien resuenan las palabras del Profeta Sofonías en la 1ra. Lectura: “Busquen al Señor, Uds. los humildes de la tierra... Busquen la justicia, busquen la humildad,... así estarán protegidos en el Día de la ira del Señor” (2,3).

Esto se levanta como un grito de esperanza frente al panorama triste y pesimista que tenemos. Panorama que nos presenta a una provincia sometida a una cultura de dependencia donde la única alternativa parecería ser empleado del Estado, sabiendo de antemano que eso, en la situación actual, significa perder la libertad y caer en el servilismo a los caudillos y caciques de turno que, cuando no encuentran empleados genuflexo desatan la despiadada persecución de la que lastimosamente somos testigos. Panorama de una provincia que nunca trabajó seriamente para promover una adecuada industrialización que permita la no dependencia en los puestos de trabajo. Panorama de una provincia donde hoy con la total inseguridad jurídica en que vivimos y también con la inseguridad en que se encuentran nuestros bienes, indudablemente hacen huir a cualquiera que desee honestamente invertir en ella. Panorama de una provincia donde la gran preocupación política es sólo ver qué se le puede sacar al Gobierno Nacional o qué se le puede sacar al ciudadano por impuestos y presiones y nó qué puede proyectar con creatividad para ofrecer a los santiagueños nuevas posibilidades. En este contexto deplorable, qué proféticas suenan las palabras del Santo Padre: padres sin trabajo, madres angustiadas, niños sin alimento, esta situación es ideal para seguir la cultura de la dependencia que lleva a postrarse y arrastrarse en búsqueda del trabajo o del empleo que se debe agradecer, por el cual se debe quedar sometido, de lo contrario llega la sanción vengadora. Ideal para seguir con la bolsa de comida, tan necesaria, pero al mismo tiempo tan denigrante. Proféticas las palabras del Papa cuando habla de los jóvenes que ven frustradas sus esperanzas de permanecer en la provincia y sólo desearán salir de ella lo más pronto posible, como ya lo hacen tantos santiagueños que son mano de obra barata fuera de su tierra para poder sobrevivir. Todo esto, queridos hermanos y hermanas, crea esa cultura y ambiente servil que nos duele tanto leído desde la fe. Servilismo y obsecuencia encaramados hasta los más altos niveles del Estado y de la sociedad. Aquí el destino pareciera que sólo exige aplaudir y postrarse ante el que detenta el poder, o huir, como lo hacen muchos.-

Pero, como cristianos, hermanos y hermanas, nuestra palabra debe ser otra. No debemos callar en la denuncia de todo lo que atropella la dignidad de cada persona. No es la denuncia violenta, sino como dice el Profeta, la búsqueda de Dios, la búsqueda de la justicia, la búsqueda de la verdad. Eso cuesta, pero ya Jesús, el Señor, al dar las normas del Reino de Dios nos advirtió: “Felices Uds. cuando sean perseguidos por practicar la justicia... felices Uds. cuando sean insultados y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mi. Alégrese y regocíjense entonces, porque Uds. tendrán una gran recompensa en el cielo...” (Mt. 5,10-12)-

Ese cielo, hermanos y hermanas, ya comienza a construirse aquí como lo señala el Señor. Y esa construcción cuesta, pero son llamados aquellos que tienen actitud de pobres. Nuestras oraciones por los que sufren la desocupación y las angustias de la necesidad, lleguen hoy como grito clamoroso hasta el cielo, hasta Dios, por medio de Cristo, nuestro hermano, y de María nuestra Madre en su consoladora advocación de Lourdes donde ahora nos hemos reunido. Amen.-

## **SALUDO PASCUAL DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, Mons. Gerardo Sueldo - CATEDRAL BASÍLICA - 7 DE abril de 1996**

Queridos hermanos y hermanas:

¡Feliz y santa Pascua para todos Uds. ! Con la alegría de la fe repito el anuncio lleno de esperanza y triunfo: El Señor ha resucitado, y con el Evangelio reafirmo: “No teman, yo se que Uds. buscan a Jesús, el Crucificado. No esta aquí -en el sepulcro-, porque ha resucitado como lo había dicho”(Mt 28, 5-6).

Este anuncio gozoso es el que proclama la Iglesia, nosotros los bautizados. Este anuncio es el que ha iniciado la transformación de la historia y del hombre desde hace dos mil años. Este anuncio desafiante es el que ha dado nuevo sentido al universo y al hombre que vive en él, y a la vez nos ha revelado una nueva cara de Dios: El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; el Dios y Padre de cada discípulo y hermano de Cristo el Resucitado.

Hoy este anuncio, para nosotros los hombres y mujeres de fe del final del siglo XX y del final del segundo milenio de la era cristiana, llega mas incisivo, mas exigente, mas apremiante. Este anuncio, siempre nuevo e insólito, ahora debe cruzar la frontera del tiempo y del espacio caminando hacia un nuevo siglo, hacia un nuevo milenio, hacia nuevos espacios que necesitan descubrir el sentido del universo, el sentido y lugar del hombre, el sentido y lugar de Dios. Hoy este anuncio, como pocas veces en la historia, necesita llamar a la esperanza. Los hombres y mujeres de este tiempo límite, antes de entrar en el nuevo siglo y milenio, necesitamos respuestas.

Estas respuestas no terminan de darlas ni la ciencia, ni la política, ni los sistema económicos, ni las definiciones filosóficas del hombre. El hombre y la mujer de hoy necesitan respuestas que lo abarquen todo, respuestas que lleguen a su existencia concreta, que les digan cual es su dignidad, cuál es su libertad, cuáles son sus derechos y deberes, cuáles son sus responsabilidades, cuál es su sentido de presencia y participación en la construcción de este mundo y de esta historia, para que no sean otros quienes se lo construyan. Las respuestas son vitales para vivir en la esperanza y en el coraje que necesitamos al ingresar en un nuevo tiempo.-

San Pablo nos recuerda en esta Pascua, la raíz de toda respuesta: “¿No saben Uds. que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte?. Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que así como Cristo resucitó para la gloria del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva... y así dejáramos de ser esclavos del pecado”(Rom. 6,3-6)-

Para los hombres y mujeres de fe, los renacidos por el Bautismo, aquí está la raíz de toda respuesta: Cristo Resucitado, nuestra fe y nuestra esperanza.-

Por eso, el Santo Padre, Juan Pablo II, al convocarnos a celebrar el Gran Jubileo del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, nos recordará: que “Jubileo” señala la alegría; alegría no sólo interior, sino júbilo exterior por la venida de Dios (cf. TMA, 16); que “Jubileo” es un tiempo dedicado de modo particular a Dios Salvador (cf. TMA, 12); que “Jubileo” es proclamar un Año de Gracia del Señor, por eso para la Iglesia significará perdón de los pecados y de las penas de los pecados, tiempo de reconciliación, conversión y penitencia (cf. TMA, 14), será un tiempo para volver a Cristo, muerto y resucitado, preguntándose qué significó para nosotros su Pascua y qué diremos y testimoniaremos sobre nuestra fe pascual al nuevo tiempo que se acerca y con ello a las nuevas generaciones.-

Todo esto, queridos hermanos y hermanas, es muy comprometedor para nuestra generación, para nuestra época. Porque ser un bautizado, estar injertados en Cristo, ante todo significa reconocer y confesar al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo como el único Dios, el único Absoluto, el único Padre Creador y Salvador, el Dios presente en la historia y el universo por medio de su Hijo y el Espíritu que lo penetra todo y lo transforma todo. Por

eso no hay otros absolutos. Por eso el “poder”, el “dinero” y “el placer”, no son dioses ni absolutos ante quienes el cristiano se deba rendir o vender. Para las categorías que manejamos hoy en nuestras conductas e ideas, esto se plantea como un reto fundamental al preguntarnos ¿cuál es tu Dios, cuál es tu Absoluto por quien juegas el sentido de la vida y de tu persona?:-

Ser un bautizado, un hombre y mujer nacido de la Pascua, nos hace confesar que hay un único Señor, Jesucristo, nacido hombre en la carne, que padeció, murió y resucitó, que dejó su Mensaje de Buena Noticia en el Evangelio y que está viviente y actuante, por su Espíritu Santo en la Iglesia. El “señorío” de Jesús hoy no se entiende tan rápidamente. Él es Señor naciendo en el corral de Belén; Él es Señor, viviendo pobre y marginado, y predicando a los pobres y pecadores; Él es Señor llamando a los pescadores de Galilea para que sean sus discípulos; Él es Señor diciendo una y otras vez que es “Enviado”, que el Padre lo envió, que las palabras son del Padre, las obras son del Padre, que Él cumple obediente la Voluntad del Padre. Por eso Él es Señor aceptando la Pasión y la Muerte para cumplir el plan salvador del Padre que quiere que todos los hombres se salven; Él es Señor resucitando por la Voluntad del Padre, para presentar a los hombres y a toda la creación un camino nuevo, la vida nueva, como un fermento nuevo: “¿No saben -recuerda hoy San Pablo- que un poco de levadura hace fermentar toda la masa?. Despójense de la vieja levadura, para ser una nueva masa... Porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado” (1Cor. 5,6b-7):-

Para poder dar respuesta transparente al siglo y milenio futuro, los cristianos, y también todos los hombres, deberemos definir quién es nuestro “señor”. El Señor de la Pascua, no es el Señor que domina, sino el que sirve, es el Señor que “se levantó de la mesa, se sacó el manto y tomando una toalla se la ató a la cintura. Luego echó agua en un recipiente y empezó a lavar los pies a los discípulos...” (Jn. 13,4-5). Con esto Jesús puso la base para todo “señorío”, para toda autoridad. Frente a un mundo, y también muy cercano a nosotros, donde los liderazgos buscan sus propios intereses y no el de la comunidad o bases a las que representan, peor todavía, cuando los liderazgos se convierten en paternalismos caudillistas, qué doloroso y denigrante será responder a las generaciones futuras: “mi señor fue el caudillo fulano de tal o mi servicio, que es servilismo, estuvo entregado al fulano de cual”. Qué falso y doloroso como mensaje será decir estuve envuelto en el clientelismo político y en el populismo que me creó el “señor” de turno y donde mi única participación fue aplaudir todo, consentir todo aún la injusticia, las persecuciones del caudillo y sus venganzas. Nada tan anticristiano como la obsecuencia que exigen ciertos “señoríos”. Y nada tan nefasto para entregar como modelo a los jóvenes que ingresarán en el tercer milenio de la fe. Mensajes así sólo mentalizan a esclavos y la esclavitud impide el progreso y maduración espiritual y personal, impide el progreso y desarrollo de las comunidades y los pueblos. Por eso evaluábamos con los Obispos de nuestra Región Pastoral del N.O.A., como las provincias más sometidas a estos tipos de señoríos o caudillismos resultan ser las más postergadas y su gente la más herida por una tremenda resignación y pasividad que la lleva a construir una cultura de dependencia y sometimiento:-

Pero ser bautizados, según San Pablo, significa comprender que “nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y así dejáramos de ser esclavos del pecado” (Rom 6,6). Ser cristianos significa ser levadura nueva en la masa vieja de la sociedad, por eso: “Celebremos nuestra Pascua, no con la vieja levadura de la malicia y la perversidad -dice Pablo-, sino con los panes sin levadura de la pureza y la verdad” (1Cor 5,8):-

Qué desafío, queridos hermanos y hermanas, para entrar en el nuevo milenio. Cuánta malicia y perversidad, cuánta mentira e intriga deberemos desechar de nuestra comunidad para celebrar la auténtica Pascua del Señor que hace surgir los hombres y mujeres nuevos, conformes al Evangelio. Y ese esfuerzo es nuestro, no podemos mirar al costado, porque nos convertiríamos en cómplices. Trabajar por la pureza y la verdad nos exigirá siempre velar por el bien común, significará siempre defender la vida, significará siempre proclamar nuestra fe que es lo más fuerte que nos deberá mover hacia una transformación. Iluminados por la fe de la Pascua podremos descubrir sin duda el camino de nuestra continua conversión personal y de nuestro continuo servicio a los hermanos. La fe denunciará cuando está obrando el hombre viejo que debería haber muerto en la Pascua. Esa fe descubrirá a los hermanos

postergados, olvidados y condenados al hambre, a la desnudez y miseria de toda clase. Y nos hará clamar por una mayor justicia social. Esa fe señalará cuándo, por las necesidades, nuestros hermanos son sometidos a la vergüenza que se les tire una caja de comida en lugar de pagarles un salario digno; que se les entregue una casa en medio del clamor populista en lugar de promover el trabajo y la industria que les permita ganar lo necesario para hacer la casa que quieran; esa fe hará ver el manoseo de las personas cuando se crea un sistema de dádivas que hacen creer que son regalos mientras simplemente son derechos que fueron postergados o negados. Esta provincia de Santiago del Estero conoce mucho de esto por ser una enfermedad crónica que continuamente se repite desde muchos años atrás y hoy está floreciente.-

También la fe pascual descubrirá, además de lo social, la malicia y perversidad en el afán de recortar las libertades personales y comunitarias. Basta contemplar la preocupación de algunos de nuestros representantes para imaginar leyes cada vez más coercitivas, propias de una dirigencia aislada de sus bases, ajenas al tiempo que vivimos y al concepto de la libertad que hace dignas a las personas. Y consecuentemente las caricaturas de lo que se llama "justicia". De ello todo el país ha sido testigo, y aquí entre nosotros cada día tiene su novedad en persecuciones, en operativos dispuestos por las fuerzas del orden en nombre de la justicia, en investigaciones y detenciones que nunca alcanzan al verdadero corrupto.-

Hermanos y hermanas, la Pascua es la fiesta del triunfo del amor de Dios sobre toda miseria humana; es la fiesta del triunfo del hombre nuevo, sobre el hombre viejo; es el desafío a la transformación. Cristo Pascual es la levadura nueva en la masa de la humanidad. Él ya está, y nosotros los bautizados estamos injertados en Él. Cambiar la malicia y perversidad en pureza y verdad está a nuestro alcance. Sepamos ver siempre desde la fe dónde está la mentira y perversidad y caminemos confiados. El Señor Resucitado está con nosotros, quién podrá infundirnos miedo, quién podrá hacer callar nuestra fe, quién podrá impedirnos el amor y servicio a los hermanos. Celebremos hoy queridos hermanos y hermanas santiagueños esta fiesta, celebremos queridos hermanos sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y seminaristas, celebremos queridos miembros de las instituciones y movimientos laicales. ¡Cristo, nuestra Pascua ha resucitado! ¡Aleluia! ¡Cristo el Viviente está entre nosotros! ¡Aleluia!. Y feliz Pascua para todos. Amén.-

## SOLEMNIDAD PATRONAL DEL APÓSTOL SANTIAGO - 25/julio/1996

Queridos hermanos y hermanas de la Diócesis de Santiago del Estero:

Nuevamente la fiesta del Apóstol nos congrega como Iglesia diocesana, como Iglesia peregrina, como Iglesia en estas tierras de Santiago del Estero. Hoy queremos celebrar nuestra fe junto a María en su advocación del Carmen y junto al Apóstol Santiago, primero de los apóstoles en dar testimonio de la fe entregando su vida por Cristo, el Señor. Por eso nuestro Mensaje no puede ser sino desde la realidad vivida de nuestra fe como Iglesia, aquí y hoy, y no puede ser sino desde el testimonio de fe que nos entrega María, la Virgen y el Apóstol Mártir-

Tampoco podemos celebrar sin tener en cuenta que nuestra querida comunidad eclesial santiagueña es presencia de la Iglesia universal de Cristo que se prepara a celebrar el nacimiento de su Señor el año dos mil. Preparación que nos invita a crecer en júbilo y alegría, por eso se llama "Jubileo", pero también a examinar nuestro caminar evangelizador en medio de la humanidad. Esa humanidad que no es algo abstracto o diluido en un falso sentido de lo "espiritual", sino ese hombre y esa mujer, ese joven y ese niño, ese anciano de carne y huesos que cada día vemos y oímos, tocamos y rozamos al pasar. Jubileo que nos interrogará sobre nuestro trabajo evangelizador frente a cada santiagueño y frente a la comunidad toda. Por eso, con visión profética el Papa Juan Pablo II en su carta sobre el Tercer Milenio planteará las preguntas fundamentales de la fe que anunciaremos y testimoniaremos en el nuevo siglo y en el nuevo milenio. Estas preguntas son también para nosotros, también para celebrarlas en este tiempo de preparación y por eso deben estar vibrantes en esta solemnidad: Santiagueño ¿quién es Jesucristo para ti?. Santiagueño ¿quién es el Espíritu Santo para ti?., o con palabras más concretas, ¿quién es la Iglesia donde vive, obra y guía el Espíritu de Cristo?. Por último, santiagueño ¿quién es Dios Padre para ti?. No podemos acercarnos a los dos mil años de la fe sin respuestas claras y definidas, o sea sin una identidad definida.-

Pero en este marco de alegría por el encuentro con nuestros patronos y en la preparación al Gran Jubileo, tampoco podemos olvidar el camino y objetivo que nuestra diócesis se ha trazado para el servicio pastoral. Debemos preguntarnos ante Dios y la comunidad santiagueña que estamos haciendo para "madurar una Iglesia en Santiago del Estero comunitaria y misionera, pobre y solidaria, que se nutre de la Palabra de Dios y los Sacramentos, para el servicio de los que tienen la vida y la fe amenazadas". Éste es el rumbo evangelizador que a lo largo de ocho Semanas Diocesanas de Pastoral se ha ido delineando. Este examen de conciencia lo hemos iniciado el año pasado y lo seguiremos en la próxima 9na. Semana de Pastoral, que Dios mediante, celebraremos este año.-

En este marco celebratorio viene la Palabra de Dios que acabamos de proclamar. Palabra tan llena de fuerza, invitación y desafío: "Los Apóstoles daban, testimonio con mucho poder de la resurrección del Señor Jesús, gozaban de gran estima y hacían muchos signos y prodigios en el pueblo" (Hch. 4,3 5,12). Son los primeros testigos del anuncio de Jesús, la primera Iglesia que empieza a evangelizar; su palabra se levanta con valentía para anunciar la vida resurgida en Cristo. Pero con ello también anuncian la nueva vida que debe resurgir en el pueblo, en cada hombre y mujer. La vida de la resurrección. Vida que viene de Dios a través de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús. Vida que hace hijos e hijas de Dios, vida llena de dignidad porque es sagrada y hace que cada hombre y mujer sean sagrados. Por eso "gozaban de gran estima". Por eso aparecían los grandes signos y prodigios en el pueblo: era la presencia de Dios. Presencia salvadora y dignificadora que sólo se descubre desde la fe. Ser testigos -como hoy lo es la Iglesia- de los valores que hacen digna y sagrada a cada persona, es incómodo. Y los Apóstoles como Jesús, como la Iglesia y como cada cristiano, que tomando en serio su fe, anuncian la resurrección que se da por Cristo en el hombre, incomodan y molestan. Por eso se los debe callar. "Los hicieron comparecer ante el Consejo y el Sumo sacerdote les dijo: 'Nosotros les habíamos prohibido predicar ese Nombre, y Uds. han llenado Jerusalén con su doctrina. Así quieren hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese hombre'" (Hch. 5,27-28). Cuando el Apóstol, la Iglesia o cada cristiano "anuncia" a Cristo, inmediatamente ese anuncio que es luz de Dios, se convierte en "denuncia" del pecado, denuncia de la oscuridad. Por eso la oscuridad se molesta y se retuerce porque ha sido

descubierta. Por eso se debe prohibir; por eso no se debe predicar; por eso no se debe recordar la responsabilidad. Todo esto enfurece: “Ellos se enfurecieron -dice el texto sagrado- y querían matarlos” (Hch. 5,33). “Entonces el rey Herodes hizo arrestar a algunos miembros de la Iglesia para maltratarlos y mandó ejecutar a Santiago, hermano de Juan” (Hch. 12,1-2). Ante el anuncio, el mal se enfurece y no sólo quiere hacer callar, también encarcela, también maltrata, también insulta, y por último, busca decapitar. Éste es el destino del Apóstol-profeta, de la Iglesia-profeta y del cristiano-profeta. ¡Que alegría, queridos hermanos y hermanas, poder celebrar esto!-

También nosotros hoy somos testigos de los efectos del anuncio. Si queremos defender la vida y la fe amenazadas, también se buscará hacer callar, también se prohibirá, también se amenazará para poner miedo en la Iglesia y en el creyente. Entonces “Pedro, junto con los Apóstoles respondió: Hay que obedecer a Dios ante que a los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús... haciéndolo Jefe y Salvador, a fin de conceder la conversión y el perdón de los pecados. Nosotros somos testigos de estas cosas...” (Hch. 5,30-32). Así obra el Apóstol, así debe obrar la Iglesia y cada cristiano, no callando sino gritando la verdad de su fe: ningún hombre que hiere la dignidad del hombre debe ser obedecido ni seguido; solamente Cristo es el Señor, Jefe y Salvador, nadie más; y el bien del hombre es dignificarlo, hacerle descubrir su carácter sagrado, invitarlo al cambio y conversión, ayudarlo a que alcance el perdón de sus pecados. Esto es defensa de la vida desde la fe-

Cuando la Iglesia reclama por el trabajo frente al desempleo, por la salud, por la educación, por la vivienda digna, reclama desde el sentido de dignidad que cada persona debe cultivar. Cuando se compromete con el pobre, el débil, el marginado y perseguido, no le pregunta si es bueno o malo, sólo escucha al Señor que debe ser anunciado y testimoniado en el más postergado. Pero esto molesta. Sin embargo eso es un anuncio y profesión de la fe-

Cuando la Iglesia invita a no perder la dignidad por la obsecuencia y servilismo frente al poder de todo tipo, está anunciando su fe. Cuando observa cómo se va profundizando una cultura de la dependencia y el sometimiento con refinados métodos de la dádiva que crean la pasividad y hacen sentir al otro deudor por siempre, está anunciando su fe. Porque ésta fe de los Apóstoles proclama que el hombre es violentado en el servilismo y la obsecuencia que lo convierte en cortesano y no en ciudadano, menos en hijo. Porque toda dádiva que sustituye o priva de un derecho, es violencia que humilla. Cada hombre y mujer tienen derecho al trabajo, se lo humilla y violenta con el desempleo. Cada hombre y mujer tienen derecho a la vivienda digna, se lo humilla y violenta cuando privándolo primero de la posibilidad de trabajar, se le entrega una casa que él no hizo, ni eligió, ni se le dio la posibilidad de imaginar. Cada hombre y mujer tienen derecho al alimento, se lo humilla y violenta cuando se le tira por medio de programas ofensivos una caja o bolsa de alimentos. ¿Por qué no dar la oportunidad que trabaje, y gane así su sustento?. Cada hombre y mujer tiene derecho a tener su familia, ¿por qué violentarlo y limitarlo atacando su salario familiar?. Cuando la Iglesia y sus Pastores, siguiendo las huellas de los Apóstoles reclama esto desde la fe, se dirá que es ignorante en economía, que se mete en política, que debe hablar de lo “trascendente y espiritual”, porque molesta al Herodes de turno que con su autoritarismo prohíbe que se le critique, prohíbe se hable y se enseñe, prohíbe que se le recuerde su responsabilidad de administrar y servir con el aporte de la comunidad, y no como quien es dueño y amo que pontifica diciendo “yo lo hice y te lo doy de lástima”. Mucho más grave es cuando lo que interesa y a quien se sirve no es a la persona, sino a lo que puede sacar de la persona para instalarse en el poder, que hoy por hoy es el voto. En esta deformada y proclamada democracia parecería que no hay caras de seres humanos, sino una intención de voto, y para ese porcentaje se gobierna. Indudablemente que esto es un grave pecado que estoy diciendo en la fiesta patronal en vez de hablarles de los ángeles de Dios...-

Desde estas realidades tan duras que revelan la incomprensión frente al anuncio del Evangelio, podrá recordarnos S. Pablo que llevamos el tesoro de lo nuevo de Cristo como “en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios”. Por eso nos invita a la esperanza: “estamos atribulados por todas partes, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados... Y así aunque vivimos, estamos siempre enfrentando a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifiesta en nuestra carne mortal” (2Cor. 4,7-11)-



Quién está atribulado, quién está perplejo, quién está perseguido, quién se siente derribado, aquel que experimenta cómo Dios ha querido que el anuncio del Evangelio y la vida divina que nos regala caminen en la fragilidad, debilidad y pobreza humana. En recipiente de barro. No en el orgullo de la seguridad, o en la lejanía de la falta de compromiso. Y pareciera, hermanos y hermanas, que en nuestra sociedad hay sectores que en la tremenda responsabilidad de ser dirigencia se encuentran en la actitud de la lejanía, del no-compromiso, del no-involucrarse. Solamente contemplan, como quien está sentado en la mesa del café provinciano y ve pasar la historia y los acontecimientos. Dirigencia que sólo sabe decir juzgando: “qué bien estuvo la Iglesia”, o “qué mal, no se debe meter, no le corresponde”, mientras sigue sentada en la mesa del café dejando que los acontecimientos no la toquen. Para la Iglesia esa actitud de espectador es preocupante. Indudablemente que allí no llegó el Evangelio de Cristo, no llegó la fe, no llegó el sentido de responsabilidad. No llegó lo que a Pablo lo hace gritar “Creí, y por eso hablé, también nosotros creemos, y por eso hablamos” (2Cor. 4,13). Mucho más cómodo es callarse. Pero eso es denigrante para quienes tienen la responsabilidad de conducir y servir en la sociedad. Tal vez por eso las sociedades y las provincias, los pueblos y las ciudades quedan tan postergadas y se convierten en pasto del caudillo que trepa por la pasividad de los otros. Cuánto tendremos que llorar por la ausencia de los honestos y el silencio cómplice de los cómodos y complacientes.-

También hoy la fe de los Apóstoles nos lleva a proclamar el Evangelio del servicio. Aquí nosotros, la Iglesia, deberemos examinarnos profundamente frente al Tercer Milenio de la fe. Qué fuerte es el texto que hoy nos entrega la liturgia. Jesús preguntando a la madre de Santiago y Juan “¿qué quieres?”, y ella contestando: “Manda que mis hijos se sienten en tu Reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda”, y Jesús tan dolido: “No saben lo que piden... el Hijo del hombre, no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate de una multitud” (Mt. 20,228). Pedir honores y poder no es lenguaje de fe. Pedir honores y poder es deformar el sentido de la construcción del mundo y mucho más, de la Iglesia. Sabemos que el poder y los honores en la sociedad civil llevan a la tiranía y opresión por un lado y por el otro a la obsecuencia cortesana. El tirano sólo interesa porque da migajas de poder y honores humillando a su vez, y el cortesano pierde su dignidad con tal de poder participar de los negocios del tirano y sacar dinero; pierde su dignidad buscando el cargo; pierde su dignidad ansiando que el tirano lo salude, o al menos lo vea y note su presencia; pierde su dignidad alabándolo para que lo premie; pierde su dignidad haciéndole comitiva para producir imagen. Queridos hermanos y hermanas, si esto en la sociedad civil es tan degradante cuánto más si se da en los cristianos.-

Jesús enseña muy bien y testimonia perfectamente la razón de ser de quien conduce y gobierna: “el que quiera ser grande, que se haga servidor de Uds., y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo... Uds. saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre Uds. no debe suceder así” (Mt. 20,26-225-26)-

Un desafío para nuestra Iglesia diocesana es revisar continuamente su servicio. Por eso son tan importantes las Semanas de Pastoral que continuaremos haciéndolas. También tan importante la promoción, acompañamiento y evangelización de las pequeñas comunidades. Ellas son una invitación al trabajo. Tan importante el adecuar nuestros organismos diocesanos y parroquiales, instituciones y movimientos apostólicos que no sólo se estructuren sino para que alcancen siempre más una mística de servicio, sacrificio y entrega. Nuestras Parroquias deberán siempre evaluar su apertura y cordialidad en acoger y revisarse si son verdaderamente comunidad de comunidades en una Pastoral Orgánica.-

En este día supliquemos a Dios, nuestro Padre por medio de Jesús, su Hijo, confiando en la intercesión de nuestros Patronos, María la Virgen Madre y Santiago el Apóstol del testimonio, para que esta Iglesia peregrina en Santiago del Estero, se afiance y crezca en la fe caminando hacia el nuevo Milenio. Amen.-

# **Mons. Gerardo Sueldo, EN LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR EL FELIZ TERMINO DEL CONFLICTO DE MUNICIPALES EN LORETO Y CHOYA**

## **06/09/1996**

Muy queridos hermanos y hermanas:

¡Con cuánta alegría y esperanza acabamos de proclamar en esta Eucaristía de “Acción de Gracias” las palabras de Jesús en el Evangelio!: “Te alabo, Padre Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido” (Lc 10,21). Esta celebración, hermanos y hermanas, no la entenderíamos, ni tendría sentido, sin la presencia y voluntad del Padre, Dios de la vida, y de Jesucristo que nos revela el “querer” del Padre: “Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, como nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10,22) asimismo no tendría sentido sin los “pequeños y sencillos”. Tampoco la entenderíamos sin la Iglesia, comunidad de los creyentes que, como aquellos que ese día rodeaban a Jesús, escuchaban sus palabras y creían: “¡Felices los ojos que ven lo que Uds. ven!” (Lc 10,23), decía el mismo Jesús a sus discípulos. Por eso esta celebración de hoy nace de nuestra fe, y únicamente de nuestra fe, y quiere elevarse a Dios, por medio de Cristo, como un profundo canto de agradecimiento, y al mismo tiempo, como un doloroso grito pidiendo protección.

Agradecemos principalmente a nuestro Dios, el Padre de Jesucristo, y nuestro Padre. El Padre de la vida. “Al Dios del universo que hace grandes cosas por todas partes -pero ante todo-, al que nos exaltó -dándonos la vida- desde el seno materno y nos trató con misericordia” (Eclo 50,22) como lo escuchábamos en la primera lectura. Ese Dios de nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos, es el que nos ama, nos da la alegría del corazón, nos concede la paz y nos libra fielmente de todo mal por su misericordia (cf. Eclo 50,23-24). Es el Dios, que como recordaba Jesús en el Evangelio, hace caer a satanás desde el cielo y lo destruye, y nos protege y da “poder para caminar sobre serpientes y escorpiones y para vencer todas las fuerzas del enemigo”, y nada podrá dañarnos (cf. Lc 10,18-19). Es el Dios de los débiles, pequeños y sencillos. A ese Dios, queridos hermanos y hermanas, lo hemos sentido presente y acompañándonos en estos días largos y difíciles de reclamos en Loreto, en Choya y en Real Sayana-

Pero también, agradecemos a Dios, por los que creen en Él. Por los discípulos de Jesús. Por los que escuchando la palabra del Evangelio, como María, la Virgen, tratan de ponerla en práctica. Y esa es otra de nuestras alegrías en esta celebración. Los débiles, los pobres, los sencillos, los que sufren injusticias diarias, movidos por la conciencia clara de sus derechos, por el sufrimiento no atendido a sus necesidades, en forma organizada y pacífica reclaman justicia a los poderosos. Este es un motivo de alegría para la Iglesia y de agradecimiento a Dios que da el valor a quienes se comprometen en la defensa de la dignidad de sus familias y de sus personas. Agradecemos por el testimonio que nos dan. Esta es una presencia del Reino de Dios que impulsado por Cristo y la Iglesia avanza entre los hombres. Por esto: muchas gracias municipales de Choya y Loreto. Muchas gracias a sus familias que supieron, no sólo sufrir seis meses sin cobrar, sino también acompañarlos dolidos pero firmes en el reclamo por una mayor y mejor atención a la dignidad del que trabaja. Muchas gracias, porque han testimoniado que no todos tienen miedo, que no todos son cómplices acomodándose al poder, que no todos son cómodos que no desean problemas y dejan que las cosas y las injusticias pasen y no los toquen. Total ellos no sufren. Este paso, aunque sufriente por la huelga de hambre y ayuno, aunque pequeño, es un signo de que en Santiago del Estero queda dignidad y la historia puede cambiar. Con San Pablo a quien escuchábamos en la segunda lectura, me atrevo a decirles a Uds., hermanos y hermanas de Choya, Loreto y también Real Sayana: “No se angustien por nada, y en cualquier circunstancia -como lo hicieron ahora-; recurran a la oración y a la súplica, acompañadas de acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios” (Flp 4,6). En estos momentos que han pasado ya pudieron experimentar la fuerza de la oración y del ayuno ante Dios, y también ante los hombres. No pierdan la fuerza interna de vivir en comunidad. Así hacen presente a los seguidores de Jesús, a su Iglesia: unidos en la fe, unidos en la oración, unidos en el servicio fraterno de unos a otros, como lo hemos visto de tantos en estos días. Uds. son la alabanza que eleva Cristo al Padre, porque son pequeños y

humildes, sencillos y pobres, doloridos y pacientes. A Uds. se les revela el Reino, y Uds. revelan y muestran el Reino de Dios a los demás.-

También hoy agradecemos a Dios por el testimonio de servicio que sus Párrocos y Sacerdotes, como sus Religiosas han testimoniado. Y aquí permítanme que hable de corazón a corazón a mis hermanos Sacerdotes y a mis hermanas Religiosas; les hablo con las palabras de Pablo, “que la bondad de Uds. sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca” (Flp 4,5). Con el testimonio de Uds. se experimenta la cercanía del Señor, la presencia de Cristo en su Iglesia, el acompañamiento de Dios a su pueblo. Todos comprendemos que no es fácil tomar la decisión que Uds. tomaron, ni es algo normal y ordinario al servicio pastoral. Pero también todos comprendemos que ante situaciones límites, las respuestas deben ser extraordinarias, y la mejor pastoral es la que mejor expresa el acompañar. Un acompañar en la fe, desde la fe, y para la fe. Muchas gracias por esta fidelidad y esta alegría que ofrecen a la Iglesia en Santiago del Estero, Iglesia que desea caminar hacia el Tercer Milenio procurando crecer y madurar como Iglesia “comunitaria y misionera, pobre y solidaria, que se nutre de la Palabra de Dios y los Sacramentos para el servicio de los que tienen la vida y la fe amenazada”. Este objetivo pastoral no debe ser sólo algo que se estudia y profundiza doctrinalmente, sino también algo que se vive diariamente y en cada situación. Este caminar eclesial, sin duda, ha sido puesto a prueba en estas circunstancias, y podemos agradecerle a Dios por el paso concreto que se ha dado. Podríamos decir con San Pablo, “en fin, mis hermanos, todo lo que es verdadero y noble, todo lo que es justo y puro, todo lo que es amable y digno de honra, todo lo que haya de virtuoso y merecedor de alabanza, debe ser el objeto de sus pensamientos” (Flp 4,8). Posiblemente muchos no comprendan las consecuencias de participar del misterio sacerdotal de Cristo y de la Vida Consagrada a su servicio y al de la Iglesia. Ya lo han experimentado en estos días, críticas, burlas, calumnias, ofensas a sus personas, interpretaciones perversas de sus intenciones, y todo lo que todavía vendrá. Con la sabiduría popular de El Quijote podría decirles “los perros ladran señal que caminamos” pero mejor, con la bondad del Señor Jesús les digo: Por la causa de Cristo, “serán llevados ante gobernadores y reyes, para dar testimonio delante de ellos y los paganos. Cuando los entreguen no se preocupen...” (Mt 10,18-19). “En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor; yo he vencido al mundo” (Jn 16,33), dice el Señor. Como Obispo deseo acompañarlos y estar con Uds., deseo animarlos y compartir profundamente el servicio pastoral a esta Iglesia en Santiago del Estero, con todas las alegrías y tristezas que ello signifique. Por todo esto, hermanos sacerdotes, religiosos y religiosas, “alégrense siempre en el Señor -como hoy nos recuerda Pablo-. Vuelvo a insistir, alégrense” (Flp 4,4) y gracias por su entrega a Santiago del Estero.-

No quisiera olvidarme también ahora, de todos aquellos que en estos días de reclamo se acercaron a nosotros, en persona o por escrito y teléfono, para solidarizarse a acompañarnos. Muchas gracias por esa presencia de hermanos. Ellos fueron sacerdotes, religiosos, religiosas, instituciones, representantes de municipios, de escuelas, de universidades, jóvenes, adultos y ancianos, turistas y tantos que sin temor al qué dirán o a las represalias, llegaron hasta la Catedral o hasta Choya y Loreto. Gracias por esa cercanía fraterna. Y a los que no llegaron, por distintos motivos, también gracias porque nos señalan todo lo que todavía debemos evangelizar en Santiago. Gracias a los medios de comunicación que no tuvieron miedo en señalar y escribir sobre la situación. Gracias por no ser cómplices de una situación de injusticia.-

Pero también estos días han desnudado en Santiago del Estero una realidad por muchos conocida pero no denunciada, ni reclamada. Este conflicto en los municipios de Loreto, Choya y Real Sayana, han descubierto un aspecto de la desprotección en que se encuentra el pueblo santiagueño.-

Desprotección frente a la justicia ya muchas veces testimoniada, hasta con escándalos internos, pero sufrida por la sociedad. Una sociedad que escucha indefensa la profesión de total impunidad cuando el Poder Ejecutivo proclama que es “Juez, Fiscal e Instructor” (cf. Nuevo Diario, 02/04/96 - pág. 2). ¿Quién tendrá confianza en caer en manos de un juez?.-

Desprotección frente a una Policía Provincial que primero golpea y después pregunta quién es, haciendo gala de total violencia y que nos hace preguntar, qué fue del “caso Loaiza” en Icaño, o ahora del “caso Cáceres” en

el Barrio 8 de Abril o de la experiencia que tienen tantos detenidos que luego no se animan a denunciar. Porque pareciera que no hay dónde denunciar.-

Desprotección por parte de los legítimos representantes de una comunidad que sostiene el sistema democrático, pero que no se atreven a tratar situaciones como la de Choya y Loreto en la Cámara. Legisladores que no se llegaron hasta que los afectados por seis meses impagos no reclamaran ante los medios de comunicación su presencia. Representantes que se disculparon porque ese no era su territorio, porque allí no los habían votado, o porque no querían complicar las internas del partido, o porque no los habían invitado. ¿Es que para las elecciones se los invita que visiten esos pequeños pueblos ofreciéndoles el voto?.

Desprotección cuando después de casi diez días de reclamos y huelga de hambre, el Sr. Gobernador puede decir con gran aparatosidad “me tuve que informar por los diarios...”. Uno se puede preguntar de qué le informan sus funcionarios. Y el comisionado Municipal de Choya era su funcionario directo. ¿Nunca supo el gobierno que ese funcionario no pagaba nada en tanto tiempo?. ¿Nunca sospecho que podría ser un corrupto?. Los servicios de información ¿en qué estaban ocupados?. Tal vez en controlar quién entra y sale de la Catedral o qué se dice en las Iglesias y nó en familias llenas de necesidad.-

Desprotección y perversidad cuando se usa el reclamo justo de empleados y obreros que requieren sus salarios buscando con ello desestabilizar algún intendente que no es del todo genuflexo, que no pactó, que no negoció el voto de sus diputados, o simplemente molesta. Éste es, queridos hermanos y hermanas, el lado doloroso de esta acción de gracias: la verdad, de todos conocida, nunca denunciada, y ahora desnuda como enseñanza para el futuro. Con esto que digo es seguro que mañana tengo una solicitada o un panfleto nuevo, pero a esta cultura de impunidad, de uso y abuso, de perversidad hacia la gente hay que denunciarla y superarla, Uds., hermanos y hermanas, de Choya y Loreto en estos días la han desnudado.-

Pablo como Apóstol y Testigo de Jesús finalizaba hoy la lectura diciendo: “Pongan en práctica lo que han aprendido y recibido...” (Flp 4,9) que esta experiencia nos enriquezca y haga crecer en el amor y solidaridad de hermanos. Amén.-

## **EXHORTACION PASTORAL DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, MONS. GERARDO SUELDO, CON MOTIVO DE OCTUBRE, MES DEL SANTO ROSARIO 01-10-95**

Muy queridos hermanos y hermanas de la Diócesis de Santiago del Estero:

El mes de octubre en nuestro hemisferio sur, no sólo nos trae la alegría de la Primavera, signo de la renovación y de la vida, sino también, en la piedad popular del pueblo católico, nos trae la memoria de la Santísima Virgen María en su título de Nuestra Señora del Rosario. Por eso mismo, nos presenta nuevamente ese antiguo y siempre nuevo ejercicio piadoso de fe que es el Santo Rosario.-

Por la historia de la Iglesia sabemos que esta forma popular y sencilla usada por el Pueblo de Dios para profundizar los Misterios de la Redención del hombre, unida a la continua repetición del saludo del Ángel a la Virgen María, no solamente significó el Evangelio de los humildes y sencillos, sino también un medio poderoso de oración, alabanza y acción de gracias de la Iglesia. En cada momento difícil el Pueblo de Dios, con esperanza firme presentaba su plegaria a Dios, su Padre, rezando los Misterios de Cristo.-

Hoy, queridos hermanos y hermanas, nos encontramos también en un momento importa de petición. Hoy, nosotros como Pueblo de Dios que peregrina en la Argentina y especialmente en Santiago del Estero necesitamos crecer en confianza y esperanza. Por eso, como pueblo humilde y sencillo, nada mejor que hoy tomemos en nuestras manos el Santo Rosario y meditando los Misterios de Cristo que nos salvaron, dieron libertad y dignidad, por medio del mismo Cristo y de María, su Madre, elevemos nuestra súplica confiada.-

Tenemos varios motivos para rezar y pedir, también para alabar y dar gracias. En primer lugar, debemos dar gracias y suplicar en este tiempo en que ya preparamos el GRAN JUBILEO DEL AÑO 2000. Él nos señala un tiempo privilegiado de salvación. Pero en segundo lugar, debemos rogar insistentemente y al mismo agradecer y alabar a Dios, porque aquí, en esta diócesis santiagueña, nos permitirá reunirnos nuevamente para celebrar la 8va. SEMANA DIOCESANA DE PASTORAL. Ella será un momento de alto y reflexión en nuestra tarea evangelizadora, pero al mismo tiempo, el empuje de fe, esperanza y amor que nos ubique en la celebración y compromiso del Gran Jubileo del Año 2000. Pero también, y en tercer lugar, no podemos negar la necesidad que tenemos de rogar y suplicar por el momento que está viviendo nuestra querida provincia. Momento de miedos e incertidumbres; momento en el cual ciertos métodos de obrar en la sociedad por parte del poder que ya parecían perimidos, hoy surge de nuevo arrogantes; momento en el cual se quiere poner precio a todo principio y a toda conducta; poner precio al hombre o a la mujer que quieren ser honres. Todo esto nos preocupa y duele a los Pastores de esta diócesis y a quienes no quieren entrar en el juego de ser sometidos. Por estas tres intenciones, especialmente pido rezar el Santo Rosario durante todo el mes de octubre.-

Desde los Misterios del Rosario podemos recordar y profundizar, como hombres y mujeres, que nuestro origen y rendición está en Cristo, fundamento de toda dignidad y libertad. Desde allí podemos descubrir más claramente la ingenuidad o malicia con que en algunos casos los mismo cristianos toleramos, o peor, aprobamos con el silencio, los atropellos a la dignidad y a la vida, las desigualdades sociales, la pornografía y la falta de moralidad, la mentira social incluso en la economía, la fama lesionada de personas e instituciones. Todo esto debe ser motivo de nuestra oración.-

Pido a todos los sectores de la Iglesia diocesano, sacerdotes, diáconos, ministros instituidos, religiosos, religiosas y otras consagradas, seminarios, laicos de instituciones y movimientos, y todo el pueblo de Dios, convertir este mes en una gran plegaria. Rezar el Rosario en los diversos ámbitos de la Iglesia: parroquias, pequeñas comunidad, colegios, escuelas, instituciones y movimientos laicales, en el seno del hogar e individualmente. Pedir la clemencia de Dios y de su Hijo Jesús por medio de María.-

Unido en la plegaria común que suplica por la salvación y alabada a Dios los bendigo con afecto.-

# **HOMILÍA DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, MONS. GERARDO SUELDO, EN LA MISA DE APERTURA DE LA IXª SEMANA DIOCESANA DE PASTORAL**

## **Octubre 10 al 13 de 1996 - 10/10/96**

Queridos hermanos y hermanas:

Como hace ya nueve años iniciamos esta 9na. Semana Diocesana de Pastoral, con la alegría de encontrarnos nuevamente, con la expectativa de evaluar y revisar el camino recorrido, y por sobre todo, con la mirada y el esfuerzo puestos adelante, hacia el futuro. Este futuro que siempre nos invitará a caminar detrás de Cristo, el Señor, pero también de mejorar y perfeccionar nuestro servicio pastoral, madurando y creciendo en la fe. Futuro también que nos marca el tiempo y el momento en que vivimos. Tiempo de cerrar este siglo que se acaba y tiempo de abrir el nuevo Milenio de la fe. Tiempo privilegiado y de gracia para la Iglesia universal y para cada Iglesia en particular. Tiempo de nuestra Iglesia aquí en Santiago del Estero. Tiempo que nos interroga y cuestiona en nuestra evangelización invitándonos a hacer un profundo examen de conciencia pastoral y tiempo que nos presenta nuevamente a Cristo desafiante que como en Cesarea de Filipo nos pregunta a pastores y fieles: "Y ustedes, ¿quién dicen que soy?"(Mt.16,15). Esta es la pregunta válida, la única de valor en todos los tiempos. Y nuestra respuesta, como hombres y mujeres de fe, no puede ser solo una definición aprendida de memoria. Nuestra respuesta debe ser como la de Pedro. Una respuesta hecha y surgida del "Dios vivo"(Mt.16,16), del Dios de la vida. Quién es Cristo en la vida concreta de mi persona, de mi familia, de mi trabajo, de mi barrio o pueblo, de mi sociedad, de mi cultura, de mi comercio, de mi acción política, es decir, de mi mundo e historia, aquí y ahora. Por eso este tiempo de nueva Evangelización, de nueva Buena Noticia, de nuevo anuncio.

Por esto, queridos hermanos y hermanas de las diversas Parroquias y comunidades de la Diócesis, queridos hermanos Sacerdotes y Diáconos, queridos hermanos Religiosos y Religiosas, queridos docentes de los colegios de la Iglesia, muy queridos Seminaristas, Ministros Instituidos y demás invitados especiales, sean bienvenidos a esta IXª Semana Diocesana de Pastoral, y a quienes han llegado del interior de nuestra querida Diócesis, sean bienvenidos a esta Sede del Obispo. Esta ciudad, en una comprensión cristiana, es la casa de cada cristiano católico de Santiago del Estero. Y pidamos a Dios en esta Celebración Eucarística que nos ilumine y guíe por medio de su Espíritu para avanzar en el camino pastoral y servicio evangelizador hacia nuestro pueblo.

Como les decía en la convocatoria para esta Semana de Pastoral, "además del gozo del encuentro y del compartir nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor en la Iglesia, trabajaremos -ya han empezado- profundizando el objetivo pastoral marcado hace ya varios años atrás: Madurar una Iglesia en Santiago del Estero, comunitaria y misionera, pobre y solidaria, que se nutre de la Palabra de Dios y los Sacramentos, para el servicio de los que tienen la vida y la fe amenazadas". Pero en esta oportunidad avanzaremos con el objetivo propio de esta 9na. Semana Diocesana de Pastoral que en la perspectiva del Tercer Milenio de la fe cristiana se nos plantea este año en un: "examinar nuestras creencias en Jesucristo para sanar, afianzar y promover nuestra dignidad humana"(3).

Este es un desafío de la fe y un gran interrogante en nuestras vidas, personal y comunitaria, como la tuvieron los cristianos de Galacia a quien escribe San Pablo y de quien escuchábamos la primera lectura. ¿Qué Cristo Crucificado tenemos nosotros? ¿Cómo es el Cristo de nuestra fe? Nosotros que hemos recibido, como lo recuerda San Pablo, el Espíritu de Cristo por la fe y por el Bautismo, ¿qué imagen de ese Cristo y de su Evangelio hemos sellado en nuestras vidas personales, en la familia, en nuestra cultura santiagueña que recibió primero el anuncio del Cristo Salvador? Esto hoy, cuando debemos lamentar los frutos de una cultura de sometimiento y dependencia a todos los niveles, debe ser un serio cuestionamiento al cristiano y a los Pastores de esta Iglesia local. Uds. mismos en estos primeros momentos de trabajo de la Semana de Pastoral, con sus propios Párrocos, han valorado los sufrimientos propios y de nuestros hermanos en esta provincia, han señalado injusticias, han descubierto dependencias, en una palabra, han señalado la presencia del pecado. Pero aquí se anunció a Cristo, aquí trabajó la Iglesia, no ahora, sino

desde siempre. Por eso, hoy y aquí, tenemos que examinarnos desde el Cristo del Evangelio .-

Este Cristo, queridos hermanos y hermanas, es el que ahora nos interpela desde el Evangelio a los que decimos creer en Él. Pero nos interpela infundiéndonos confianza. Nos interpela llenándonos de esperanza: hasta el corazón más duro se puede conmover. Por eso la historia de los dos amigos. Son amigos, no importa que llegue a medianoche a pedir. No importa que lo primero sea un rechazo, eso es solamente el riesgo. Lo que importa es que son amigos, y también la insistencia. Al final de este siglo los cristianos podremos decir que hemos vivido poco nuestra fe y que nos falta mucho y no tenemos el Pan para lo imprevisto. Pero lo que no debemos hacer es bajar los brazos en la conclusión de un hombre mejor, de una sociedad mejor. Pero siempre es posible, por eso nuestro esfuerzo y confianza, lo podremos alcanzar por la palabra del Señor: "... pidan y se les dará, busquen y encontraran, llamen y se les abrirá" (Lc 11,9). Esta IXº Semana Diocesana de Pastoral debe ser el grito de oración a Dios, por medio de Jesús, pero debe ser al mismo tiempo un ponernos en sintonía con el Cristo del Evangelio, el Cristo de la Iglesia, el Cristo que transforma el mundo para bien de sus hermanos, los hombres y mujeres, y para alabanza de Dios, su Padre, con la inspiración y fuerza del Espíritu Santo.

Que María en su advocación de Consolación de Sumampa y Santiago el hombre y Apóstol de fe nos acompañe. Amen.

**Mons. Gerardo Sueldo,**  
**CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA DE LA II. JORNADA CÍVICA “POR LA JUSTICIA Y LA PAZ”**  
**-Marcha- DE LA CIUDAD DE LA BANDA EL 10 DE OCTUBRE DE 1996**  
**Misa “Por la Justicia y la Paz”**

Muy queridos hermanos y hermanas de la ciudad de La Banda:

SaludoSean bienvenidos a esta Iglesia Catedral, Madre de las Iglesias de la diócesis para esta Celebración Eucarística. Con alegría de Pastor los recibo aquí para celebrar juntos nuestra fe, para alentarnos en una común esperanza y así elevar como Iglesia diocesana nuestras súplicas a Dios, nuestro Padre. Ese Dios que en Jesucristo y en su Iglesia camina, se alegra, sufre y lucha con Uds. buscando que su Reino de Justicia, Paz y Amor aparezca y crezca en nuestro mundo.-

Misión de la Iglesia enviada por Cristo desde el Padre Este es, queridos hermanos y hermanas, el sentido y mensaje de esta Celebración: Dios en Jesús, su Hijo y nuestro Hermano, haciéndose Hombre ha querido compartir toda la realidad humana, menos el pecado, para poder redimirnos y liberarnos del pecado y de la muerte, y por consiguiente, de todas las consecuencias del pecado y de la muerte. Por eso, para el hombre y mujer de fe, sólo Dios da seguridad porque Él es fiel. También nosotros, la Iglesia, todos los bautizados sin excepción, no podemos hacer otra cosa sino seguir las huellas de Dios y de Cristo, y con el Espíritu Santo que se nos ha regalado como Guía infalible y como Fuerza indestructible, no podemos servir de otra manera, sino acompañando a los hombres y al mundo en el camino que le ayude a destruir el pecado y sus consecuencias sociales y comunitarias. Para eso la Iglesia entrega el Mensaje evangélico del Señor, para eso celebra los Sacramentos de Vida y para eso convoca a los creyentes a formar un solo Cuerpo, un solo Pueblo, una sola Familia alrededor de Cristo y de la Mesa Eucarística que el Padre nos brinda.-

Palabra de Dios: seguridad En esta perspectiva podemos escuchar el Mensaje de la Palabra de Dios que hemos proclamado y también leer y dar sentido a la situación dolorosa de persecución que sufre la ciudad de La Banda. Ante todo la palabra de Jesús en el Evangelio que hemos proclamado: “¡No se inquieten ni teman!” (Jn 14,27). Primera consigna para la mujer y hombre de fe: no tener miedo. ¿Por qué no tener miedo frente a los poderes?, porque “el que me ama -dice el Señor- será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él” (Jn 14,23) y la presencia de Dios en nosotros y entre nosotros está garantizada por el Espíritu de Consuelo. “El Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho” (Jn 14,26). Aquí está nuestra garantía y seguridad.-

Palabra de Dios: esperanza Pero también escuchábamos al Profeta Isaías en la primera lectura con anuncio de esperanza ante un pueblo de Israel oprimido y desterrado por los dictadores y reyezuelos de entonces. ¡Qué grito el de Isaías!.. “...el desierto será un vergel, un jardín...” (Is 32,15). ¿Por qué esta transformación?. Porque en “el desierto habitará el derecho y la justicia morará en el vergel” (Is 32,16). La presencia de Dios con su Espíritu, es una presencia transformante. Nunca es una presencia pasiva de dejar las cosas como están. El Espíritu del Padre y de Cristo, llega y permanece en la Iglesia, para que la Iglesia como comunidad de creyentes, creciendo y madurando en su fe promueva la transformación del mundo y de los hombres, individual y socialmente. Sin esa tarea la Iglesia no tendría sentido, tampoco Cristo y el Padre con su Espíritu de Consuelo. Ellos llegan para rescatar al hombre de todas las ataduras esclavizantes desde el pecado en adelante y renovar en cada uno y en la sociedad la imagen de Dios. La dignidad sagrada de cada uno, su libertad y su responsabilidad. Esto promueve el derecho y la justicia. Por eso Dios, además de darnos seguridad con su compañía nos proyecta a la esperanza. Ese es el grito del Profeta, tener esperanza, provocar la esperanza. Por eso el cristiano no sólo es una persona que no tiene miedo, ni especula con seguridades simplemente humanas, sino también es una persona que grita la esperanza, lucha por la esperanza,



señala los motivos para creer en la esperanza. Isaías continuaba diciendo: “La obra de la justicia será la paz, y el fruto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre. Mi pueblo habitará en un lugar de paz, en moradas seguras, en descansos tranquilos” (Is 32,17-18). Atentar contra la seguridad y la esperanza de un pueblo, es atentar contra la paz, es crear la intranquilidad, es convertirse en desestabilizador de una comunidad y de un pueblo.-

Lectura de fe de la situación en La Banda Por esto, queridos hermanos y hermanas, como miembros de la Iglesia, poniendo toda nuestra fe en Cristo y en la presencia de su Espíritu de Consuelo entre nosotros, quiero acompañarlos con toda la Iglesia de esta querida diócesis de Santiago del Estero. Porque vemos que la seguridad de Uds. ha sido atropellada por embargos y amenazas que afectan directamente no a las personas del gobierno municipal, sino a Uds. Lastimosamente tenemos que constatar nuevamente que el odio senil de unos pocos ataca la seguridad, la esperanza y la paz de una comunidad. Desde la Palabra de Dios que hemos proclamado, qué ridículo aparece haberles quitado su feriado el día de la fiesta aniversario de la ciudad, qué mezquino haber ordenado que los centros educativos no puedan unirse en comunidad para celebrar su fiesta, qué lastimoso confundir la persona de un intendente con todo un municipio. Qué poca visión de gobernantes ahogar una ciudad porque se tiene miedo que de allí surja un candidato para el futuro. Eso ataca de raíz toda seguridad, toda esperanza y toda paz y tranquilidad. Por eso con Uds. quiero rezar por la paz de La Banda, por su tranquilidad, para que en medio del desierto creado por hombres enanos y mezquinos, hombres sin horizontes, surja por el reclamo pacífico y sereno de Uds. la tan ansiada justicia, basada en el derecho, que promuevan la paz y tranquilidad.-

Denuncia Mientras tanto permítanme denunciar como agitadores desde el poder del Estado a quienes por su intolerancia, por sus argucias jurídicas, y por su fidelidad a una cultura de dependencia y sometimiento, nuevamente hacen de odios personales víctimas a los pueblos, como el de Uds. que desean trabajar y vivir en paz y concordia. El Mensaje del Señor, es “no tengan miedo”. El Mensaje del profeta es, “promover y luchar por la esperanza”. Y nuestra seguridad es Cristo con su Espíritu que camina con nosotros, su pueblo.-

Súplicas Que la Ssma. Virgen María en su esperanzador título de Sumampa y Santiago Apóstol, el hombre de fe, intrépido y luchador por el Evangelio, nos acompañen a todos y rueguen por este pueblo de Santiago del Estero que tanto debe sufrir. Amén.-

## **Mons. Gerardo Sueldo, AL CLAUSURAR LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA IXa. SEMANA DIOCESANA DE PASTORAL - Domingo 28 durante el Año y Día de las Misiones -**

Queridos hermanos y hermanas:

Domingo, clausura. Día Misional Nos hemos reunido en esta Catedral Basílica, Madre de las Iglesias y Comunidades de la diócesis, para Celebrar la Eucaristía del domingo. Con ello celebramos al Señor Jesús Resucitado, ya que el domingo, Día del Señor, es también nuestra Pascua semanal. Pero también estamos clausurando junto al altar de la Palabra y de la Eucaristía la Asamblea Plenaria de esta IXa. Semana Diocesana de Pastoral que Dios nos ha permitido realizar. Esta clausura coincide por la Providencia del Señor con el Domingo Misional que todos los años celebramos. Todo esto se conjuga para invitarnos más profundamente a la oración, a la acción de gracias y a la petición para que todo lo trabajado estos días tan intensos encuentre en nosotros un mayor compromiso pastoral.

La Semana continúa Ante todo, y expresamente he deseado decirlo así, lo que clausuramos es la Asamblea Plenaria de la Diócesis referente a la IXa. Semana Diocesana de Pastoral. No quiero decir que clausuramos como tal esta Semana que hemos realizado con tantas expectativas. La Semana continúa. Uds. han sido elegidos como Delegados y Representantes de sus Parroquias, Comunidades, Instituciones, Movimientos, Organismos Diocesanos, Centros Educativos de la Iglesia y otros, ahora, después de haber vivido estos días de gracia y encuentro con Dios, con sus Pastores y entre Uds. deberán regresar a volcar y comunicar todo lo vivido, rezado y reflexionando. Deberán comunicar el entusiasmo de la fe y el compromiso del servicio evangelizador, es decir, deberán hacer vivir esta Asamblea Diocesana que los ha convocado en cada rincón de nuestra querida diócesis.-

Agradecimientos Por eso, por el trabajo realizado y por el servicio de Mensajeros y Comunicadores que cada uno de Uds. cumplirá, damos gracias a Dios en esta Eucaristía. Agradecemos que la presencia de Cristo Resucitado y actuante a través de su Espíritu, los haya traído aquí, y ahora los impulsa renovados hacia sus comunidades. Agradecemos la disponibilidad que tienen y la apertura y sensibilidad frente a Dios y a los hermanos. Agradecemos por su testimonio tan alentador. También damos gracias a Dios por quienes han trabajado tan esforzada y generosamente en la preparación y realización de esta Semana. En primer lugar a los miembros del Consejo Diocesano de Pastoral que han estrenado su servicio en esta ocasión y que así quedan como el Organismo permanente y atento a toda la evolución y crecimiento pastoral en la diócesis. Y dentro de este Organismo, agradecemos al Equipo que junto al Secretario General del Consejo fue elegido para responsabilizarse de todos estos trabajos. Junto a ese Equipo y desde ese equipo, Uds. saben, se organizaron y trabajaron todos los otros Equipos que Uds. vieron sirviendo, guiando, exponiendo temas, resumiendo, comprometiendo sus alojamientos, y cuántas otras cosas más necesarias para movilizar y proporcionar lo necesario a casi 600 participantes como eran Uds. Muchas gracias a ellos que lo hicieron por el Señor y por esta Iglesia de Santiago del Estero a la que pertenecen Uds. y donde Uds. sirven. Y perdón también por las falencias que se pudieron dar, por olvidos u omisiones. Un especial agradecimiento a quienes los recibieron en sus casas y a la Universidad Católica de Santiago del Estero y a las Hermanas Religiosas del Colegio de Belén que, como en otras oportunidades, nos acogieron en sus instalaciones y se preocuparon por nuestra comodidad.-

Regresar con seguridad y esperanza En este marco de despedida, de alegría por el trabajo y de retorno a nuestros hogares, la Palabra de Dios proclamada nos ilumina y guía. Sin dudas regresamos motivados y esperanzados y la palabra del Profeta nos fundamenta esta actitud. No es un entusiasmo y esperanza ingenuos, al contrario, están fundamentados y seguros en el Dios en quien creemos y que nos fue revelado por Jesucristo. Nuestro Dios es un Dios activo, Él prepara y “ofrecerá a todos los pueblos ... un banquete... Él destruirá la muerte para siempre; el Señor enjuagará las lágrimas de todos los rostros, y borrará sobre toda la tierra el oprobio de su pueblo, porque lo ha dicho Él”. Nuestro Dios está y camina con nosotros. “Aquí está nuestro Dios -dice el Profeta- de quien esperábamos la salvación... ¡alegrémonos y regocijémonos de su salvación!” (Is IXa. Sem. Past. – Clausura 25,8-9). Ésta es nuestra seguridad y aquí está nuestra confianza y desde aquí trabajamos y luchamos por la transformación de la

realidad doliente de Santiago del Estero, como Uds. la han señalado y reflexionado. Queridos hermanos y hermanas responsables de la pastoral no busquen otras seguridades, menos para servir a la Iglesia y a la evangelización. Menos para sentirse enviados y Misioneros en sus comunidades. Uds. son, ahora y aquí, el rostro de la Iglesia Católica de Santiago del Estero, muéstrenla caminando segura, sin autoritarismos, sirviendo alegre y promoviendo la esperanza; colaboren con Dios a preparar el Banquete de los hijos enjugando toda lágrima y quitando el oprobio, la opresión y dependencia de este pueblo. Sean pacíficos y firmes aunque la tormenta arrecie.-

Regresar para dar testimonio fraterno Y con el Apóstol Pablo escribiendo a los Filipenses, no se dejen aplastar ni por la pobreza ni exaltarse por la abundancia. Todo ello tiene otro sentido, como el apóstol lo señala, “yo lo puedo todo en Aquel que me conforta” (Flp 4,13). Ese es Cristo, el Señor. Pero al mismo tiempo señala una regla de oro para la evangelización: “Uds. hicieron bien en interesarse por mis necesidades. Dios colmará con magnificencia todas las necesidades de Uds., conforme a su riqueza, en Cristo Jesús” (Flp 4,119). Junto a la seguridad que da Dios nunca olviden que la mejor evangelización y la mejor forma de descubrir el rostro de Cristo en nuestros hermanos es estar cerca y ver sus necesidades de fe y espíritu, como materiales y de trabajo. Allí también por la cercanía fraterna evangelizan y revelan la bondad de nuestro Dios. No hagan nunca de la dádiva un vínculo de dependencia y sometimiento, a esto ya estamos acostumbrados, y es humillante. Sabemos desde la fe que ello hiere la dignidad de la persona. Sepan más bien asistir y promover señalando el protagonismo del hermano y no la sumisión pasiva.-

No discriminar en el anuncio y no ser ingenuos Jesús nos recordaba en el Evangelio un aspecto del Reino de Dios que se construye en la tierra, mostrando nuevamente a Dios, el Padre, preparando el banquete, la boda de su Hijo, y poniendo esta fiesta al alcance de todos. Recuerden esto, el anuncio del Reino es para todos sin discriminación. Especialmente hay que recordarlo en este Santiago del Estero de hoy porque pareciera que algunos se sienten discriminados frente a la invitación del anuncio del Reino y frente al Banquete que ofrece la Iglesia de Jesucristo. Ya saben todos están invitados así lo proclama Jesús “Mi banquete está preparado; ya han sido matado mis terneros y mis mejores animales, y todo está apunto: Vengan a las bodas” (Mt 22,4). Todos los bautizados están invitados, no se los obliga, están invitados, pero sabemos la respuesta: “Pero ellos no tuvieron en cuenta la invitación, y se fueron, uno a su campo, otro a su negocio, y los demás se apoderaron de los servidores, los maltrataron y los mataron” (Mt 22,5-6). No todo el que se profesa solemnemente católico o miembro de la Iglesia entre en el banquete. Sabemos que hay muchos que se excluyen porque tienen demasiados intereses: Hay que negociar y aprovechar la ocasión antes que interesarse si el Reino crece en dignidad, hay que eliminar a quienes presentan un anuncio que no responda a los intereses y obsecuencias. Estos anuncios son molestos y de agitadores porque critican un estado social y cultural que no deja que el hombre y la mujer crezcan libres, dignos, confiados en sus capacidades y llenos de esperanza. También para ellos anuncien el Evangelio, pero no se aten a esta clase de gente que expresa lo viejo y caduco de una cultura donde el Evangelio no penetró. Por eso “los servidores salieron a los caminos y reunieron a todos los que se encontraron, buenos y malos, y la sala nupcial se llenó de convidados” (Mt 22,10). Cuidense de los que se proclaman modelos y quieren escalar por la fe que dicen tener. Vuélvanse como Jesús a los humildes y pobres, a los pecadores y necesitados, desde allí Jesús empezó a construir el Reino de Dios.-

Protección de los Patronos de la diócesis Agradeciéndoles el testimonio que me dieron en estos días ruego al Señor los bendiga y acompañe y que María, Consolación de Sumampa y el Apóstol Santiago rueguen por su fe y sus trabajos pastorales. Amen.-

**CRISTO, CAMINO NUEVO Y VIVO**  
**San Miguel, 9 de noviembre de 1996**  
**72ª Asamblea plenaria**

(Declaración de los Obispos al concluir la 72ª Asamblea Plenaria)

Los Obispos de la Argentina hemos participado de la 72 Asamblea Plenaria y comenzado un nuevo período estatutario de la Conferencia Episcopal que providencialmente coincide con la proximidad del tiempo de Adviento y el comienzo del trienio preparatorio del Gran Jubileo, con motivo de los dos mil años del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

En el reciente documento “Caminando hacia el tercer milenio” hicimos nuestra la convocatoria del Papa Juan Pablo II y “exhortamos a todos los cristianos y hombres de buena voluntad a participar activamente de esta celebración mediante la contemplación del Nacimiento de Jesucristo y una conversión más profunda a Él”. Para ello propusimos realizar un sincero examen de conciencia eclesial, tanto de los pecados pasados, cuanto de aquellas situaciones presentes que nos apartan de Dios y nos impiden vivir como hermanos en la Iglesia y en la sociedad.

En ese examen de conciencia procuramos mirar la realidad a la luz del Evangelio. Reconocimos que ninguno de nosotros, ni dentro de la Iglesia ni en la sociedad, está exento de pecado y, a la vez, sentimos un impulso interior a convertir el corazón a Dios, para corregir todo lo que contradiga el precepto del amor verdadero y fraternal que Cristo nos propone como síntesis de toda la ley. Junto a signos alarmantes de pecado, experimentamos el deseo y el convencimiento de que es posible una sociedad más justa y más humana.

Nos abruma las noticias de estos últimos tiempos mostrando al país herido por el escándalo que alcanza a todos los estamentos de la sociedad, con distinta y mayor responsabilidad en quienes más tienen, más pueden, más saben, o ejercen alguna forma de autoridad familiar, empresarial, política, o religiosa. Esto suscita en el pueblo actitudes de descreimiento, falta de confianza y ruptura de los lazos de convivencia familiar y social. Queremos señalar con preocupación la impotencia y el dolor de quienes ven comprometida su fuente de trabajo y su participación en una más equitativa distribución de la riqueza, tan necesaria para el desarrollo integral del hombre y el bien común de la sociedad.

Una progresiva pérdida del sentido moral nos afecta también a nosotros los cristianos, y un vaciamiento de los valores religiosos quita convicción al obrar del hombre. Esta realidad se debe a una equivocada concepción de libertad que, por ignorancia o por abandono de los criterios cristianos de vida y de las normas éticas, nos ha desligado de los compromisos morales. El intento de construir un humanismo sin Dios, termina produciendo un “humanismo” contra el hombre mismo.

Debemos recordar y presentar en toda su exigencia los mandamientos de Dios. Ellos esclarecen y precisan la ley inscrita en el corazón de cada uno y señalan con claridad cuáles son las cosas buenas que se deben realizar y cuáles son las malas que tenemos que evitar. Su desconocimiento u olvido hiera al hombre en su dignidad, lo aparta de la solidaridad y divide la sociedad, al crear fronteras que nos distancian: así encontramos quienes gozan de toda clase de seguridades y quienes padecen inseguridad; quienes están satisfechos y quienes apenas sobreviven; quienes han nacido y quienes fueron muertos antes de nacer; quienes gozan la excelencia de la cultura y del saber y quienes quedan sumergidos en la ignorancia. Ello produce un enorme sufrimiento para la mayoría de la población del país, y la lleva a un estado de tristeza y de escepticismo frente al mundo de los valores éticos.

Es necesario volver a plantearnos la verdad sobre el hombre como creatura de Dios, hecho a su imagen y llamado a ser su hijo, en su existencia única e irrepetible, que trasciende la vida temporal en la que determinará su destino final mediante el ejercicio responsable de la propia libertad.

Jesús convoca a todos los hombres a una vida nueva que nos haga justos y solidarios; a estar cerca de las angustias y sufrimientos de los más pobres, de los que no han podido alcanzar mayor educación, de los que están enfermos, de los que necesitan más del acompañamiento de la comunidad. También nos hace capaces de transformar en justicia y en amor lo que la sociedad tiene de egoísmo e injusticia, que corrompe y disuelve la vida moral y social del pueblo.

Aunque parezca enorme esta empresa, que debe ser tarea de todos, no tiene que hacernos desesperar porque JESÚS nos acompaña. Él, que es el Hijo de Dios hecho hombre para salvarnos, que nos redimió en la cruz y nos alcanzó la misericordia del Padre, ha prometido estar con nosotros “siempre, hasta el fin del mundo” (Mt. 28,20). Y con Él, todo es posible. La certeza de nuestra fe nos lleva a mirar con esperanza el futuro.

Con esa confianza sentimos el desafío de renovar la acción evangelizadora de la Iglesia, mediante la palabra y las obras. Humildemente nos comprometemos a ello. Cristo, “camino nuevo y vivo” (Heb. 10,19), es la fuerza que nos permite vivir aquellos valores morales que son la única garantía de la dignidad humana y el sostén de una sociedad justa, libre y fraterna.

Ponemos a los pies de María Santísima, nuestra Madre de Luján, este llamado a convertir nuestro corazón; que “crezcamos en la fidelidad al Evangelio; que nos preocupemos de compartir en la caridad las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres” (Pleg. Eucar. 5ªA), y podamos hacer juntos el camino de la salvación.

## **SALUDO DE NAVIDAD DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, S.E.R.Mons. Gerardo Sueldo - 25 de Diciembre de 1996**

Queridos hermanos y hermanas de Santiago del Estero:

“Un niño nos ha nacido”

¡Feliz y santa Navidad a todos Uds.! Y junto con toda la Iglesia que permaneciendo en vela aguarda a su Señor, repito con el Evangelio: “...les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy... les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor” (Lc 2, 10-11). “Porque un niño nos ha nacido -proclama Isaías-, un hijo nos ha sido dado” (9,5), es la Palabra de Dios “que se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Éste, queridos hermanos y hermanas, es el anuncio gozoso de toda la Iglesia y de cada uno de nosotros, hombres y mujeres de fe, en esta Navidad.

Anuncio de alegría y esperanza que como saludo fraterno y afectuoso quiero hacer llegar a cada hombre y mujer de esta querida diócesis de Santiago del Estero. Especialmente a cada enfermo y solitario, a cada familia angustiada, a cada hermano y hermana que ha quedado sin trabajo, a cada empleado y obrero que teme por su futuro, a todos los marginados laboralmente, a los ancianos y jubilados, a los hombres y mujeres del campo que luchan por sobrevivir en situaciones duras e injustas, a los que todavía mantienen sus puestos pero han tenido que cerrar sus bocas y doblar sus cabezas, a los niños, jóvenes y adultos de la calle que son el testimonio y reproche mudo frente a nuestra sociedad, a todos los pobres, marginados y olvidados que nuestra civilización, tan poco humana, va dejando a la orilla sin cariño, sin progreso y sin futuro, a todos los perseguidos políticos y sociales de este Santiago de hoy. Para todos Uds., como un grito de esperanza, llegue el anuncio gozoso de la Navidad: Nos ha nacido un Niño pequeño, humilde “y esto les servirá de señal: -lo encontrarán- envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,12). En esa débil carne está el “Dios fuerte, el Consejero maravilloso, el Príncipe de la paz” (cf. Is 9,5). Él es nuestra única esperanza porque sólo Él nuevamente nos llena de asombro mostrándonos en su carne humana el amor redentor de Dios.

Pero permítanme saludar y abrazar fraternalmente a mis queridos colaboradores en el servicio pastoral de la diócesis. En el sagrado Misterio del Dios hecho Hombre vaya este saludo ante todo a los sacerdotes y diáconos, a los religiosos y religiosas, a los seminaristas, catequistas, animadores de comunidades, a los ministros instituidos y extraordinarios, y a todos los laicos, jóvenes y adultos, mujeres y hombres, que en tan diversas y fecundas instituciones y movimientos trabajan más comprometidamente con la Iglesia. A todos Uds. bendiciones, salud y felicidad en esta nueva Navidad. Muchas gracias por su servicio a la Iglesia en Santiago del Estero y tomen fuerzas para seguir adelante. No pierdan entusiasmo ni esperanza, el camino es lento y duro, pero el objetivo es grande: transformar Santiago del Estero. Deseo alentarlos y acompañarlos humildemente.

Gran Jubileo del nacimiento de Cristo Pero todos sabemos, queridos hermanos y hermanas, que esta Navidad del Señor de 1996 es muy particular. Estamos a las puertas de los dos mil años del nacimiento de Cristo. Estamos, por invitación del Santo Padre Juan Pablo II, en el tiempo de preparación a ese acontecimiento llamado el Gran Jubileo del Año 2000. Hemos iniciado los tres años inmediatos de preparación. Y este primer año iniciado con el Primer Domingo del tiempo litúrgico del Adviento está dedicado a Cristo, a la reflexión sobre el don de la fe y el compromiso del Bautismo. Porque la Iglesia, al acercarse el fin del segundo Milenio del cristianismo quiere celebrar a su Señor, celebrar la fe en su Señor y celebrar y evaluar el compromiso y testimonio que da desde el Bautismo que nos injerta y une al mismo Cristo. Esta Iglesia se prepara universalmente tomando conciencia del tiempo en que vive, tiempo dramático y a la vez entusiasmante de fin de siglo y de fin del milenio. También la Iglesia en toda América, del Norte, Central y del Sur, se prepara con la próxima realización de un Primer Sínodo de América para revisar su fidelidad a Cristo actual, muerto y resucitado, Camino de conversión, comunión y solidaridad, y desde allí,

revisar también el servicio que como Iglesia debe realizar en una Nueva Evangelización. Por esto, como Iglesia que peregrina en Santiago del Estero, no podemos quedar al margen de esta celebración y revisión desde Cristo. También a nosotros nos debe llegar la toma de conciencia y el apremio del fin de una época, de la crisis de una cultura, tan sometida y dependiente en nuestro caso, y la imperiosa urgencia de gestar, desde Cristo, nuestra fe y nuestro Bautismo, un nuevo alumbramiento, un nuevo nacimiento laborioso y aún con dolor de una nueva cultura y civilización. Cultura y civilización que deberán fundamentarse, como el Misterio de Navidad, en la comunión del encuentro, en la conversión que cambia y transforma las personas y las realidades y en la justicia y solidaridad de las que tanto hambre tiene nuestro pueblo.

Jesucristo “Encuentro con Dios” El Dios que celebramos en Jesucristo, es el Dios que sale al “encuentro del hombre”. No espera que el hombre vaya a Él. Dice el Papa, “en Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. La Encarnación -y el Nacimiento- del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre” (TMA,7). Por eso Jesús, nacido en Belén es el punto de “encuentro”. Él mismo, su Persona es un “Encuentro” viviente y siempre actual de Dios con la humanidad. Por eso nuestra esperanza. Un hombre encontrado por Dios es un hombre seguro, una humanidad segura. Un hombre transformado por la fe en Cristo y consagrado por el Bautismo que injerta en Cristo, es un hombre y una mujer dignos, sagrados, intocables. Por eso hoy proclamamos :”El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz... porque el yugo que pesaba sobre él, la barra sobre su espalda y el palo de su carcelero, todo eso lo ha destrozado...” (Is 9,3).

En Jesucristo, conversión y cambio Pero el Dios que nos presenta Cristo, no solamente desea encontrarse con nosotros, sino también introducir para siempre lo nuevo y transformante en las personas y en la sociedad. No es un Dios que viene de paseo. Es el Dios que en Cristo y en la Iglesia, los seguidores de Cristo, quedará para siempre en el mundo. Es el Dios que promoverá, según nuestra respuesta libre, la conversión de cada uno que significa para el creyente un cambio profundo de corazón bajo el influjo de la Palabra de Dios y en la perspectiva de la construcción del Reino. Conversión que del corazón pasa a las obras y, por eso, a la vida entera del cristiano (cf. RP,4). Conversión que no es un hecho aislado, sino que dura toda la vida, que no es algo que afecte individualmente a la persona, sino también a los grupos humanos, a las instituciones y estructuras sociales en cuenta creadas y dirigidas por personas humanas, libres y responsables. El Dios nacido Hombre nos lleva a “rechazar la impiedad, los deseos del mundo para vivir en la vida presente con sobriedad, justicia y piedad”, como nos recuerda hoy S. Pablo escribiendo a Tito (2,12). Celebrar a Jesucristo, celebrar nuestra fe y celebrar nuestro Bautismo en este Gran Jubileo, no sólo significará preguntarnos si hemos cambiado y nos hemos convertido personalmente, sino, mucho más, se nos preguntará qué hemos cambiado en el mundo y en la sociedad, cómo hemos transformado la humanidad para que cada hombre y cada mujer se sientan más dignos, más respetados, más sagrados, más seguros, más activos, más responsables de sus deberes y más protegidos en sus derechos. En fin, más felices porque se descubren más personas, más hijos de Dios.

Jesucristo, Misterio de comunión y solidaridad Pero Dios, por medio de Cristo, no manda una “receta” para que la humanidad la aplique. Si bien ha hablado por medio del Evangelio, no se quedó en palabras, el germen de la transformación y del cambio lo introdujo profundamente. Él mismo, Él siendo Dios en su Hijo quiso aceptar transformarse en hombre. No en apariencias, sino totalmente desde el seno virginal de María. Así asumió nuestra carne, nuestra historia, nuestras culturas, nuestras debilidades y nuestro pecado, para transformarlos. Este es el Misterio de la Navidad, un Misterio de “Comunión” y de “Solidaridad” de Dios con nosotros. Este misterio de “comunión” hoy lo celebramos. La Palabra de Dios que existía junto a Dios, la que era “Luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre... vino a los suyos y los suyos no la recibieron... y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Así Dios quiso compartir con el hombre y estar unido a él. Por esta comunión total y profunda con el hombre, desde Jesús en adelante, nada que afecte al hombre será ajeno a Dios, y nada del hombre estará fuera de la esfera salvadora de Dios. Así Jesucristo, el Hijo de Dios nacido de María Virgen es solidario con toda la humanidad, con cada hombre y cada mujer. Así Él es nuestro Hermano Salvador. Por eso nacerá como todo hombre, vivirá como todo hombre, será obrero y pobre, peregrino y predicador, sometido a los poderes de su tiempo y crítico de los mismos, defensor del débil, enfermo y pecador. Y aún siendo Dios será solidario con los hombres entregán-

dose libremente a la muerte para cambiarla en vida por la resurrección.

Deber pastoral Todo esto, queridos hermanos y hermanas, sería una hermosa teoría y parte de las dulces poesías de la Navidad que a nadie molestan. Si yo terminara mi saludo aquí, dejaría al Cristo de nuestra fe, como muchas veces lo dejamos, hermoso y adornado, guardado e inofensivo, apto para el uso en cada fiesta que deseamos ser nostálgicos. Esto para mí sería una traición a mi servicio de Obispo, una traición a Uds. a quien les debo la verdad y la fuerza del Evangelio. Y, por sobre todo, una traición a Cristo. Poner a este Jesucristo nacido para ser lugar de encuentro entre Dios y los hombres, motivo de conversión y de cambio, invitación a la comunión fraterna y a la solidaridad, como el centro de nuestra celebración ante las puertas del Tercer Milenio de la fe, es ponerlo como punto luminoso de referencia para transformar nuestras vidas y nuestra comunidad. Y en Santiago del Estero hay mucho que cambiar y renovar si no queremos perder también el próximo siglo, como ya se perdió el presente que finalizamos.

Lectura desde la fe Mi lectura de la situación la hago desde la fe y persona de Cristo, frente a una comunidad que nunca debe perder la responsabilidad de construir su destino y frente a un Gobierno y Estado que siempre se informa tarde de lo que sucede.

Cristo y la dignidad Cristo, nacido como Hombre, nos reveló nuestra dignidad como personas e hijos de Dios. Por ello es lamentable la prostitución de las personas en su inteligencia, en sus sentimientos, en su sexo, en sus derechos y en su responsabilidad. Esto lo descubrimos no sólo en la vida privada y familiar sino también en la frivolidad de la vida pública y política. Ello llevará cada vez más a ser una sociedad mediocre y decadente. Con asombro hemos sido testigos de representantes, así llamados del pueblo, cambiar de línea política y quedar en sus cargos como si fueran dueños de ellos, prostituyendo así la intención de los votantes que ingenuamente crédulos los habían elegido para otra representación. También con alarma hemos visto ciertas "marchas espontáneas" que son una regresión primitiva al uso y abuso de las personas donde además de pagarles u ofrecerles alimentos para participar se las emborracha previamente y se las larga a la calle. Deplorable por el aprovechamiento de necesidades que hoy mismo ha provocado el Estado por su política económico-social. Ante esto el Gobierno no se informó y la sociedad se calló.

Cristo y el derecho Cristo, nacido como Hombre, nos reveló los derechos y responsabilidades de personas e hijos de Dios. Por eso nos duele la impunidad e indefensión en que vivimos. Hoy cada santiagueño con memoria -porque hay sectores sin memoria- podrá preguntarse: ¿qué fue de los varios robos al antiguo Banco de la Provincia y del último de cinco millones?, ¿en qué quedó el tema de los uniformes para la policía?, ¿ya se enjuició y condenó al Comisionado Municipal de Choya que, al menos parecería, malversó meses de sueldo de sus empleados?, y mucho peor, porque fueron vidas que se perdieron, ¿ya fue aclarado y juzgado el caso de Icaño, donde una persona entró sana a la policía por detención y salió muerta?, o el caso Cáceres del Barrio 8 de abril, o los golpes para detener personas en los barrios de la ciudad de La Banda (El Dulce, La Isla, etc.). Tal vez se diga: son delincuentes, pero un delincuente ¿no es tan persona como un funcionario, no es hijo de Dios, no tiene sus derechos?. Seguramente de esto el Gobierno no esté informado -como lo dijo de Choya-, y la sociedad santiagueña se calló. Lo más grave de todo esto es la ausencia de la Justicia. Se robó al Estado en Choya y la Justicia no se molestó. Se mató gente y la Justicia no se informó. Hubo sospecha sobre negociados de funcionarios (uniformes de la policía), y la Justicia calló. ¿Quién podrá sentirse seguro? ¿Quién podrá creer en esa Justicia?

Cristo y la Justicia Pero sí, a pesar que nuestros jueces juran sobre Biblias y Crucifijos, reconociendo supongo, que Cristo es el Hijo de Dios nacido para nuestra salvación. Nuestra Justicia y fuerzas del orden tienen una velocidad contundente cuando se trata de reprimir y perseguir. Es admirable la velocidad con que se implementó la Ley represiva (n.3928 -28/04/71) para hacer callar las voces de las Marchas de La Banda. Ley basada en el Estatuto de la Revolución Argentina, un régimen militar de facto. Hoy en vigencia en Santiago del Estero (contraria al art. 15 de la Const. de la Prov.). También fue asombrosa la velocidad para perseguir y detener a políticos de Quimilí, para embargar Municipios y perseguir intendentes, pero no se sabe nada por qué en un estado pleno de derecho,



como lo declama constantemente el Partido gobernante, los ciudadanos no pueden expresarse públicamente, ni hacer marchas, ni protestar en grupo. Tampoco se sabe nada por qué la policía, brazo de la Justicia, usó granadas lacrimógenas prohibidas por convenios internacionales para reprimir. Justo la usó el llamado "Cuerpo de Paz" (gases lacrimógenos tipo 555-CS; Conv. de Ginebra 1972). Ante esto el Gobierno no se informó y la sociedad calló.

Cristo y las leyes Mientras tanto, la mayoría de los que se dicen nuestros representantes en la Legislatura siguen aprobando leyes sin discusión ni correcciones a las propuestas del Poder Ejecutivo; o tan cómicas y sospechosas como la Ley para designar Vicegobernador; o creando una nueva instancia represiva la del Defensor del Pueblo Provincial que puede ordenar que el juez haga allanamientos y viole el secreto profesional; o aprobar Presupuestos que de 15 millones de déficit (1996) pasan a cincuenta (1997); o leyes tan anti-pueblo como la del peaje para ir a la ciudad de La Banda. Pero la Ley Ómnibus que incendió Santiago se sigue aplicando y prorrogando, el Consejo de Educación se sigue re-interviniendo, lo mismo que las Juntas de Calificación y Tribunales de Disciplina. Siempre el Gobierno no se informó y la sociedad calló.

Con todo, Cristo ha nacido, es nuestro Salvador y nuestra Esperanza. En Él creemos y con Él somos capaces de no callar y de transformar nuestra miserable realidad de hoy. Nuevamente feliz y santa Navidad del Señor para todos. Amén

## **SALUDO PASCUAL DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO**

### **Mons. Gerardo Sueldo - 30 / 03 / 1997**

Muy queridos hermanos y hermanas:

Con la alegría y esperanza propia de la Pascua cristiana reciban Uds. mi afectuoso y fraterno saludo de felicidad y bendición. Feliz Pascua para Uds. aquí presentes en esta celebración; feliz Pascua para sus hogares y familias; feliz Pascua para sus compañeros de trabajo; feliz Pascua para cada hermano y hermana enfermo, anciano, angustiado, dolorido; feliz Pascua para cada hermano y hermana pobre y olvidado, perseguido y calumniado, golpeado y temeroso; feliz Pascua, para cada hermano y hermana sin trabajo, sin techo, sin comida, sin ropa. Particularmente: feliz Pascua para los queridos hermanos sacerdotes, diáconos, ministros instituidos, seminaristas; feliz Pascua para los hermanos y hermanas religiosos y religiosas, para todos los consagrados y para los siempre queridos laicos, jóvenes y adultos que más comprometidos con el servicio de la Iglesia trabajan en las pequeñas comunidades, en las Instituciones y Movimientos, en la educación y catequesis, en la liturgia y caridad.-

Gran Jubileo Hoy el Señor Resucitado nos encuentra -como todos lo sabemos- preparando el Gran Jubileo del Año 2000, tiempo de alegría y gracia para los cristianos y el mundo. También nos encuentra en las puertas de ese acontecimiento eclesial extraordinario para nuestro continente del Norte al Sur, el Primer Sínodo de los Obispos de América toda que se realizará a fin de año en Roma. Pero por sobre todo, esta Pascua de Jesús nos encuentra celebrándolo a Él, centrando nuestra mirada de fe en Él. Como nos invita el Santo Padre, Juan Pablo II, en su Carta "Mientras se aproxima el Tercer Milenio": "el primer año -del trienio de preparación al año 2000-, 1997, se dedicará a la reflexión sobre Cristo, Palabra del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo. Jesucristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre" (n. 40; cf. Heb 13,8). Por eso esta Pascua es distinta. Por eso tiene su acento y sentido particular, y nos invita en forma especial a preguntarnos, ¿quién es Cristo Resucitado para nosotros, para nuestra fe, para nuestras vidas, para nuestra Iglesia, para nuestra sociedad?. Preguntas que entre la alegría de los cánticos, de la música pascual, de las campanas y saludos, van más a lo profundo del cristiano. ¿Qué sentido tiene mi fe en Jesucristo, el que padeció, murió, resucitó y está sentado a la derecha del Padre?. ¿Qué sentido tiene esa fe en la comunidad de la Iglesia, qué sentido y presencia tiene en la sociedad de hoy?. ¡Esta sociedad, de la Argentina de hoy y del Santiago de hoy!. No escapemos mirando a otro lado. No busquemos una definición o respuesta teórica. No intelectualicemos el hecho para alejarlo y que no nos incomode en una definición personal y comunitaria. La Pascua de Jesús no es una teorización, ni alienación piadosa. La Pascua de Jesús es un hecho, concreto y real, que lo tomamos o dejamos, que lo aceptamos o rechazamos, pero es un hecho que reclama una respuesta de fe, de vida y de acción.-

Mensaje del Evangelio Por eso los textos evangélicos que hoy proclamamos en nuestras celebraciones están tan llenos de mensaje. Las mujeres que llegan primero al sepulcro y lo encuentran vacío, quedan asombradas y "vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca -recibiendo el primer anuncio-: No teman. Uds. buscan a Jesús de Nazareth, el Crucificado" (Mc 16,5-6) o en el relato de San Juan: "Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos... entró el otro discípulo, que había llegado antes al sepulcro: él también vió y creyó" (Jn 20,3-8). Y el anuncio para todos: ...el Crucificado ha resucitado, no está aquí. Miren el lugar donde lo habían puesto. Vayan ahora a decir a sus discípulos y a Pedro que Él irá delante de Uds. a Galilea, allí lo verán, como Él les había dicho. Y ellas -las mujeres- salieron corriendo..." (Mc 16, 6-8)-

Pascua : Acontecimiento y contenido La resurrección de Jesús es un hecho. La Pascua: Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión a los cielos, es un hecho. Y este acontecimiento fundante de nuestra fe, de nuestra Iglesia y de nuestra acción en el mundo nos define a los cristianos, nos da identidad. El primer anuncio y grito de la Pascua es lo distinto que reciben las mujeres, Pedro, el discípulo amado, los apóstoles, todos los seguidores de Jesús: "No teman". No tengan miedo. La primera invitación para una respuesta de fe en libertad es: "ha resucitado, no está

aquí. Miren el lugar donde lo habían puesto”. Las mujeres vieron, Pedro y el otro discípulo vieron y creyeron. Ante el hecho se dice sí o se dice nó. Es la propuesta de fe que cada Pascua tiene para todo hombre y toda mujer que han salido a buscar. La primera misión: “Vayan ahora a decir a sus discípulos y a Pedro -no se queden allí mirando- que Él -Jesús- irá adelante de Uds. ...”. Vayan a decir, anuncien, que “Cristo va adelante”. Él no se queda, Él va adelante, vayan y anuncien. Y la primera acción del que libremente creyó: “ellas salieron corriendo porque estaban temblando y fuera de sí”-

Pascua : Proyecto transformador de Dios Todo este mensaje contenido en la Palabra de Dios que hoy la Iglesia proclama nos revela el proyecto de Dios, nuestro Padre, y la propuesta de redención y cambio que Él en Cristo nos ofrece. La Pascua, queridos hermanos y hermanas, es la respuesta de Dios a la condena y suplicio padecidos por Jesús y por tantos hombres en el mundo. Nos revela a Jesús como “Señor y Cristo”, “Señor y Dios”, como “Hijo de Dios”. Nos revela “como Dios ungió a Jesús de Nazareth con el Espíritu Santo llenándolo de poder -según recuerda Pedro en el Libro de los hechos de los Apóstoles-. Él -Jesús- pasó haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en poder del demonio, porque Dios estaba con Él. Nosotros somos testigos...” (Hch 10,38-39). Nos muestra como el Padre glorifica a su Hijo resucitándolo y sentándolo a su derecha. Nos muestra al Hijo, a Cristo, entregándose a los hombres por Voluntad del Padre, y al Espíritu Santo que confirma la nueva vida de resucitado. Por esa resurrección, la humanidad de Jesús y la humanidad de todo hombre y de toda mujer, que por la fe y el Bautismo participe de la Pascua de Jesús, se introduce en la gloriosa intimidad del Dios Uno y Trino. Por la Pascua, Jesús tiene el poder espiritual de transformar a todo hombre y a toda mujer que libremente, por la fe, acepten ser nuevamente hijos de Dios. Esa fuerza transformadora de la Pascua de Jesús la recibe la Iglesia por medio del Espíritu Santo y la ofrece permanentemente a los hombres que deseen ser liberados de la esclavitud del pecado y de sus consecuencias externas en la sociedad, que acepten el desafío de inaugurar una nueva humanidad proyectada a la esperanza futura, firme y sin miedos por su unión con Cristo, comprometida, clara y definitivamente en una vocación, un llamado de acción y misión transformante. Acción transformante que revela a un Dios Padre lleno de amor y de misericordia, a un Cristo Hermano de los hombres para servirlos y cambiarlos porque, según recuerda San Pablo, “nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Él, para que fuera destruido este cuerpo de pecado, y así dejáramos de ser esclavos del pecado” (Rom 6,6), y nos revela también a un Espíritu del Padre y del Hijo que vivifica, renueva, guía y protege a la Iglesia:-

Pascua : Proyecto para la Iglesia Esta Iglesia, comunidad de los creyentes, es la que celebra hoy a Cristo, su Señor. Ella tiene la experiencia de la salvación transformadora realizada por Cristo y ella compromete a cada cristiano, mujer y hombre, a correr y ser activos en el testimonio, en la misión y en el diálogo frente al mundo. Cristo celebrado al fin de este milenio y ante las puertas del que se acerca, llega a ser para el hombre y mujer de fe, tiempo y espacio humano, historia y cultura, Palabra y acción, tradición y progreso. La vida pascual de los cristianos debe ser una síntesis cultural para que pueda surgir una nueva cultura capaz de levantar y transformar las viejas culturas del pecado, la dependencia, el sometimiento y el servilismo proyectando una civilización del amor:-

Pascua : Cultura transformante Celebrar hoy a Jesucristo y a su Pascua en esta Argentina y en este Santiago del Estero, exigirá siempre preguntarnos, como cristianos, si por el hecho y la fuerza interna de la Pascua ya hemos construido una cultura de transformación y cambio, una cultura de esperanza, y una cultura de vida en dignidad y respeto. Con seguridad que viendo personas, hechos y circunstancias tendremos que reconocer lo lejos que estamos del acontecimiento pascual y del contenido de su mensaje: no tener miedo, creer, ir y anunciar, salir urgentemente para la acción. Al contrario, cuántos síntomas de una cultura servil encontramos entre nosotros. Cuántos criterios totalmente opuestos a la Pascua manejamos en nuestras relaciones, en nuestras opciones, en nuestros objetivos para el futuro de esta patria y de esta provincia. Pareciera que el fin es “salir del paso” y “quedar bien”, o lo peor, ganar ahora, aún a costa de la dignidad, la libertad, el derecho, la justicia, el futuro. Es doloroso descubrirse un pueblo servil, pero muy bueno poder iluminarlo desde la Pascua, desde donde siempre se está a tiempo para cambiar y transformarse:-

Anti-Pascua: actitud servil Para ello debemos tener muy claro y definido que un pueblo con vocación servil se manejará con los criterios opuestos a los criterios pascuales: siempre permitirá y justificará la impunidad sin

reclamar; aplaudirá y votará la dádiva y la dependencia aún en lo elemental de la existencia, sin pedir justicia social que le facilite independencia de los poderes de turno; aceptará como normal la compra y venta de las personas para conseguir favores, para evitar persecuciones, para alcanzar el cargo o mantenerlo, para tener la vivienda, para agradar, para darle valor a su voto, sin cuestionarse nunca la libertad, la dignidad, el respeto por sí mismo; se someterá siempre a la represión del estado, del poder económico, de la tradición del apellido o de otros poderes, como son las leyes injustas o ya derogadas, porque en su mentalidad no se siente ciudadano sino súbdito que debe ser manejado, usado y negociado para que los privilegiados de una casta dominen la sociedad; nunca cuestionará la competencia o incompetencia de sus funcionarios, porque la sacralidad que les otorga el caudillo de turno le quitará toda capacidad crítica y porque la cosa pública nunca la siente como propia sino de los otros, más pedirá con clamor y firmas que los crónicamente incompetentes sigan representándolo, ordenándole qué hacer y cobrando porque dicen que los defienden; gozará haciendo el papel de “candido” abanderando y aplaudiendo todas las obras y placas que reinaugura su líder, porque le da el derecho de regresar en el “túnel del tiempo”; se aceptará medios de comunicación social sumisos y entregados, fiel espejo de la cultura de dependencia, y se los leerá, escuchará y contemplará como palabra de Dios; se admirará de los funcionarios que siendo corruptos saben “safarse” y quedan muy bien, listos para otro cargo, o los empresarios que saben dejarse usar o usan las posibilidades de un estado negociador para sacar sus ganancias; alrededor del caudillo o autoritario de turno creará un culto a la persona que lo llenará de miedo y reverencia descubriendo que la única actitud frente a ese ídolo será la obsecuencia. Una sociedad que tenga esa vocación servil, no podrá sino crear instituciones y poderes que respondan a esa actitud. Por eso no es de extrañarse que favorezca un estado ególatra y caudillezco como una gran conquista. Una justicia sometida y manejable que responda al caudillo de turno, enjuicie a los molestos, disfrace la persecución con causas penales y jamás investigue nada importante. Una Cámara de representantes que no representa a nadie porque es inoperante y obsecuente, como se debe ser, y cuyas leyes no producen ningún cambio para el progreso, sino un mantenimiento de la situación o la búsqueda de los bolsillos de los súbditos:-

Esta visión de un pueblo con vocación servil, queridos hermanos y hermanas, es trágica, ruego a Cristo resucitado que nunca sea una realidad. Pero nosotros los cristianos, herederos de la Pascua del Señor, por la fuerza interna de nuestra fe y de la invitación a no tener miedo, a creer en Cristo y en el Bautismo transformador, sabiendo que el Señor siempre va adelante y nos desafía a la acción podemos cambiar nuestra sociedad poniendo la levadura del hombre y de la mujer nuevos. De la mano de Cristo, muerto y resucitado, trabajemos en nuestro corazón y en nuestra comunidad para alcanzar esa novedad de vida. ¡Feliz y santa Pascua a todos!. Amén:-

## **CARTA DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, Mons. Gerardo Sueldo, CON MOTIVO DE SU PARTICIPACION EN EL 4 CONGRESO EUCARISTICO INTERNA- CIONAL QUE SE CELEBRARÁ EN WROCLAW - Polonia - ENTRE EL 25 DE MAYO Y 1 DE JUNIO DE 1997**

Querido hermanos y hermanas de la diócesis de Santiago del Estero :

Como seguramente están informados, la Conferencia Episcopal Argentina, en su momento, me designó para representarla en el 4 CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL que se celebrará en la ciudad de Wroclaw (Breslavia), República de Polonia. Junto con esa designación también se me daba la responsabilidad de presidir la Delegación Argentina que participará de ese Congreso Eucarístico.

Con entusiasmo, y a pesar de las dificultades, hemos estado preparando esta participación argentina en el primer acontecimiento católico mundial que se realizará en un país de Europa del Este, hasta no hace muchos años tan cerrada por la fatídica "cortina de hierro" de ideologías y políticas. Felizmente, y desafiando la distancia, el grupo de peregrinos argentinos será más numeroso que en los últimos Congresos Eucarísticos Internacionales.

Esta responsabilidad de acompañar a los peregrinos me tendrá fuera de la diócesis por un cierto tiempo, por eso antes de viajar quería despedirme brevemente de los queridos hermanos sacerdotes y diáconos, de los ministros instituidos y seminaristas, de los religiosos y religiosas, y de todos los hermanos y hermanas laicos de la diócesis. Esta despedida significará también por mi parte tenerlos presentes ante el Señor en la Eucaristía, allá en tierras polacas, la patria del Papa Juan Pablo II. Los tendré presentes en la oración y también en la reflexión, particularmente por el hermoso tema que la Iglesia de Polonia y de todo el Este europeo ha querido profundizar desde Cristo: "EUCARISTIA Y LIBERTAD".

Este tema ha sido acompañado por el lema elegido de la Sagrada Biblia: "ESTA ES LA LIBERTAD QUE NOS HA DADO CRISTO" (Gal 5,11).

Como lo señalaba el Cardenal de Wroclaw, Henryk Gulbinowicz, "El 4 Congreso Eucarístico Internacional, que se celebrará del 25 de mayo al 1 de junio de 1997, quiere celebrar el Misterio Eucarístico a la luz de una amplia resonancia antropológica, social y salvífica: la LIBERTAD, palabra que expresa la gran búsqueda del hombre y el deseo de los pueblos ...".

Este viaje me impedirá celebrar con Uds. la solemnidad del "CORPUS CHRISTI", por eso les pido a todos, pero especialmente a mis hermanos los señores Párrocos que en ese domingo del CUERPO y LA SANGRE DE CRISTO, hagan una profunda reflexión y oración respecto a la "libertad que nos ha regalado Cristo". En lo posible, y siguiendo el Documento Base del Congreso preparen la celebración del "Corpus" a lo largo de la semana precedente y en esos días, pero muy especialmente en la procesión del "Corpus Christi", se unan a todos los cristianos que estaremos en Polonia rezando la oración propia de este 4 Congreso Eucarístico Internacional.

Rogando a Cristo Salvador y Señor de la historia los acompañe y proteja en este tiempo de ausencia, imploro de Dios una especial bendición sobre todos Uds. y me encomiendo humildemente a sus oraciones.

## **EXHORTACIÓN PASTORAL en el MES DE OCTUBRE, MES DEL SANTO ROSARIO**

Queridos hermanos y hermanas de la diócesis de Santiago del Estero:

Con el inicio del mes de octubre comenzamos también, junto con la piedad popular católica, el mes de María y del Santo Rosario. Mes que con el renacer de la naturaleza en la primavera, nos invita también a renacer y renovar nuestra vida cristiana de fe. Mes que al acercarnos hacia el fin de año, también nos invita a evaluar lo vivido y a proyectarnos más decididamente al futuro.

Octubre unido al Santo Rosario nos recordará siempre los Misterios de Cristo, el Señor, pero unidos a ellos nos presentará también la realización y participación de la Santísima Virgen María en la Historia de la Salvación y la construcción del Reino de Dios. Porque ella es la mujer de fe, la mujer fiel y de oración que abierta al Espíritu de Dios deja que se realicen en ella las maravillas del Señor (cf. Lc 1,49). Por eso también la Virgen María se levanta como el modelo y cumplimiento de la Iglesia. En ella la Iglesia se ve totalmente realizada, porque también la Iglesia como comunidad y cada uno de sus miembros, como personas, debe estar abierta a los Misterios salvadores y a las maravillas de Dios.

Por este motivo, el Santo Rosario, más que una sucesión monótona de fórmulas de oración es un Evangelio simple y elemental para el cristiano que meditando los Misterios de Jesús, el Hijo de Dios y el Hombre Hermano nuestro, se deja llevar de la mano de la "bendita entre todas las mujeres" (Lc 1,42) y de la comunidad creyente en el camino de la vida para seguir el crecimiento y maduración en la fe.

Así, queridos hermanos y hermanas, el mes del Santo Rosario se convierte en un tiempo privilegiado para penetrar y dejar llevarnos por la oración simple, la oración del pueblo que reclama cada vez más la Palabra de Dios que ilumine y el sentido de pertenecer a la Iglesia que da identidad y seguridad (cf. P. 960).

Estos dos aspectos del Santo Rosario, Palabra de Dios y pertenencia a la Iglesia son muy necesarios para nosotros en Santiago del Estero, porque nuestra situación reclama luz que ayude a leer desde el Evangelio nuestro estado actual y reclama seguridad sobre quienes somos para defender nuestra identidad y dignidad de hijos de Dios benditos y miembros de la Iglesia.

Por todo esto, queridos hermanos y hermanas, ruego que en la medida de lo posible, las Parroquias y pequeñas Comunidades, los Centros Educativos de la Iglesia, las Instituciones y Movimientos, las familias y personas individuales, hagan de este mes de octubre un tiempo de oración y meditación del Santo Rosario. Rueguen, hermanos y hermanas: en primer lugar por nuestra provincia y nuestra patria para que la dignidad de las personas sea respetada y nos eduquemos en la justicia, en el amor y la solidaridad hacia los más pobres y marginados, especialmente los desempleados; en segundo lugar recen por nuestra 9na. Semana Diocesana de Pastoral y por todo el trabajo evangelizador de la diócesis particularmente para que el Señor Jesús despierte el compromiso misionero ya que en octubre celebraremos también la Jornada Misionera Mundial de la Iglesia; y en tercer lugar pidan por la salud del Santo Padre, Juan Pablo II con ocasión de la próxima intervención quirúrgica a la que será sometido.

Y poniendo toda nuestra esperanza en Dios, en Cristo su Hijo y nuestro Hermano, y en María Santísima, Madre y Modelo de la Iglesia imploro sobre todos Uds. una abundante Bendición.-

**MENSAJE**  
**Mons. Gerardo Sueldo**  
**EN LA SOLEMNIDAD PATRONAL DE SANTIAGO APOSTOL DE 1997**

Queridos hermanos y hermanas:

Al finalizar estas fiestas patronales de 1997 en honor de la Ssma. Virgen María en su título del Carmen y del Apóstol Santiago, no puedo si no proclamar a Jesucristo, el Señor. Él es la razón de ser de María : su grandeza está sólo en ser la Madre de Jesús. Él es la razón de ser de Santiago Apóstol: su grandeza está en haber seguido a Jesús, haber anunciado el Evangelio de Jesús y haber entregado su vida en testimonio de fe por Jesús. Por eso hoy celebramos a esta mujer y a este hombre, santos por su fe y seguimiento del Señor.

Por eso también, en este año dedicado a Jesucristo, como primer año preparatorio al Gran Jubileo de los 2000 años de su nacimiento, no puedo si no tomar las palabras del Papa Pablo VI al inaugurar la segunda sesión del Concilio Vaticano II y proclamar:

“Cristo!  
Cristo, nuestro principio.  
Cristo, nuestra vida y nuestro guía.  
Cristo, nuestra esperanza y nuestro término...  
Que no se cierna sobre esta asamblea otra luz  
que no sea la de Cristo, Luz del mundo.  
Que ninguna otra verdad atraiga nuestra mente  
fuera de las palabras del Señor, único Maestro.  
Que no tengamos otra aspiración que la de serle absolutamente fieles.  
Que ninguna otra esperanza nos sostenga, si no es aquella que,  
mediante su palabra, conforta nuestra debilidad...”  
Cristo, Fuente de dignidad y justicia

A este Cristo, Señor del universo y de la historia, celebramos a través de su Madre y de sus Testigos, los Apóstoles. Afianzados en Él caminamos como Iglesia Diocesana que quiere madurar en la fe como una comunidad fiel a su Señor y fiel a sus miembros, cada creyente, cada bautizado en Santiago del Estero. Comunidad que desea crecer, desde la Palabra de Dios y la vida divina recibida en los sacramentos, pobre, misionera y solidaria para servir a quienes tienen la vida y la fe amenazadas. A este Cristo, Señor, queremos anunciar, y desde Él convertir nuestras personas y nuestras vidas para transformar y renovar nuestra sociedad. Por eso con sólo la audacia que nos da nuestra fe y desde las valiosas recomendaciones de la IX. Semana Diocesana de Pastoral del año pasado, deseamos revitalizar una vez más el trabajo pastoral de una “Nueva Evangelización” en Santiago del Estero. Nueva Evangelización tan necesaria para entrar en el próximo milenio de la Iglesia con un anuncio luminoso de Cristo y un testimonio y servicio vigoroso de los cristianos. Esto nos llevó a lanzar, desde el santuario de Nuestro Señor de los Milagros de Mailín el pasado 11 de mayo, una invitación a ponernos todos en estado de misión, en estado de evangelizadores y servidores, bajo el lema: JESUCRISTO, FUENTE DE DIGNIDAD Y JUSTICIA. Este fue el anuncio y novedad fundamental proclamado por los Apóstoles desde el día de Pentecostés. Lo acabamos de escuchar por boca de Pedro: “... a Jesús de Nazareth, el hombre que Dios acreditó ante Uds. por milagros, prodigios y signos... - al - que Uds. lo hicieron morir, clavándolo en la cruz... Dios lo resucitó librándolo de las angustias de la muerte, porque no era posible que ella tuviera dominio sobre Él... y todos nosotros somos testigos... -a este Jesús - Dios lo exaltó y recibió del Padre el Espíritu Santo prometido, y lo ha comunicado, como Uds. ven y oyen. Por eso, todo el pueblo debe reconocer que a ese Jesús que Uds. crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías” (Hch 2,22-2 336).

Éste es el Cristo de nuestra fe. Éste es el Cristo de los Apóstoles. Éste es el Cristo de la Iglesia: Hijo de Dios e Hijo de María, nuestro Hermano; enviado por Dios, el Padre, con palabras de “buena noticia” y obras de servicio transformador; muerto por nosotros los hombres; pero resucitado por el Dios que libera de angustias y muerte; de Él nosotros los creyentes, sus discípulos, somos testigos por el Espíritu Santo que nos ha regalado para gritar y testimoniar con nuestras personas y nuestras vidas que sólo Jesucristo es Señor y Mesías Salvador, porque Dios así lo ha constituido. Todo esto, queridos hermanos y hermanas, no son lindas palabras ni una pasable teoría, es el centro de la fe de Pedro y Pablo, de Santiago y Juan, de los Apóstoles; es la fe que decimos tener; es la fe del Bautismo. Y esto trae sus consecuencias si no queremos ser fariseos hipócritas o Judas traidores.

¿Qué significa que Cristo sea Fuente de dignidad?. No es un principio social, ni político, ni educativo, es una verdad de fe. Él llega enviado por el Padre, es el Hijo único del Padre, es verdadero Dios. Pero no se presenta como Dios, sino que toma la humanidad en el seno de María Virgen. Por eso, Jesús es verdadero hombre. Con esto Dios introduce un camino insólito hasta entonces, no serán los hombres quienes busquen a Dios, sino que Dios sale en búsqueda del hombre (cf. TMA,6). Ya esto es principio de dignidad. El tiempo, lo propio del hombre, se convierte también en espacio e historia de Dios. El tiempo, la historia, el universo, la tierra, todo es dignificado por Dios, lo hace camino de lo divino, camino de salvación. Pero Dios entra al mundo porque quiere, porque ama, porque es libre, porque regala su presencia en su Hijo Jesús. Desde allí, ya con sólo nacer, y mucho más cuando evangeliza y realiza su obra redentora, Jesús nos recordará la dignidad propia de cada hombre y mujer por ser hijos de Dios, por ser amados por Él, por ser buscados por Él. La dignidad que Cristo nos recuerda no surge de leyes, sino de nuestro propio ser-personas, creaturas de Dios. Por eso esa dignidad no es sólo un principio, sino una realidad para alcanzar y conquistar. Porque la dignidad cristiana es conciencia de libertad, conciencia de ser elegidos, buscados y amados, conciencia que somos don, regalo gratuito de Dios, como lo fue Jesús. Por eso Jesús hablará y luchará contra todo lo que empañe la dignidad de hijo que cada uno tiene. Condenará todo servilismo que anula la libertad, el pecado, el mal en todos sus formas, los poderes que esclavizan, y realizará gestos y obras de liberación hasta entregar su vida. Condenará todo lo que rebaje al hombre y lo prostituya; lo defenderá cuando los poderes establecidos, usen y abusen de las personas, cuando lo degraden aprovechando sus necesidades. Condenará todo lo que quite valor a la persona. Ni aún el pecado quita al hombre o a la mujer la dignidad de su filiación divina. Y para ratificar absolutamente la misión dada por el Padre, Jesús se entrega libremente a la pasión y la cruz. Desde allí la dignidad del hombre crece. No sólo es hijo de Dios, también es su creatura redimida, recuperada, renovada. La humanidad tiene un nuevo camino para crecer, el camino de la transformación; puede cambiar; puede convertirse; puede hacer nuevo todo. Dios le regala a través de Cristo esta nueva posibilidad. Lo único que necesitamos es querer: querer ser libres, dejarnos amar y encontrar por el Dios que busca, querer ser dignos. El método de Dios nunca será la imposición, ni el autoritarismo, ni la presión; siempre será la invitación, el ofrecimiento, el respeto. Dios por medio de Cristo nos quiere hijos no siervos, libres no esclavos, constructores de la salvación que Él nos regala no espectadores y holgazanes ante el futuro. La liturgia de hoy nos ilumina con la palabra del mismo Cristo en el evangelio cuando algunos de los Apóstoles se peleaban por los primeros puestos: “Uds. saben - dice el Señor - que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos los hacen sentir su autoridad. Entre Uds. no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande que se haga servidor de Uds.; y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo: como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud” (Mt 20,25-28).

Hermanos y hermanas, la dignidad que Dios nos ofrece por Cristo es una tarea. Para la Iglesia fue siempre su trabajo evangelizador, y hoy también lo es, especialmente cuando para destruir la dignidad de las personas se monta un sistema. El mejor resultado de este sistema es conseguir una sociedad mediocre, sin ansias de libertad ni esperanzas de futuro. Una sociedad que vende todo, incluida su dignidad y libertad con tal que no la molesten ni la saquen de su modorra. Una sociedad así producirá una dirigencia mediocre que sólo buscará el acomodo y negociará cualquier principio, también la fe. Esa sociedad gozará con vivir bajo regímenes autoritarios y paternalismos castradores porque no tiene iniciativas de grandeza ni ansias de transformación y cambio. Transformación y cambio, es decir, conversión, que es la invitación primera de Jesús (cf. Mc. 1,15). Desde una sociedad así estructurada culturalmente, como lógico se seguirá, la sacralización de los gobernantes, alrededor de los cuales se organiza-



rá una liturgia de aplausos, recepciones triunfalistas, menciones obligadas en cada intervención pública, placas abundantes, inauguraciones constantes, o sea una forma consciente de someterse renunciando a toda libertad y dignidad. Desde esta divinización del poder lógicamente se aceptará todo: funcionarios mediocres o que reniegan de su valor, justicia manejada especialmente para la persecución, legisladores domesticados para decir amén a todo proyecto que llegue, porque no deben pensar ni discutir, sino aprobar. Rechazo y supresión de todo organismo participativo que pueda tener un criterio distinto al del poder central. Así morirán en intervenciones o supresiones Juntas de Calificación y Disciplina que no se puedan manejar fácilmente. También habrá un pueblo domesticado a quien podrán cambiarle hasta su Ley Fundamental, la Constitución, sin preguntarle, si quiere o nó, si ve oportuno o nó. Se determina y manda con la clásica palabra del tirano: “hay necesidad” porque el sistema debe perpetuarse. En este sistema, ¡pobre el que se atreva a pensar o hablar distinto!. Allí caerá toda la fuerza represora, armada entre fuerzas de seguridad y justicia. Unos castigan y otros condenan para que nadie diga que hay impunidad. Así toda oposición es subversiva, por eso se golpea, se encarcela, se intimida expresiones públicas de descontento, se usa siempre el arma, hasta para ir a bailar, llegando al asesinato de adolescentes. Ante realidades así descritas, sin lugar a dudas que el cristianismo que todavía no ha negociado su dignidad de ser hijo de Dios y redimido por Cristo se planteará la simple pregunta del lema de nuestra Misión: ¿qué significa que Cristo sea Fuente de la dignidad del creyente?. Si como cristiano uno ni se plantea el desafío, mejor no pensar en el futuro o en el Tercer Milenio de la fe porque no tiene nada que hacer. Pero el que se plantee la pregunta tendrá todo un proyecto de vida.

Pero también, hermanos y hermanas, al prepararnos para celebrar los dos mil años del nacimiento de Jesucristo debemos preguntarnos concretamente ¿qué significa que Él sea Fuente de Justicia ?. En la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo, los Obispos allí reunidos confesábamos que Jesucristo, “y sólo Él, es nuestra salvación, nuestra justicia y nuestra reconciliación” (SD 6). Con ello confesábamos que la iniciativa de Dios al enviarnos a su Hijo hecho hombre, nos abre también el camino para que nosotros, pecadores, injustos con Dios, podamos reconciliarnos con Él y reconciliarnos también entre nosotros. Dios en Cristo nos justifica por su amor misericordioso y nos da la posibilidad de responderle también a Él con amor agradecido. En Jesús descubrimos quien es Dios pero también quienes somos nosotros y así establecer nuevos vínculos de relación entre Dios y entre nosotros. Aceptar a Jesucristo, creer en Él es reconocer el amor que Dios nos tiene, y confesar que “Dios es Amor” ( cf. 1 Jn 4,16), es llegar al centro de su Misterio que es ser justo. Por eso el hombre y la mujer de fe, desde Cristo pueden ver y relacionarse en una forma nueva, no sólo con Dios, sino también con su hermano, con su prójimo. Esto significa “empeñarse firmemente, a la luz de los valores evangélicos, en la superación de toda injusta discriminación por razón de razas, nacionalismos, culturas, sexos y credos, procurando eliminar todo odio, resentimiento y espíritu de venganza, promoviendo la reconciliación y la justicia (SD 168). En la Líneas Pastorales para una Nueva Evangelización, decíamos los Obispos en 1990 : “... a los argentinos se nos presenta el desafío de superar la injusticia, construyendo una patria de hermanos mediante la solidaridad y el sacrificio compartidos. Patria en la cual el auténtico respeto a la vida y a la dignidad de cada persona, posibilite que todos, y cada uno, puedan trabajar digna y mancomunadamente para alcanzar sus legítimas aspiraciones en relación a la participación de los bienes naturales, familiares, culturales, políticos, económicos y sociales” (13).

Desde este imperativo de nuestra fe es doloroso constatar la situación de una provincia disminuida cada vez más y dependiente servilmente de los patrones de turno. Constatar una mentalidad regresiva o anclada en el tiempo, donde los gobiernos llegan al poder sin proyectos, permanecen sin proyectos y solo se preocupan de organizar planes para ganar la próxima elección. Esta realidad se presenta como un desafío para la fe en Cristo, fuente de toda justicia. Porque desafío de fe es evangelizar un pueblo usado y manipulado social y políticamente; es evangelizar una sociedad a la que se ha empobrecido material y culturalmente y se la entretiene con dádivas porque conviene que sea pobre para estar más sometida y ser más dócil frente al poder ; desafío es evangelizar una sociedad donde impera el miedo por el espionaje organizado, la delación constante, las venganzas disfrazadas o abiertas, implementado todo ello por un cierto estilo de las así llamadas “ramas políticas” infiltradas en todos los ámbitos para control e información como si se tratase de mafias. Desafío para la fe y la evangelización es defender el medioambiente y la naturaleza que Dios nos ha regalado frente a una mentalidad depredadora que históricamente va convirtiendo más la provincia en un hermoso desierto.

Pero también desafío para la fe es evangelizar en la esperanza. A pesar de todo los cristianos vivimos en la esperanza. Porque Dios ha entrado en nuestro pobre mundo por medio de Cristo. Él nos invita a una continua transformación y somos por la fe, el amor y la esperanza elementos transformadores, por que como dice hoy San Pablo “llevamos ese tesoro en recipiente de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios. Estamos atribulados pero no abatidos, asombrados, pero no desesperados, perseguidos, pero no abandonados ... Siempre y a todas partes llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo ... nosotros creemos, y por lo tanto, hablamos” (2Cor 4,7-13). Por esta fe, como Cristo, también el auténtico cristiano será molesto. Sin embargo, queridos hermanos y hermanas, en esta hora privilegiada del salto hacia el nuevo milenio, evangelicemos con Cristo, Fuente de dignidad y justicia, dejando todo lo viejo y caduco del pasado y pidiendo a Dios nos ayude a renovarnos y renovar nuestra sociedad. Que María, Virgen y Madre, y Santiago Apóstol nuestro Patrono intercedan bondadosos por nosotros. Amén.

## **APERTURA DE Xª. SEMANA DIOCESANA DE PASTORAL**

### **Noviembre 6 a 9 de 1997**

Queridos hermanos y hermanas:

Nos encontramos nuevamente reunidos a nivel diocesano para celebrar la Asamblea Conclusiva de esta Xª. SEMANA DIOCESANA DE PASTORAL. Sólo este hecho es motivo de alegría y agradecimiento a nuestro Dios que por su fidelidad de Padre sigue acompañando y guiando por Jesús y con la fuerza del Espíritu Santo a esta Iglesia local de Santiago del Estero. Pero también es una oportunidad privilegiada para poder expresarles como Obispo mi más cálida y fraterna bienvenida a esta ciudad, sede de la diócesis, agradeciéndoles profundamente a todos el continuo y generoso trabajo pastoral en el año que ya estamos finalizando. Agradecimiento a cada uno de Uds. queridos hermanos y hermanas laicos, y a todos los que junto a Uds., y que hoy no están aquí, construyen día a día el Reino de Dios entre lágrimas y sonrisas. Agradecer a los queridos hermanos sacerdotes, diáconos, ministros instituidos, religiosos, religiosas, consagrados y seminaristas, que en sus diversos lugares de trabajo dan testimonio con palabras y servicio que Dios está presente y nos ama como a hijos. Muchas gracias y sepan sentirse en familia durante estos días.

Todos sabemos que esta 10ma. Semana Diocesana de Pastoral continúa y quiere profundizar el objetivo y las opciones pastorales que la diócesis de Santiago del Estero ha ido asumiendo con el correr de estos últimos diez años. También todos sabemos, porque de una forma u otra lo estamos viviendo, que en estos años que nos separan del Gran Jubileo del Año 2000, las Semanas de Pastoral, como toda nuestra vida de Iglesia universal y particular está iluminada por los grandes temas de nuestra fe propuestos por el Santo Padre Juan Pablo II en su carta sobre el Tercer Milenio (10/11/94). Por eso, así como el año pasado celebrábamos en la 9na. Semana a JESUCRISTO y reflexionábamos en su Persona, en la fe y el Bautismo que nos une a ÉL, y de esa forma pudimos lanzar desde Mailín (11/05/97) el “estado de misión” de toda la diócesis bajo el lema: “Jesucristo, Fuente de dignidad y justicia”, ahora queremos avanzar un poco más en esta 10ma. Semana celebrando y reflexionando sobre la Persona del ESPÍRITU SANTO, la actitud fundamental de la ESPERANZA que nace de estar guiados por ese mismo Espíritu y el sacramento que nos ayuda a madurar cristianamente, la CONFIRMACIÓN.

Así el objetivo de esta Semana de Pastoral puede ser expresado en: “ANIMAR Y PROFUNDIZAR LA MISIÓN ‘JESUCRISTO FUENTE DE DIGNIDAD Y JUSTICIA’ IMPULSADOS POR EL ESPÍRITU DE COMUNIÓN Y MISIÓN PARA TRANSFORMAR LA COMUNIDAD DIOCESANA”. En estas pocas líneas queremos expresar el “misterio” y la “importancia” que en la fe cristiana tiene el Espíritu de Dios. No sólo es en la intimidad divina el Lazo de unión y comunión entre el Padre y el Hijo, no sólo es el Amor de ellos, sino que es el Camino por donde obran el Padre y el Hijo hacia fuera de su ser divino. Nuestro Dios por la fuerza del Espíritu crea el universo y por su presencia lo mantiene; por la fuerza del Espíritu da vida al hombre haciéndolo a su imagen y semejanza; por la fuerza del Espíritu el Hijo se hace Hombre en el seno de la Virgen María; por la fuerza del Espíritu inicia su misión evangelizadora y transformadora; por la fuerza del Espíritu nace la Iglesia y es enviada a evangelizar y transformar el mundo; por la fuerza del Espíritu Cristo resucita; y por la fuerza del Espíritu la historia llegará a su plenitud. Así el Espíritu del Padre y de Cristo es el vínculo de comunión y la fuerza de transformación.

Al proclamar hoy en la carta de San Pablo a los Romanos “ninguno de nosotros vive para sí, ni tampoco muere para sí. Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor: tanto en la vida como en la muerte, pertenecemos al Señor” (Rom. 14,7-8). No podemos dejar de pensar en el alto precio de la salvación por la muerte y resurrección de Cristo, por la cual hemos sido liberados e introducidos en profunda comunión con Dios, sino también valorar el don de la transformación que el Espíritu ha realizado en nosotros. Somos de Dios y hemos roto las cadenas de toda esclavitud; gozamos de la gloriosa libertad de los hijos de Dios; somos poseedores del Espíritu Santo que se nos ha regalado; y nuestras personas gozan de la sacralidad de ser “imágenes y semejanzas”

de Dios, rescatados por Cristo adquiriendo así toda dignidad sobre lo creado. Esto debemos anunciar y testimoniar.

Pero también hemos proclamado en el Evangelio (Lc. 15, 1-10) la valoración que Jesús hace de cada uno. Para Dios y para la Iglesia los hombres y mujeres no significan un “montón”, sino individualidades y personas valiosas en sí. Por eso el Pastor deja las noventa y nueve ovejas y busca una. Sale a buscarla. Por eso la dueña de casa barre la casa y busca la moneda hasta encontrarla, y ambos convocan y celebran llenos de alegría. El trabajo de “misión” es siempre impulso del Espíritu del Padre y del Hijo, es siempre envío pero muestra una forma de ser Iglesia. Para esta Iglesia, todo hombre y toda mujer son valiosos, son dignos de atención y cuidado. Para esta Iglesia la consigna es salir y buscar con cariño. Para esta Iglesia cada persona debe ser llevada con afecto y acogida con alegría. Para esta Iglesia, aún en los momentos más difíciles y oscuros, encontrar al hermano es motivo de festejo, celebración y alegría. Porque está movida por el Espíritu que une; el Espíritu que transforma lo árido en jardín; el Espíritu que inquieto e incansable busca; el Espíritu que es alegría y celebración.

Queridos hermanos y hermanas este Espíritu del Padre y de Jesucristo es quien nos ha convocado hoy, celebremos y vivamos la comunión, para luego ir enviados en búsqueda del que se ha extraviado y espera ser encontrado, amado, servido y transformado. Que María en su dulce advocación de Sumampa y Santiago Apóstol, que fueron fieles al Espíritu, nos acompañen e iluminen en esta Asamblea de la 10ma. Semana Diocesana de Pastoral. Amén.

**Mons. Gerardo Sueldo,**  
**SEGUNDO DÍA DE Xa. SEMANA DIOCESANA DE PASTORAL**  
**Noviembre 7 de 1997**

Queridos hermanos y hermanas:

Nosotros ofrenda al Padre Finalizamos esta segunda jornada de nuestra Asamblea Diocesana en la 10ma. Semana de Pastoral. La finalizamos rodeando la Mesa del Señor, la Mesa de la Eucaristía. Cansados, y seguramente con muchas preguntas y pocas respuestas, deseamos escuchar la Palabra de nuestro Dios. Deseamos también elevar por medio de Cristo, nuestro Hermano, y con la fuerza del Espíritu Santo, nuestra ofrenda. Ofrenda que no será otra cosa sino el mismo Cristo y nosotros unidos a Él por la fe y el sacramento. Nosotros mismos ofreciendo, por medio de Cristo, “un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesan su Nombre” (Hbr 13,15) para llegar a ser “una ofrenda agradable a Dios santificada por el Espíritu Santo” (Rom 15,16) como escuchábamos en la primera lectura.

Hoy las consignas trabajadas nos han llevado a enfrentar, desde la fe y desde la realidad, nuestra verdad de Iglesia diocesana. Verdad y realidad en nuestras Parroquias, verdad y realidad en la instancia de comunión y participación que son nuestros Decanatos. La fuerza y la verdad del Espíritu que guía a la Iglesia sin duda nos ha ayudado a leer con fe y amor el servicio evangelizador en Parroquias y Decanatos, pero también, por ese mismo Espíritu se habrán descubierto las falencias, lo débiles que somos, las grandes posibilidades y lo poco realizado, lo mucho que queda. Es decir, nuestra reflexión se habrá proyectado hacia el futuro, no sólo del año 2000 que está en la puerta, sino hacia el futuro propicio, hacia el “jubileo” que es un proyecto siempre por realizar y una meta siempre por alcanzar.

Cumplimiento del objetivo pastoral diocesano Sin duda, se reflexionó sobre las responsabilidades de cada uno en la Iglesia y frente al mundo, especialmente en la responsabilidad de una Iglesia frente a este mundo que es Santiago del Estero a cuyo pueblo se le prometió hace unos años “madurar una Iglesia comunitaria y misionera, pobre y solidaria, que se nutre de la Palabra de Dios y los Sacramentos para el servicio de los que tienen la vida y la fe amenazadas”. Hoy con el lema de esta 10ma. Semana: “con el impulso del Espíritu, Iglesia misionera por la dignidad y la justicia”, cada uno se habrá preguntado, y la pregunta es muy válida, ¿a qué altura de cumplir el objetivo estamos?. ¿Cuánto hemos transformado por la fuerza del Espíritu de Cristo?. ¿qué ha cambiado en Santiago del Estero desde hace diez años?, o al menos cuestionarnos ¿es verdad que nuestra diócesis santiagueña quiera cambiar y transformarse en “una ofrenda agradable a Dios santificada por el Espíritu Santo” (Rom 15,16) para servir a tantos hombres que tienen la vida y la fe amenazadas?. Estas son preguntas que golpean y seguramente no se contestan sólo con una Semana de Pastoral.

Responsabilidad pastoral En esta perspectiva de cuestionamiento seguramente muchos de Uds. habrán dirigido sus miradas, sus preguntas, sus inquietudes, y por qué no decirlo, sus críticas a sus Pastores, Obispo, Sacerdotes, Diáconos, o quienes colaboran con ellos más inmediatamente, Religiosos, Religiosas, Agentes laicos más comprometidos. No podemos evitar la responsabilidad apostólica y evangélica que hemos recibido del Señor. No podemos mirar hacia otro lado, menos “borrarnos” como se dice en argentino.

Memoria de los Pastores fallecidos En este mirar, hemos querido recordar a todos aquellos que desde el nacimiento de la actual diócesis de Santiago del Estero en 1907, nos han precedido como Obispos, Párrocos, simples Sacerdotes, Religiosos o Religiosas. Hemos querido recordarlos en la Eucaristía para rogar por ellos y para que ellos rueguen por nosotros junto a Dios. Han sido todos ellos, hombres y mujeres creyentes, con ordenación sacerdotal o sin ella, que han amado a este pueblo santiagueño, lo han servido dentro de sus limitaciones, y han enterrado su vida en este suelo. Ellos se merecen no sólo nuestro recuerdo y oración, sino especialmente nuestra acción de

gracias por el testimonio brindado.

Audacia y honestidad pastoral Así recordando a estos hermanos nuestros, Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, la Palabra de Dios que hemos proclamado nos debe resonar de otra forma para leer el pasado y enfrentar el futuro. Pablo recordará que ha escrito a los romanos con “cierta audacia” (15,15) por ser “ministro de Jesucristo... ejerciendo el oficio sagrado de anunciar la Buena Noticia... para conducir a los paganos a la obediencia, mediante la palabra y la acción... por la fuerza del Espíritu Santo” (Rom 15,118). ¡Qué consigna, queridos hermanos y hermanas, para cualquier evangelizador, pero principalmente para los Pastores: tener audacia, no porque uno se cree inteligente o importante líder de una comunidad, sino porque es ministro de Jesucristo!. Y por ser servidor de Jesucristo, servir a los hermanos invitándolos a la obediencia de la fe por la Palabra. No nuestra palabra de teólogos o eruditos, sino la Buena Noticia del Evangelio. No sólo un hermoso discurso sino llevar a la acción transformante que solamente es obra del Espíritu Santo. Cuántas acciones transformadoras habrán muerto por falta de audacia en la fe, ahogadas talvez en el cálculo humano.

Sagacidad en construir el futuro guiados por el Espíritu Santo O escuchando a Jesús en la desconcertante parábola del Evangelio (cf. Lc 16,8) descubrir en un mundo que hace alarde de la deshonestidad y de la corrupción que sin embargo para el creyente hay un mensaje: saber ser sagaz y previsor para construir el futuro. ¿Qué significa para la Iglesia en Santiago del Estero ser sagaz y previsor para el futuro?. Sin lugar a dudas la parábola nos indica que no lloremos ni nos quedemos en las equivocaciones del pasado, sino que preparemos el futuro. ¿Cómo preparar?. Jesús alabó al administrador que ayudó a otros que estaban en un mayor aprieto que él. Aquí no serán los que tienen la “fe y la vida amenazada”.

Rogando por los que nos han precedido en la evangelización pidamos al Señor que tenga misericordia de nosotros. Amén.-

**Mons. Gerardo Sueldo,**  
**TERCER DÍA DE LA Xa. SEMANA DIOCESANA DE PASTORAL**  
**Noviembre 8 de 1997**

Queridos hermanos y hermanas:

En esta tercera jornada de nuestra Asamblea Diocesana de la 10ma. Semana de Pastoral, celebramos a María, la Madre del Señor y la Madre de la Iglesia. No podría ser de otra manera. Reunidos como Iglesia diocesana no podemos dejar de mirar a Aquella que realiza y alcanza el ideal de Iglesia. La Mujer, hermana nuestra, perteneciente toda a la humanidad que libremente acepta ser la primera redimida, la primera transformada por la Pascua de Cristo y la acción del Espíritu Santo. Tampoco podríamos reflexionar y trabajar para transformar esta diócesis por la gracia del Espíritu sin mirar a María por la que el Espíritu ha hecho nacer a Cristo, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre. Ella tan querida y cercana en la piedad popular santiagueña, tan sencilla y pobre, revela constantemente lo que significa la humanidad tomada por el Espíritu de Dios. Ella presenta perfectamente los efectos de la acción de un Espíritu de “comunidad” y “misión”.

Escuchábamos en la primera lectura que María aparece “cuando se cumplió el tiempo establecido -en la plenitud de los tiempos-” (Gal 4,4), cuando Dios envió a su Hijo. Ella aparece en el “Hoy” que el mismo Jesús señala en la sinagoga de Nazareth: “Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír” (Lc 4,21). Ese “hoy” es el día jubilar, el tiempo jubilar cuando Dios libera y salva a los hombres de todas sus esclavitudes. Por eso María aparece como el primer grito de libertad que puede pronunciar la humanidad. Ella entrega al Hijo, “nacido de una mujer y sujeto a la Ley; para redimir a los que estaban sometidos a la Ley y hacernos hijos adoptivos” (Gal 4,4-5). “Y la prueba que somos hijos, es que Dios infundió en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo: ¡Abba!, es decir, ¡Padre!. Así, ya no eres más esclavo sino hijo, y por lo tanto, heredero por la gracia de Dios” (Gal 4,6-7). Esto, queridos hermanos y hermanas, es el contenido del “tiempo cumplido”, del “tiempo en plenitud”, del tiempo “jubilar de Dios”.

Para ello, nuestro Dios realiza, por obra del Espíritu Santo, el hecho de “comunidad” más asombrosa e impensable: unir su divinidad con lo humano. Y el punto de encuentro de la intimidad de Dios fue el lugar de la intimidad de la humanidad, el seno virgen de una mujer. Así la mujer María por su “sí” al Padre, y por la fuerza del Espíritu, sitúa y ubica entre los hombres al Hijo de Dios. Ella hace que Cristo sea nuestro hermano; Ella le da carne y sangre para liberar a los esclavos dándoles la posibilidad de gritar “Abba”, “Padre”. Ella introduce en nuestra pobre historia de hombres la Fuente de toda dignidad revelando hasta dónde puede llegar el desconcertante amor de un Dios que sale al encuentro de los hombres.

Así los cristianos no podemos imaginar otra dignidad que no surja de la “comunidad” con Dios. Pero esa comunidad con Dios que se hace carne no puede ser entendida sin su consecuencia, la “comunidad con todos los hombres, con todos los hermanos”. Jesús en el seno de María se convierte en el Hermano de todos los hombres, en todos los tiempos, y en todos los lugares, pero esto pasó a través del seno de María. Por eso el tiempo jubilar que nos hace gritar nuestra libertad, nos hará gritar también nuestra dignidad en la carne liberada por el Hijo de María y la obra del Espíritu.

Así podemos acercarnos al Evangelio que hemos proclamado, las Bodas de Caná. Según San Juan es la primera presentación de Jesús en público, y aquí el Evangelista hace gala de su sentido simbólico. Jesús el Hijo de María no podía presentarse sino en un contexto de alegría. Más es un contexto de comunidad, de alianza, de amor: un hombre y una mujer se casan. Pero junto a Jesús está María, más parecería que Jesús está por María (Jn 2,1). Y todo el relato tiene un único fin “así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él” (Jn 2,11). Otra vez María, como en segundo plano, produce el “encuentro”: Lleva a Jesús, lo provoca a presentarse e invita a la fe. Es la mujer

sagaz, la mujer previsor, la mujer realista: se da cuenta de la dificultad de los hombres, del peligro en que está la alegría, porque está cerca de la realidad, el vino se acaba; sabe leer la realidad: “No tienen vino” (Jn 2,3); sabe invitar la acción del Espíritu de Cristo: “Hagan lo que Él les diga” (Jn 2,5); y desafía a los discípulos.

¿No es acaso, hermanos y hermanas, el Espíritu que envía en misión el que obra?. La fiesta de los hombres es su dignidad y libertad recobradas por Cristo. Ellas siempre están en peligro. Para responder ¿no será necesario ser muy realistas y saber leer los acontecimientos?; ¿no será necesario invitar a Jesús?; ¿no será necesario provocar los signos que invitan a la fe, y que no son sino la actitud de servicio y amor?. María silenciosa y como en segundo plano se convierte en la protagonista de que Jesús anuncie en Caná de Galilea cómo será su “Hora”. La “Hora de la Pascua” donde el tiempo es cumplido totalmente y a cada hombre y mujer se le regala la posibilidad, por la fe, de transformarse y no ser más esclavo, sino heredero por la gracia de Dios.

Pidamos al Espíritu de comunión y misión que nos ayude siempre a descubrir a María, la Virgen Madre, su acción poderosa y nos lleve a ponerla en práctica: “Hagan lo que Él les diga” (Jn 2,5). Amén.



**Mons. Gerardo Sueldo,**  
**CLAUSURA DE LA Xa. SEMANA DIOCESANA DE PASTORAL**  
**Noviembre 9 de 1997**

Queridos hermanos y hermanas:

Después de tres días de trabajo intenso en la realización de esta Asamblea Diocesana con la que concluimos nuestra 10ma. Semana de Pastoral, los invito, ante todo, a dar gracias a Dios por esta nueva oportunidad que nos da en la construcción del Reino y en la consolidación de su Iglesia. Muchas gracias también a todos Uds. que con sacrificios pero con generosidad y entusiasmo han participado activamente en este nuevo paso que nuestra Iglesia en Santiago del Estero está dando en la preparación del Tercer Milenio de la fe que ya es inminente. Gracias a Uds. queridos Sacerdotes, Diáconos, Ministros instituidos, Religiosos, Religiosas, y Seminaristas por privilegiar, frente a otras urgencias, esta instancia de comunión y participación como ha sido esta Asamblea. Gracias a las Instituciones y Movimientos laicales por sus aportes como a los Organismos Diocesanos y Parroquiales aquí presentes. Por último un profundo agradecimiento al Consejo Diocesano de Pastoral y a cada uno de sus miembros y equipos internos que, con esfuerzo, paciencia y entrega han sabido organizarse para este servicio no fácil, y algunas veces no tan gratificante. El Reino de Dios y su Iglesia se construye así.

Y justamente hoy, en este domingo en el que por coincidencia del Calendario Litúrgico celebramos la Pascual semanal unida a la fiesta de la Dedicación de la Basílica del Salvador en San Juan de Letrán de Roma, la Iglesia nos invita a actualizar nuestra conciencia de Iglesia. Sabemos que la Basílica de Letrán es la Catedral del Obispo de Roma, la Catedral del Papa y por ello como lo tiene escrito en su fachada, es la "Madre y Cabeza de las Iglesias de la ciudad y del mundo". No por su edificio, sino por levantarse como signo y expresión de la comunidad universal de los creyentes. Signo de la Iglesia como ámbito de comunión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí; signo de unidad en la "caridad y el amor" como lo es el Papa, Sucesor de Pedro; signo de la catolicidad o universalidad de la Iglesia enviada por el mismo Señor Jesús a anunciar la Buena Noticia a toda las gentes (cf. Mt 28,19) uniéndolos en el Misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; signo de una Iglesia que día a día desea renovarse y renovar la sociedad y el mundo con la fuerza del Espíritu Santo. La Catedral de Roma, Sede del Papa, más que un edificio, como toda Catedral, también la nuestra, es la señal del servicio y mandato apostólico de anunciar incansablemente el Evangelio y no callar, de entregar generosamente la Vida de Dios en los sacramentos para transformar las personas, las sociedades y los pueblos, signo del llamado continuo que, Cristo Buen Pastor, hace a los hombres para que se reúnan y formando un solo rebaño renueven el mundo.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, la Palabra de Dios que hoy ilumina el domingo está tan cargada de esperanza y promesas. En el Evangelio de Juan (2,13-22) descubrimos a un Jesús, celoso de la Casa de su Padre, Casa que no es el templo de Jerusalén sino su propio Cuerpo resucitado. Allí en Cristo está el lugar del encuentro y unión de Dios con los Hombres y de los hombres con Dios, en el Cuerpo transformado de Jesús. Porque el lugar del encuentro no es un edificio frío sino el cálido y fraterno ámbito de la Comunidad, la Comunidad de la Iglesia formada por todos los que por la fe y el Bautismo nos hemos unido al Señor. Por eso San Pablo podrá recordarnos: "Uds. son el edificio de Dios (1 Cor 3,9), como proclamamos en la segunda lectura, y agregará: "El Fundamento ya está puesto y nadie puede poner otro, porque el Fundamento es Jesucristo" (1 Cor 3,11). Por eso la pregunta clave: "¿No saben que Uds. son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en Uds.?" (1 Cor 3,16). Éste es el templo que Jesús, nuestro Hermano y Señor, defiende con látigo y fuerza para que no sea prostituido por otros intereses que no sean el servicio a la dignidad y libertad de los hombres. Desde allí la profecía de Ezequiel leída en clave cristiana desborda de alegría y esperanza. Del nuevo templo, del templo fundado en el Señor Jesucristo resucitado, de la Comunidad de la Iglesia, surgirán las nuevas vertientes, las nuevas aguas que purificarán y sanearán toda corrupción, todo lo podrido del hombre y darán nueva vida, no cualquier vida, sino vida en abundancia, vida desbordante como sólo puede surgir de la generosidad de Dios y la fecundidad del Espíritu Santo (cf. Ez 47,1-12).

Al regresar, hermanos y hermanas a nuestras Comunidades, y después de haber experimentado la vida de Iglesia que reflexiona y busca, como lo hemos hecho en estos días, lleven por sobre todo una clara consigna: la Iglesia es el pueblo vivo de Cristo, es su Cuerpo, está cimentada y afirmada sobre Él, nada la quebrará porque el Espíritu Santo de Cristo la conduce, la guía y acompaña, la defiende y fortifica. Esta Iglesia de Dios Padre, fundada en Cristo y conducida por el Espíritu se hace visible sobre el Colegio de los Apóstoles, a Pablo lo escuchábamos hoy: “Según la gracia que Dios me ha dado, yo puse los cimientos como lo hace un buen arquitecto, y otro edifica encima” (1 Cor 3,10). Este es el misterio del servicio apostólico que realizamos los Obispos desde nuestra cátedra eclesial. Y este servicio es garantía de fidelidad en la construcción del Reino.

Por eso aquí en Santiago del Estero trabajando en el Gran Jubileo hagamos sentir que nuestra Iglesia es servidora para que cada hombre y mujer alcance la dignidad de hijo de Dios y el derecho en justicia de su libertad con todo lo que ello incluye y que estos días hemos señalado. No tengan miedo, sean una Iglesia como las aguas vivas, que produce y defiende la vida. No tengan miedo en señalar lo corrupto y podrido de nuestra sociedad y tengan la valentía, por la fuerza del Espíritu Santo, en transformarlo en sano y transparente. No tengan miedo a organizarse internamente en Parroquias, Decanatos y Comunidades. No le tengan miedo al mundo, Cristo el Fundamento de la Iglesia pudo proclamar por la fuerza del Espíritu: “tengan valor: yo he vencido al mundo” (Jn 16,33).

Glorificando a Dios, nuestro Padre que nos ha permitido celebrar esta 10ma. Semana Diocesana de Pastoral, firmes en Cristo, nuestro Hermano y Señor, y con la fuerza del Espíritu, marchemos de la mano con María, la Consolación de Sumampa y Santiago el Apóstol hacia el Tercer Milenio de la fe. Amén.

## **SALUDO DE NAVIDAD DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, Mons. Gerardo Sueldo - 25 de diciembre de 1997**

Queridos hermanos y hermanas:

Tengan Uds. una feliz y santa Navidad, y con la Palabra de Dios que hemos proclamado, les anuncio lleno de alegría y esperanza: “la gracia de Dios que es fuente de salvación para todos los hombres, se ha manifestado” (Tit 2,11). “Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado” (Is 9,5). “Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor” (Lc 1,11).

Por eso, feliz y santa Navidad para Uds. hermanos y hermanas aquí presentes en la Catedral Basílica, para todas sus familias y para todos los hombres y mujeres de fe y buena voluntad que habitan esta provincia. Feliz y santa Navidad a los queridos sacerdotes, diáconos permanentes y ministros instituidos. Para todos los consagrados, religiosas y religiosos que generosamente sirven en esta diócesis, a los queridos seminaristas y a los laicos que desde instituciones y movimientos más comprometidos promueven la evangelización. Feliz y santa Navidad a tantos que trabajan en los organismos diocesanos y parroquiales a través de la catequesis, la liturgia, la caridad, la educación, el servicio social, la promoción de la justicia y derechos humanos, y tantos otros apostolados que lleva adelante la Iglesia diocesana, especialmente en las pequeñas comunidades.

Feliz y santa Navidad, también para todas las Iglesias y Confesiones religiosas que sin ser católicos creen y celebran a Jesucristo como verdadero Hijo de Dios y verdadero Hombre, nacido para nuestra salvación.

La alegría y esperanza de esta Navidad nos encuentra cada vez más cerca del Gran Jubileo del Año 2000, y también avanzando más en el camino preparatorio que la Iglesia, a través del Santo Padre, Juan Pablo II, ha querido proponer como tiempo de profundización en el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, la salvación del hombre y la transformación de la sociedad. En este segundo año de preparación para este acontecimiento de nuestra fe queremos centrar nuestra celebración, nuestra oración y nuestra reflexión, no sólo en Cristo, Señor y Salvador, sino también en el gran regalo de Cristo al creyente y por medio de Él al mundo, que es el Espíritu Santo. El Espíritu del Padre y del Hijo “es, en el Misterio absoluto de Dios uno y trino, la Persona-Amor, el don increado, fuente eterna de todo don que proviene de Dios en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto modo, el sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia. El Misterio de la Encarnación constituye el culmen de este don y de esta autocomunicación divina” (TMA, 44). Por eso al celebrar Navidad no podemos sino celebrar el amor de Dios que se nos regala en la carne del Niño que nace de María Virgen y que es obra del Espíritu Santo. Es el Espíritu por el cual el proyecto transformador y redentor del Padre que realizará Jesucristo puede concretarse. Por eso el Espíritu Santo será siempre potencia transformadora como lo canta la Iglesia desde antiguo: “Ven Espíritu Divino, / riega la tierra en sequía, / sana el corazón enfermo, / lava las manchas, / infunde calor de vida en el hielo, / doma el espíritu indómito, / guía al que tuerce el sendero” (Sec. Pent.).

Es también el Espíritu de “comunidad” que no sólo une la intimidad de las Personas Divinas en el Misterio de Dios, sino que realiza la máxima, la única gran unión en plenitud, la unión de lo divino y lo humano en Jesucristo de Nazareth. Y desde allí será siempre el Espíritu del Padre y de Cristo que producirá la unión entre Dios y los hombres, y entre los mismos hombres. Por eso, enviado por el Padre y el Hijo será el Espíritu del continuo impulso de transformación y comunión. Es el Espíritu que nos ayuda a encontrar a Cristo que viene siempre a nosotros, como vino en Navidad, para que nosotros vivamos también en comunión con Dios y con lo que nos rodea. Este fue el planteo de los Obispos en el Iº Sínodo de América que acaba de finalizar el 12 de diciembre. ¿Dónde encontrar a Cristo que llega hacia nosotros? y la respuesta en el Mensaje último del Sínodo fue tan simple como evangélica: “Lo encontraremos morando en nosotros mismos si abrimos nuestros corazones al desafío de su amor (cf. Jn 14,23). Lo podemos encontrar en nuestro prójimo, especialmente en el pobre y el hambriento y todos aquellos que padecen

necesidad (cf. Mt. 25,40). Nos podemos encontrar personalmente con Él cada vez que dos o tres estén reunidos en su nombre (cf. Mt 18,20). Lo podemos descubrir en su Palabra (cf. Jn 1,1) y en las maravillas de su creación (cf. Rom. 1,20). Nos encontramos con Él en los sacramentos, en modo especial en el sacramento de su misericordia, el sacramento de la Reconciliación (cf. Jn 20,21-23). Nos encontramos con Él de modo perfecto en la Eucaristía en la que quiere alimentar nuestros corazones hambrientos con su propio cuerpo y Sangre (cf. Jn 6,51 ss). En una palabra, Jesús quiere estar siempre presente con nosotros” (n. 36). Este es el Jesús que nace por obra del Espíritu Santo desde el seno de la Virgen María.

Este Espíritu de Dios que llega con Cristo al mundo para transformarlo y para invitar a la comunión entre las personas ayudará al creyente a liberarse de la fuerza negativa del pecado y sus consecuencias, para abrirse a Dios y a los hermanos, orientando su vida según el criterio cristiano del amor y de la libertad. El cristiano está llamado a la libertad (cf. Gal 5,13) y puede permanecer en esta gloriosa condición de ser hijo libre de Dios gracias a la intervención del Espíritu, garantía y principio activo de la libertad. Así se comprende la invitación del Apóstol Pablo “caminar según el Espíritu”, “dejarse guiar por el Espíritu”. Por eso el hombre lleno del Espíritu de Dios es el hombre libre, libre ante Dios mismo que lo respeta y libre ante los demás. El Misterio de Navidad nos hace celebrar ese misterio de libertad: Dios que libremente viene en búsqueda del hombre y el hombre que libremente se deja encontrar por Dios. Por eso el anuncio gozoso del Ángel: “No teman, porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy les ha nacido un Salvador” (Lc 1,10-11). Es una invitación, nadie está obligado. Y el Salvador que se anuncia no hace ninguna presión, es un pequeño Niño, nacido en un corral, de padres pobres, un Niño que llora en brazos de su madre. Así llega la invitación de Dios por la acción del Espíritu Santo de la libertad.

Queridos hermanos y hermanas, muchas veces nos podemos preguntar qué significa que el cristiano viva una “espiritualidad”, qué significa la vida “espiritual” de la Iglesia, qué significa que a los pastores de la Iglesia se les exija hacer una pastoral “espiritual”. Aquí está la respuesta siempre clara, pero no siempre entendida por quienes desean hacer de la fe cristiana un instrumento de uso y abuso, y nó un camino de crecimiento y liberación. Este año dedicado a celebrar el Misterio del Espíritu del Padre y de Cristo en nuestras vidas nos dará respuestas. Ante todo, el servicio “espiritual” de la Iglesia es como el servicio de Cristo: entregar el Espíritu de transformación, comunión y libertad. Por eso el trabajo pastoral de la Iglesia nunca podrá ser una huida de las realidades del mundo, al contrario, como lo hizo Cristo con la fuerza del Espíritu desde el primer momento, será enfrentarse con esas realidades para iluminarlas con la luz del Espíritu y como clama el Himno litúrgico de Pentecostés pedirle: “Entra hasta el fondo del alma, / mira el vacío del hombre, / mira el poder del pecado / cuando no envías tu aliento”. Hacer un servicio desde el Espíritu del Padre y del Hijo, será como lo hizo Jesús, promover la transformación, el cambio y la renovación del hombre y de la sociedad, trabajar por la comunión entre los hombres y las sociedades sobre la base del respeto, la justicia y la dignidad de cada uno, luchar sin descanso por la libertad de las personas y de los pueblos. Los Obispos del Sínodo de América señalan tajantemente esta misión de los pastores al decir: “Debemos llevar a cabo la llamada a la conversión, a un cambio de vida, a un comenzar de nuevo en gracia. Este cambio de corazón no sólo toca nuestras vidas individuales, sino que desafía a nuestra sociedad, a la Iglesia misma, a nosotros como Pastores, y al mundo entero, a dejar atrás sus cautelosos y dubitativos pasos para correr con gozo junto a Jesús hacia la Vida eterna. Esta conversión ha de tocar las vidas de los ricos y de los pobres, de los poderosos y de los débiles. Ha de recordar a los políticos su responsabilidad de promover el bien común y desafiar a los economistas a buscar caminos para resolver desigualdades materiales de nuestra sociedad”. (n. 37).

La presencia del Espíritu de Dios que forjó la Encarnación y Nacimiento de Jesús, queridos hermanos y hermanas, nos desafía hoy, tal vez más que nunca, a mirar esta Patria en que vivimos y este Santiago del Estero que padecemos. El año que se cierra, si no fuéramos cristianos, deberíamos decir que fue sin esperanzas. Lo inauguramos con un atroz asesinato todavía no aclarado. Recibimos como una metralla, día tras día, los escándalos de corrupción, oficial y privada, todavía impunes. Sin defensa vemos el espiral de violencia que crece, pareciera sin límites. En la Provincia, con la pasividad tradicional y la resignación propia de una cultura de miedo y sometimiento somos testigos de los manejos impunes y descarados del poder. Manejos que a quienes creemos todavía en la verdad, la honestidad, el respeto y la justicia nos dejan atónitos con sólo pensar que puedan existir. Así podemos hacer una

triste galería de espionaje organizado a través del sistema de ramas partidarias extendidas como nuevas mafias; de elecciones ganadas a costa de cualquier medio de presión, hasta el más deshonesto, de amenazar la fuente de trabajo, que es fuente de vida; de avaricia descontrolada por el dinero como el pago exigido, gracias a una justicia complaciente, por la quema de casas el 16 de diciembre de 1993; y como coronación del año, dejando de lado los abusos, apremios y homicidios de la policía, la reforma constitucional, donde según el testimonio de quienes se informaron de alguna forma, saldrá una Constitución Provincial hecha a medida, no del pueblo o del bien común, sino centralizadora del poder ejecutivo, reñida con la participación y avasalladora de las autonomías municipales que son base de todo sistema federalista, en resumen, una Constitución más fascista que democrática, con el agravante para nosotros los cristianos, que se introduce la enseñanza religiosa, no porque el pueblo santiaguense lo haya pedido conforme a su profunda identidad de fe, que es auténtica, sino por el pedido “piadoso” de quienes piensan que la religión también es un medio apto para domesticar a la sociedad.

Hermanos y hermanas, con esto que recuerdo, no quiero ennegrecer la luminosidad esperanzadora de esta santa Navidad. Lo que quiero es decirles a Uds., como a hermanos y hermanas, simplemente: ¡miren un poco!, ¡miren con fe!, ¡miren desde el Espíritu Santo que hemos recibido por la fe y el Bautismo!, y al celebrar el nacimiento del Salvador recordando las palabras de Isaías: “el pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz; sobre los que habitaban en el país de la oscuridad ha brillado una luz... Porque el yugo que pesaba sobre él, la barra sobre su espalda y el palo del carcelero, todo ha sido destrozado... Porque un Niño nos ha nacido...” (9,5), nos preguntemos dónde están los cristianos. Nos preguntemos, dónde está el Espíritu Santo que hemos recibido como don. Nos preguntemos ¿habrá algo que transformar en Santiago, o es la mejor provincia del país porque el oficialismo gana siempre?. ¿Habrá que sentirse en comunión con Dios y con los hermanos para renovarnos y renovar la sociedad, o nuestra fe sirve como hermoso sedante para tranquilizar, adormecer y justificar?. ¿Dónde estará el Espíritu de libertad y dignidad que se nos ha dado?. Lo único que quisiera decirles como Obispo, es que al recordar esto, estoy cumpliendo con mi deber pastoral de promover “lo espiritual”. Nada más.

En esta Navidad de esperanza, de renovación y comunión con Dios y nuestros hermanos a través del Hijo de Dios hecho Hombre, gozamos por la presencia del Espíritu en nosotros. No enjaulemos el Espíritu, Él es el gran Don del Padre y de Cristo para renovar a los hombres y toda la faz de la tierra. Para todos nuevamente una feliz y santa Navidad del Señor Jesús. Amén.

## **MISA DEL PRIMER ANIVERSARIO DEL ASESINATO DEL PERIODISTA JOSÉ LUIS CABEZAS Santiago del Estero, 23/01/98**

Queridos hermanos y hermanas periodistas y representantes de los Medios de Comunicación de Santiago del Estero y del Círculo de la Prensa.

Hermanos y hermanas todos presentes en esta Catedral Basílica:

Qué nos pasa? Nos hemos reunido hoy aquí convocados por nuestra fe, pero también por un dolor común que con el correr de un año ya no es sólo el dolor de la familia de quienes trabajan en los medios de comunicación social, sino de todo argentino que con sensibilidad y responsabilidad vive en este país y mira al futuro. Sería un tremendo error querer encasillar hoy el asesinato del periodista José Luis Cabezas, como algo aislado o que sólo afecta a un sector de la sociedad. Como sería erróneo, a esta altura del tiempo, decir que el caso de María Soledad Morales, o los asesinatos de Cipolletti, los atentados a la Embajada de Israel y a la AMIA y otros muchos que podríamos recordar, son hechos que no nos tocan porque estemos lejos, porque pasó el tiempo, o porque no conviene meterse. Todo esto sin lugar a dudas nos están señalando, o mejor dicho, gritando, un síntoma de nuestra sociedad. Un síntoma muy grave por el tiempo transcurrido y que podríamos definirlo como hechos perpetrados no simplemente contra personas individuales o un sector, sino contra toda la comunidad argentina. Hechos con características aberrantes para el hombre normal pero que contiene un mensaje para infundir miedo. Hechos que hasta ahora gozan de total impunidad. Hechos que desnudan, no sólo fuerzas del orden incapaces de investigar, sino sospechadas de realizar y encubrir. Hechos que nos muestran un justicia incapaz de crear, al menos una imagen de seguridad, pero sí muchas dudas y sospechas de incapacidad, o peor de complicidad. Aquí es donde nos podemos preguntar: ¿qué nos pasa?, ¿esto es nuevo o sólo aparece lo que siempre ha estado en la sociedad argentina?, es decir, la incapacidad de resolver problemas fundamentales, o de asumir como comunidad algo que nos toca a fondo. No soy yo quien tiene que dar las respuestas, ni sólo la Iglesia. Pero sí podemos decir que como hombres y mujeres de fe, no podemos ni pensar, menos decir que en esto no tenemos nada que ver. Por eso esta celebración en la fe es tan importante. Los cristianos tenemos que asumir las realidades aún las más duras; los cristianos debemos sentirnos involucrados, aún estando lejos del lugar de los hechos; los cristianos debemos leer desde la fe y presentar nuestro diagnóstico frente a los dolorosos síntomas de esta sociedad. No sólo lamentarnos, sino preguntar qué pasa, por qué pasa, en qué fallamos los cristianos, y qué podemos hacer. Rendir memoria hoy a José Luis Cabezas y a tantos otros sin tomar un compromiso y estrategia de acción transformadora sería un hipocresía imperdonable.

La Palabra de Dios en la historia La Palabra de Dios que acabamos de proclamar nos presenta dos momentos que marcan una constante en la pedagogía de Dios para con nosotros y que son normas para nuestra fe. En el primer texto leído se nos presenta una realidad trágica de enemistad: Saúl, el primer rey de Israel, ya fracasado su gobierno, pero deseoso de venganza y persecución frente a David futuro rey, y por eso peligroso. Una realidad temporal, un momento histórico en la vida y crecimiento del pueblo de Israel, pero que leído por el autor sagrado desde la fe, se convierte en un mensaje de Dios: no hay situación por más difícil y peligrosa que sea que no se pueda superar, lo que se necesita es sensibilidad humana, firmeza frente a la verdad y respeto por todo hombre que en sí lleva la marca de la dignidad divina. Por eso David no mató a Saúl y respetando su vida, engrandeció su nombre y el respeto ante quien sería luego su pueblo. En cada circunstancia Dios nos desafía a mostrar el valor de la verdad, la dignidad, la libertad y el respeto. Pero todo esto no es algo caído del cielo, es algo que se debe conquistar, como conquistó David la veneración de su pueblo por su acción respetuosa frente al enemigo.

Llamados para transformar Y en el Evangelio Jesús que llama y elige a quienes llevarán su mensaje de salvación, su mensaje transformador. No sólo los llama y les da el privilegio de ser sus amigos cercanos, sino que los envía "a predicar con el poder de expulsar a los demonios" (Mc. 3,14-15). Esto es, los llamados deben anunciar

una palabra, que es la de Cristo, pero al mismo tiempo, con esa palabra deben transformar hasta lo que parecería imposible, el autor del Evangelio dice, "expulsar el espíritu del mal". Aquí aparece otra constante de la pedagogía de Dios. Él llama al hombre y a la mujer por la fe. Pero la fe no es un adorno, la fe es una tarea. Nadie es elegido para ser un privilegiado. Se es elegido para realizar con la Palabra de Cristo y el poder de su envío, el Espíritu Santo, la gran transformación del mundo. Esa es la tarea del cristiano.

Aceptar el desafío Uds. queridos hermanos y hermanas periodistas, hoy son quienes más tienen la palabra, escrita, dicha y en imágenes. Uds. hoy tienen una realidad dolorosa de sociedad, y por la facilidad de llegar a ella, no sólo informan, sino que también forman. Hoy recuerden a uno de sus compañeros asesinado bárbaramente, hasta ahora no saben ni el "por qué", ni "quienes", ni "para qué". Es decir, tienen una realidad que los desafía. Acepten el desafío como lo aceptó David, desde la fe y con dignidad, y por sobre todo, acéptenlo para cambiarlo. Cuando Dios nos pone ante situaciones serias nos está llamando a ser sus amigos constructores de una nueva época por la palabra y la capacidad transformadora de la fe. Nada es imposible para el que cree. El Papa Juan Pablo II nos está dando ese mensaje desde Cuba, a pesar de su enfermedad y ancianidad.

Pidiendo a Dios conceda el feliz descanso a José Luis Cabezas y agradeciéndole a él lo que como mensaje nos deja, miremos con decisión de cambio esta Argentina de hoy y este Santiago del Estero, tan cercano y doloroso que tenemos entre nosotros. Amén.

## **APERTURA DEL XIII SEMINARIO DE FORMACIÓN TEOLÓGICA**

### **Universidad Católica de Santiago del Estero 08/febrero/1998**

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Con profundo agradecimiento al Señor que nos ha convocado en su Espíritu para realizar este XIII Seminario de Formación Teológica, quiero expresarles a todos Uds. la enorme alegría de poder recibirlos aquí en Santiago del Estero, "Madre de ciudades", y poder darles la bienvenida a esta tierra y comunidad cristiana tan probada y golpeada por diversas circunstancias, pero al mismo tiempo tan llena de esperanza. Sean bienvenidos los Miembros de la Coordinación Nacional de estos Seminarios; bienvenidos todos y cada uno de los participantes que de diversas Iglesias diocesanas, Parroquias y Comunidades del país han venido aquí deseosos de colaborar y comprometerse más en el crecimiento del Reino de Dios en nuestra patria y en el mundo; muy bienvenidos los hermanos y hermanas de otras confesiones religiosas cristianas que enriquecen desde sus tradiciones y vigorizan el camino ecuménico de la única Iglesia de Cristo; bienvenidos mis queridos hermanos y hermanas de esta diócesis de Santiago del Estero, y gracias por haber abierto nuevamente las puertas de sus casas y familias para quienes han llegado como huéspedes en nombre del Señor; bienvenidos mis queridos hermanos Obispos, ya presentes aquí o que llegarán estos próximos días para acompañar este acontecimiento. Lo mismo saludo fraternalmente a los sacerdotes, religiosos, religiosas, diáconos permanentes, ministros instituidos y seminaristas. A todos con profunda fe repito lo que proclamábamos en el texto del Profeta Ezequiel: "Así habla Dios: Yo voy a hacer que un espíritu penetre en Uds., y vivirán... Así sabrán que Yo soy el Señor" (37, 6). Quiera el Señor Jesús Resucitado regalarnos el don de su Espíritu para que nos ilumine, nos guíe y sostenga con fuerza en este Seminario que ahora iniciamos.

Este Espíritu Santo a quien particularmente celebramos en este segundo año de preparación para el Gran Jubileo del Año 2000 y que procediendo del Padre y del Hijo es, "en el misterio absoluto de Dios uno y trino, la Persona-Amor, el Don increado, Fuente eterna de todo don que proviene de Dios..." (TMA, 44), será el centro de nuestras reflexiones y trabajos en estos días, ya que se quiere trabajar con el tema: "Espíritu, Reino y opción por los pobres". Este Espíritu -dice el Papa Juan Pablo II- "es también para nuestra época el Agente principal de la Nueva Evangelización. Será por tanto importante descubrir al Espíritu como Aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos" (TMA, 45). Es el Espíritu de la esperanza, actitud fundamental que "mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios" (TMA, 46).

Esta presencia del Espíritu de Dios que siendo Don divino regalado por medio de Cristo, da vida y renueva, es fuerza y reúne lo disperso, hace experimentar el amor del mismo Dios y construye el Reino, convierte y transforma las personas y la sociedad haciéndolas madurar en la libertad y dignidad de los hijos de Dios, llega como una nueva invitación y desafío para nuestra fe de cristianos. Es sin dudas el Dios de la Alianza que, como en el texto escuchado del Profeta Ezequiel, nos invita y desafía a hacer realidad la transformación del mundo y de la historia que Él nos dio por medio de Jesucristo. Es el Dios de la Alianza, nueva y eterna, que nos invita a mirar con esperanza y sin hipocresías la realidad que nos rodea para dar nuevo sentido y entusiasmo al vivir de cada día. Y es el Dios de la Alianza que nos recordará, por su Espíritu, que todo es posible con Él y que siempre habrá necesidad de renovar, de cambiar y caminar hacia adelante evitando todo estancamiento cómodo.

El mismo Jesús, en el Evangelio que hemos proclamado nos muestra el camino, la pedagogía de Dios. Primero estar presente, "Él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret" (Lc 5,1). Luego anunciar la Buena Noticia, "la multitud se amontonaba para escuchar la Palabra de Dios... Jesús subió a una de las barcas, que era de Simón Pedro... se sentó y enseñaba a la multitud desde la barca" (Lc 5, 1-3). Después desafió, "navega mar adentro y echen las



redes... y Simón le respondió... hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si Tú lo dices, echaré las redes” (Lc 5, 4-5). Finalmente la conversión y el cambio: “Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador... Pero Jesús dijo a Simón: No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres... Ellos abandonándolo todo, lo siguieron (Lc 5, 10-11). Queridos hermanos y hermanas, qué invitación y desafío del Señor en este fin de siglo para todos nosotros, hombres y mujeres de fe. Qué ocasión propicia para trabajar con el don del Espíritu Santo. Nuestra patria y nuestra sociedad claman para que hagamos presente al único Señor y Salvador, Jesucristo; claman por una Buena Noticia, por una palabra y mensaje de esperanza; claman para que la desafíemos a creer que podemos transformar la realidad mezquina e injusta que nos rodea. Debe haber peces para todos, debe haber oportunidades, debe haber trabajo no frustrado, debe haber comida, debe haber derechos no negados, debe haber verdad, servicio, honestidad, debe surgir la audacia de buscar todo ello, no importa la noche fracasada, cada mañana, cada día, con el Señor se puede encontrar. El riesgo será siempre el mismo, sacarnos la máscara, dejar el disfraz, abandonar la sociedad de apariencias y gritar, “soy un pecador”, o con otras palabras, soy pobre, limitado, y lo peor, lleno de miedo. Entonces el camino está abierto, “no tengan miedo”, adelante, dejen aún lo poco, las barcas que tienen. Si queremos construir el Reino con la fuerza del Espíritu de Cristo, la opción de la pobreza será siempre el reto que nos posibilite ver al Señor presente, escuchar la realidad desde la fe, desafiar al cambio y comprometernos en el seguimiento de Cristo y el acompañamiento de su pueblo. Los mismos Obispos americanos al final del I. Sínodo de América en su mensaje nos decían: “Este cambio de corazón no sólo toca nuestras vidas individuales, sino que desafía a nuestra sociedad, a la Iglesia misma, a nosotros como Pastores, y al mundo entero, a dejar atrás sus cautelosos y dubitativos pasos para correr con gozo junto a Jesús hacia la Vida eterna. Esta conversión ha de tocar las vidas de los ricos y de los pobres, de los poderosos y de los débiles. Ha de recordar a los políticos su responsabilidad de promover el bien común y desafiar a los economistas a buscar caminos para resolver las desigualdades materiales de nuestra sociedad” (37).

Aquí y ahora en Santiago del Estero encontrarán, hermanos y hermanas llegados desde afuera, una Iglesia diocesana que desea ardientemente tomar en serio la presencia y el don del Espíritu que entregado por Cristo, el Señor, nos revela el amoroso proyecto de Dios Padre. Por eso trabaja desde hace varios años en el objetivo pastoral de “madurar una Iglesia comunitaria y misionera, pobre y solidaria, que se nutre de la Palabra de Dios y los Sacramentos para servicio de los que tienen la vida y la fe amenazadas”. Este objetivo no es fácil alcanzarlo y eso lo testimonian los pasos lentos y la dificultad en los logros. Por eso es una Iglesia que camina en la esperanza. Esperanza de que los corazones se abran a la transformación propuesta por el Espíritu del Señor; esperanza de que los cristianos tomen en serio la transformación de la sociedad que los rodea; esperanza que al menos dentro de la Iglesia diocesana no se viva en el miedo, en la dependencia y en la obsecuencia a los poderes sociales, políticos y culturales que han llevado a esta provincia a la situación de retroceso y estancamiento en que se encuentra; esperanza de que algún día surja una justicia no sometida y una claridad en no confundir el partido político con la provincia, por más mayoritario que sea, menos hacer de la provincia un feudo y adecuar para ello la Constitución, como ahora lo estamos viviendo. Todo esto es esperanza fundada en la fidelidad de Dios que por medio de su Hijo Jesucristo nos alienta para caminar sostenidos por el Espíritu Santo. Desde esta perspectiva alentadora por la presencia de hombres y mujeres de fe, valientes y no negociables, la Diócesis trabaja preparando los dos mil años del nacimiento del Salvador con una misión que tiene por lema: “Jesucristo, Fuente de dignidad y justicia”.

Queridos hermanos y hermanas, es este Santiago del Estero que los recibe. La presencia de Uds. nos anima y mucho más el testimonio de fe, esperanza y amor que Uds. nos puedan dejar. Esto último mucho más que las palabras. Ruego a Dios que estos días sean de profunda fraternidad. Días de encuentro entre hermanos que tienen diversos servicios en la construcción del Reino; días de fuerte presencia del Señor Jesús y de su Espíritu; días de fe y amor a sus respectivas Iglesias, y por sobre todo de solidaridad cristiana a los más pequeños y marginados de la sociedad. Que María en su título de Consolación de Sumampa y Santiago Apóstol, Patronos de Santiago, quieran rogar y acompañarnos a todos en este Seminario. Amén.

## **SALUDO PASCUAL DEL OBISPO DIOCESANO DE SANTIAGO DEL ESTERO, Mons. Gerardo Sueldo - 12 de abril de 1998**

Queridos hermanos y hermanas:

El gran Anuncio Acabamos de proclamar el gran anuncio de nuestra fe, el centro del Misterio cristiano, punto culminante de la venida de Cristo, el Señor, y de la vida de la Iglesia: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?. No está aquí, ha resucitado”(Lc 24, 5-6). Esta buena nueva, desconocida y asombrosa que reciben las mujeres ante el sepulcro vacío en la madrugada de Pascua, es la gran noticia de todos los tiempos. La Vida ha triunfado sobre la muerte, la Libertad sobre el sometimiento, la Verdad sobre la mentira y la apariencia, la Transformación sobre lo viejo y caduco. Cristo, el Señor Resucitado, realiza la Pascua total. Esa Pascua anunciada y prefigurada a lo largo de toda la Historia de la salvación; a lo largo de todo el camino recorrido por Dios y su pueblo en la Antigua Alianza. Esa Pascua hoy es realidad y cumplimiento total.

Feliz Pascua Por eso anunciar la Pascua de Jesús es anunciar la vida, es anunciar la libertad, es anunciar la verdad, es anunciar la transformación que Él nos ofrece. Por eso también, queridos hermanos y hermanas, desearles a todos Uds. hoy un feliz y santa Pascua, es desearles la vida, la libertad, la verdad, y la transformación regaladas por Dios a través de Cristo, muerto y resucitado, por la fuerza del Espíritu Santo. Y esto, como nunca les deseo de todo corazón. Porque también es verdad, que como nunca me es tan difícil decir en Santiago del Estero, “feliz y santa Pascua”, sin que suene como algo hueco y protocolar, sin que suene a falso. Porque siento que es mentira que en nuestro momento histórico todos los santiagueños estén celebrando la vida, la libertad, la verdad y el anhelo de cambiar. Siento que esas realidades de Cristo Resucitado están lejos, peor aún, están en retroceso.

Desafío pascual 3 Pero quedarnos en el momento histórico sería traicionar nuevamente a Cristo, sería negar nuestra fe, sería apostatar de nuestra Iglesia. Porque un momento histórico en la vida de los creyentes será siempre un desafío que les haga crecer en esperanza y los proyecte hacia adelante, hacia el futuro. Ninguna religión como la fe cristiana tiene tan fuertemente marcada su meta en lo por venir. Por eso también ninguna tiene una fuerza tan grande centrada en el cambio y la renovación. Así lo proclama San Pablo hoy: “¿No saben Uds. que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte?... para que así como Cristo resucitó para la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva. Nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Él...” (Rom 6, 3-6). “Despójense de la vieja levadura, para ser nueva masa... y celebremos nuestra Pascua, no con la vieja levadura de la malicia y la perversidad, sino con los panes sin levadura de la pureza y la verdad” (1 Cor 5,7-8).

La vieja levadura Esa vieja levadura de la malicia y la perversidad, sobre la que advierte San Pablo, es la que hace hombre y mujeres viejos y caducos, y estos producen sociedades y pueblos viejos y caducos; pueblos y sociedades que en lugar de caminar hacia adelante como es la perspectiva cristiana, se estanca, o retroceden en el tiempo porque que se han estancado o retrocedido en el espíritu. No hay que investigar demasiado en esta provincia para descubrir su drama de estancamiento y retroceso. Basta con mirar estadísticas oficiales o analizar sus instituciones; mucho más si queremos ser benignamente críticos con algunos dirigentes sociales, políticos, educativos, gremiales y económicos. Tan lejos de la luz de la vida de la Pascua con su verdad transparente, con su deseo de madurar en libertad, con sus ansias de renovación y cambio. El marco histórico cultural de sello caudillesco y feudal no sólo permanece, sino que se lo profundiza en una clara relación de amos y vasallos. Así es la terminología palaciega de Santiago del Estero “caer bien”, o “caer en desgracia”. No se trata de superar en capacidad, sino de superarse en obsecuencia. La realidad de la intriga y la denuncia de aquellos que no son buenos súbditos, o están en el bando contrario, es lo normal. El reparto entre los vasallos más fieles y manejables hace parecer que la provincia, como las antiguas encomiendas del rey, se repartirá económicamente entre tres o cuatro.

Estancamiento Este doloroso estancamiento feudal que parece haber existido siempre de hecho, se ha convertido ahora en legal, es decir, en un feudo constitucional con la nueva Constitución de la provincia modelada sobre una concepción vieja, centralista, discriminatoria, e intolerante de gobierno. Así nos han regalado una Constitución inaceptable desde su inicio y mucho más en su elaboración y futura aplicación. Con mentalidad feudal se

impone la dictadura de la mayoría como si eso fuera democracia. Una mayoría, sabemos, siempre será una parcialidad, y ninguna parcialidad, menos ningún partido, a no ser que sea tiránico, puede dictar solo la ley fundamental de un pueblo. Porque una parcialidad nunca es el pueblo, sino sólo eso, una parte. Ni aún el gobierno federal argentino, tan centralista en todo, se animó a hacer una reforma con sólo una mayoría. Pero aquí en Santiago del Estero eso es posible. ¿Qué hay de la verdad y la libertad de la Pascua en esto?. Y ¿que decimos los cristianos a esto?. Con ese marco legal manejado por los amos, ¿cuál será la seguridad jurídica de la provincia?. Por supuesto, lo que antes era anécdota ahora es norma: Justicia dependiente del poder central y policía represora ante todo reclamo. Es curioso que en Santiago del Estero, como en el paraíso, todo está bien, nadie protesta por nada... Y si alguien soñara con reclamar que lo cuenten algunos intendentes, que lo cuenten los periodistas amenazados y golpeados, que lo digan las víctimas del así llamado gatillo fácil. En este marco institucional funciona el partido oficial con sus ramas, como un pulpo en su ambiente, consolidando y fomentando el miedo de no caer bien ante los amos, promoviendo la delación, el espionaje grosero y la traición. Desde allí se maneja a la oposición silenciándola fácilmente, humillándola y sometiénola como se vio con la famosa cláusula del juramento de la nueva Constitución.

Drama Frente a esta realidad aún los sectores que podrían ser, como en otros lados, voceros de la verdad, de la libertad y de la transformación, también desaparecen. Es el drama de los medios de comunicación tan com-  
prables en su mayoría y tan silenciados. Como corresponde al feudo, cada día deben alabar y glorificar. También es el drama de la misma sociedad, tan sumisa, tan callada, con tal que no se le toque la apariencia de estar bien, hasta ser alabada por ser “tan pacífica y pasiva que da gusto trabajar con gente así”.

El Espíritu, Fuerza de esperanza. Esto a cualquiera que no fuera cristiano, nacido de la Pascua de Jesús, podría deprimirlo. Pero al cristiano no. Esta situación es la del hombre viejo, la situación del pecado, la de la vieja levadura. Por eso esta Pascua del Señor es tan llena de esperanza. Con su muerte y resurrección nos muestra un mundo nuevo, un mundo posible, un mundo que debemos construir. Desde Jesús el Resucitado, y sólo desde Él, nosotros podemos caminar confiados. No será la Iglesia de Cristo la que caiga en las garras de este nuevo estilo de dominación. No será la Iglesia de Santiago la que calle en complicidad. No será esta Iglesia la que baje los brazos lamentándose. Sino será la que se puso como meta y objetivos “madurar como Iglesia comunitaria y misionera, pobre y solidaria, que se nutre de la Palabra de Dios y los Sacramentos al servicio de los que tienen la vida y la fe amenazadas”. Esta meta es posible si caminamos hacia el Gran Jubileo del Año 2000 guiados y fortalecidos por el Espíritu de Cristo Resucitado. Este año 1998, en la preparación al Tercer Milenio de la fe, el Santo Padre Juan Pablo II nos invita a celebrar y reflexionar especialmente en la misión que tiene el Espíritu Santo en la Iglesia. Ese Espíritu es el espíritu del Padre y del Hijo regalado a los hombres como Espíritu de vida, Espíritu de libertad, Espíritu de verdad y Espíritu de transformación. Él es también, dice el Papa, “para nuestra época el Agente principal de la nueva evangelización. Será por lo tanto importante descubrir al Espíritu como Aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos” (TMA, 45). Este Espíritu nos llama a descubrir la fuerza de la esperanza, “mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo de cada día en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios” (TMA, 46).

En este Espíritu que resucitó a Jesús y actualiza cada día la Pascua como proyecto de nueva vida en libertad, justicia, verdad e ímpetu transformador, me animo, hermanos y hermanas, a desearles una santa y feliz Pascua. Feliz Pascua a los queridos sacerdotes, diáconos, ministros instituidos y seminaristas. Feliz Pascua a los queridos religiosos, religiosas y consagrados, y a todos los miembros de los diversos organismos diocesanos y parroquiales. Feliz pascuas a los muy queridos fieles laicos de las Instituciones y Movimientos de adultos y jóvenes. Feliz Pascua a las queridas y pequeñas Comunidades Eclesiales y a todos los hombres y mujeres que creen todavía que la vida es un don, la verdad y la libertad un objetivo que alcanzar y que siempre es posible transformarse en esperanza y fraternidad. Estos valores surgen de la Pascua del Señor y Él los hizo realidad, padeciendo, muriendo y resucitando para que cada hombre y mujer tenga siempre una nueva oportunidad. Por eso los cristianos clamamos en cada Pascua: a Jesucristo el Señor de la vida, de la verdad, de la libertad, de la dignidad y justicia, a Él, y sólo a Él, sea el honor, el poder y la gloria, en su Reino, por siglos de los siglos. Amén.

**MONS.**

# **SUELDO PROFETA Y MARTIR**

**¿Ha cambiado algo en  
Santiago del Estero  
desde su muerte?**

**¿Qué  
debemos  
hacer?**

**"Ser cristiano significa ser levadura nueva en la masa vieja de la sociedad"** Catedral Basílica 7/04/96

**"Si quieren construir un futuro, únanse con los demás, compartan la preocupación y el dolor del otro, acompañen al otro y no piensen en como aprovecharse de la debilidad y pobreza ajena"** Parr. Espíritu Santo - 13/12/1997

**"Una sociedad así sólo producirá una dirigencia mediocre que sólo buscará el acomodo y negociará cualquier principio, también la Fe"**

(Hom. Sgo. Apóstol, 25/07/97)

**1998-HOMENAJE EN EL 9º ANIVERSARIO DE SU TRÁGICA MUERTE-2007**